

*Enid
Blyton*

AVENTURA
en el **RÍO**

Lectulandia

Un viaje en barco a través de las tierras remotas es un gran acontecimiento para Jorge, Dolly, Lucy, Jack y su loro Kiki. Pero sobre todo, se convierte en una gran aventura cuando su buen amigo Bill, desaparece y queda atrapado debajo de un viejo templo olvidado donde nadie ha puesto el pie desde hace más de 7000 años.

Lectulandia

Enid Blyton

Aventura en el río

Aventura - 08

ePub r1.1

Titivillus 30.07.15

Título original: *The River of Adventure*
Enid Blyton, 1955
Traducción: Guillermo López Hipkiss
Ilustraciones: Stuart Tresilian

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Proemio



Queridos niños y niñas:

Como sabéis, tenía la intención de terminar esta serie de aventuras en el sexto libro, titulado «Aventura en el barco». En este libro, Bill Cunningham, amigo y compañero de aventuras de los cuatro niños —Jack, Jorge, Dolly y Lucy—, se casó con la señora Mannering, madre de Jorge y de Dolly; Jack y Lucy, que son huérfanos, consideran a la madre de Jorge y Dolly como tía suya y la llaman tía Allie.

En este octavo libro, igual que en el séptimo, encontraréis, naturalmente, que a la señora Mannering se la llama señora Cunningham, esposa de Bill. Bill, como de costumbre, es Bill a secas. Los cuatro niños, Bill y su esposa, constituyen una familia magnífica. Ya habréis sabido, por el primer libro de esta serie, «Aventura en la isla», cómo llegaron todos a conocer a Bill.

Vosotros, niños y niñas, sois los causantes de que continúe esta colección de aventuras después de haber decidido darla por terminada. Pensasteis, con muy buen acuerdo, que, puesto que Bill y la señora Mannering estaban casados ya y todo parecía dispuesto para un desenlace feliz, la serie podía darse por completa. Y os llevasteis un chasco tan grande al pensar que pudiera no haber más aventuras con Jack, «Kiki», Jorge, Dolly y Lucy, que me inundasteis con un diluvio de centenares de cartas —creo que bien podría decir miles—, ordenándome, suplicándome que escribiese más libros de aventuras. Las cartas no llegaron sólo de niños de la Gran Bretaña, sino también de australianos, neozelandeses, sudafricanos, africanos orientales, americanos y hasta de niños de países extranjeros como Alemania, donde se publican los libros de la serie Aventura, traducidos.

Conque, como veis, he accedido a vuestro deseo y he continuado primero la serie con el séptimo tomo y, ahora, con el octavo, «Aventura en el río». Confío en que os gustará. Los tomos publicados son:

- Aventura en la isla
- Aventura en el castillo
- Aventura en el valle
- Aventura en el mar
- Aventura en la montaña

Aventura en el barco

Aventura en el circo

Muy buena suerte a todos os desea,

Enid Blyton
=

Capítulo Primero

Cuatro cuitados inválidos

—¡Pobre Dolly! —dijo una vocecita triste a la puerta de la alcoba—. ¡Pobre Dolly! ¡Suénate la nariz, pobre Dolly!

Se oyeron fuertes resoplidos y, a continuación, una tos seca. Luego reinó el silencio, como si la persona que se hallara fuera estuviese escuchando para oír si había respuesta.

Jack se incorporó en el lecho y miró hacia Jorge, que ocupaba la cama de enfrente.

—Jorge..., ¿podrás soportar que entre «Kiki»? Suena tan triste...

Jorge asintió con un movimiento de cabeza.

—Bueno. Siempre que no dé aullidos ni haga demasiado ruido. Tengo la cabeza mejor, gracias a Dios.

Jack se levantó de la cama y se dirigió, con paso incierto, a la puerta. Jorge, él y las dos niñas habían pillado un fuerte trancazo del que aún se hallaban convalecientes y se sentían bastante débiles todavía. Jorge lo había pillado más fuerte que ninguno, resultándole imposible soportar al loro en su alcoba. Éste imitaba las toses, los estornudos y todos los demás sonidos y al pobre Jorge, a pesar de lo mucho que le gustaban las aves y los demás animales, le entraban ganas de tirarle zapatillas, libros o cualquier otra cosa que tuviese a mano al desconcertante pájaro.

—¡Pobrecillo! —murmuró Jack. Y el pájaro le voló, en seguida, al hombro—. Nunca te habíamos obligado a quedarte fuera, ¿verdad? Pero es que a nadie que tenga dolor de cabeza le gustan los ruidos que sueles hacer, amigo. ¡Por poco le volviste loco a Jorge cuando hiciste tu imitación de un aeroplano en dificultades!

—¡Calla! —exclamó Jorge, estremeciéndose al pensarlo—. Tengo la sensación de que jamás volveré a reírme de los ruidos que hace «Kiki».

Tosió y buscó a tientas el pañuelo debajo de la almohada.

«Kiki» tosió también, pero discretamente. Jack sonrió.

—Es inútil, «Kiki» —dijo—. Tú no estás resfriado, conque es inútil que intentes fingirlo.

—Inútil, inútil. ¡Límpiate los pies! ¡Cierra la puerta! —remedó el loro.

Y soltó una carcajada.

—No; aún no estamos dispuestos a reírnos de tus idioteces, «Kiki» —le anunció su amo, volviendo a meterse en la cama—. ¿No sabes hacer el papel de quien visita a un enfermo? Una voz queda... gestos de simpatía... todo eso.

—¡Pobre lorito! —respondió el pájaro.

Y se acurrucó todo lo que pudo contra el cuello de Jack. Exhaló un enorme

suspiro.



—¡No..., no me suspires garganta abajo, por favor! —le dijo el niño—. ¡Sí que te compadeces de ti mismo, «Kiki»! Anímate. Estamos todos mejor hoy y nos ha bajado la temperatura. No tardaremos en levantarnos otra vez, y apuesto a que se alegrará tía Allie. Debe de haber estado agobiada de trabajo teniendo que atender a cuatro cuitados inválidos.

La puerta se abrió con cautela y asomó tía Allie.

—¡Ah! ¡Estáis los dos despiertos! —dijo—. ¿Qué tal os sentís? ¿Os gustaría un poco más de jugo de limón?

—No, gracias —contestó Jack—. Pero le diré lo que de pronto... completamente de pronto..., me entran ganas, tía Allie: ¡de un huevo pasado por agua y pan con mantequilla! Se me ocurrió de pronto que eso era lo que más deseaba yo en el mundo en estos instantes.

Tía Allie se echó a reír.

—¡Ah..., entonces sí que estás mejor! ¿Quieres tú también un huevo, Jorge?

—No, gracias. No quiero nada.

—¡Pobre chico, pobre chico! —murmuró «Kiki», alzando la cabeza para mirar a

Jorge. Soltó una risita.

—¡Cállate! —le ordenó el niño—. Aún no me encuentro de humor para dejar que se rían de mí, «Kiki». Se te echará otra vez del cuarto como hables demasiado.

—¡Silencio, «Kiki»! —ordenó Jack.

Y le dio un golpe en el pico al loro. Éste se le aplastó contra el cuello de nuevo. No le importaba guardar silencio mientras se le consintiese seguir al lado de su querido amo.

—¿Cómo están las dos niñas? —preguntó Jack.

—¡Oh, mucho mejor! —repuso tía Allie—. Mejor de lo que estáis vosotros. Están jugando a las cartas. Querían saber si podían venir a vuestro cuarto por la tarde a charlar un rato.

—A mí me gustaría —dijo Jack—. Pero a Jorge no, ¿verdad, Jorge?

—Ya veremos —gruñó el otro—. Aún estoy la mar de malhumorado. Lo siento.

—No te preocupes. Jorge —dijo la madre—. Te encuentras en plena convalecencia. ¡Te sentirás mejor mañana!

Tuvo razón. A la tarde siguiente se sentía ya tan animado, que al loro se le permitió cantar y charlar todo lo que quiso. Hasta se le autorizó a imitar a un tren expreso atravesando un túnel, ruido que hizo que la señora Cunningham subiese corriendo las escaleras.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡Ese ruido en la casa, no! ¡Por favor, «Kiki»! ¡No puedo soportarlo!

Dolly miró a su madre y extendió hacia ella la mano.

—Mamá, has pasado muy malos ratos cuidándonos a los cuatro. Me alegro de que no pillaras tú la gripe también. Estás muy pálida. ¿No irás a tenerla, supongo, verdad, mamá?

—No, claro que no. Lo único que me pasa es que estoy un poco cansada de tanto subir y bajar la escalera para atenderos. Pero ya no tardaréis en estar en pie de nuevo y marchar al colegio.

Sonaron cuatro gemidos a coro, y luego otro, al sumarse «Kiki», que exhaló el gemido mayor de todos.

—¡El colegio! —exclamó Jack, con repugnancia—. ¿Por qué nos lo recordó usted, tía Allie? Sea como fuere, me hace muy poca gracia ir después de haber empezado el curso. Todos se han acostumbrado ya y saben a qué atenerse... y uno casi se siente novato.

—¡Cómo os compadecéis de vosotros mismos! —dijo la señora Cunningham, riendo—. Bueno, continuad vuestra diversión, pero no le permitáis a «Kiki» hacer imitaciones de aeroplanos, trenes, automóviles, ni segadoras.

—Bueno —contestó Jack.

Y luego, dirigiéndose con severidad a «Kiki»:

—¿Lo has oído, muchacho? Pórtate como es debido... si es que eres capaz.



—Sí que tiene mamá mal color, ¿verdad? —observó Jorge, dando las cartas—. Dios quiera que Bill la lleve de vacaciones cuando vuelva de dondequiera que esté.

—¿Dónde está? ¿Y no ha recibido nadie noticias de él últimamente? —quiso saber Dolly, recogiendo los naipes que le habían dado.

—Ya conoces a Bill... siempre anda encargado de alguna misión secreta por cuenta del gobierno —le replicó su hermano—. Yo creo que mamá siempre sabe dónde está; pero nadie más está enterado. Aparece como llovido del cielo tarde o temprano.

Bill era el marido de la señora Cunningham. Se había casado con ella no mucho antes, siendo ella viuda de Mannering, adoptando a sus dos hijos, Dolly y Jorge, así como a Jack y Lucy, que la habían considerado siempre como tía suya. Éstos últimos eran huérfanos de padre y madre. Todos ellos querían mucho al inteligente y decidido Bill, cuyo cargo le conducía, con frecuencia, a situaciones peligrosas.

—Ojalá regrese Bill antes de que volvamos al colegio —dijo Jack—. Hace mil años que no le vemos. A ver... casi estamos en octubre ya... y se desvaneció como el humo a principios de septiembre.

—¡Disfrazado! —agregó Lucy, recordando—. Disfrazado de viejo. ¿Os acordáis? No se me ocurriría quién pudiera ser el anciano encorvado en cuya compañía vi a

mamá la noche en que marchó. Hasta el pelo lo tenía distinto.

—Llevaba peluca —anunció Jack—. Anda, juega, Dolly, te toca a ti. ¿Tienes el rey o no lo tienes?

Dolly jugó una carta y luego se volvió hacia el vecino aparato de radio.

—Vamos a encenderlo, ¿queréis? Siento ganas de escucharlo esta noche. ¿Podrás soportarlo, Jorge?

—Sí —contestó el hermano—. Dejad de compadecerme ya. Me encuentro divinamente. ¡Troncho! ¡Cuando pienso en lo lastimero que estaba, me avergüenzo de verdad! ¡Nada me hubiese sorprendido el romper en cualquier momento a llorar!

—Lo hiciste una vez —le repuso Jack, sin compasión—. Te vi. Y tenías un aspecto la mar de raro.

—¡Cállate! —exclamó Jorge con ferocidad—. Y no digas embustes. Dolly, ese aparato no está bien sintonizado. Deja que lo haga yo..., ¡vosotros no servís para hacer esas cosas bien! Dolly, ¡te he dicho que me dejes hacerlo a mí! ¡Caramba!

—¡Ah, ah! ¡Nuestro Jorge vuelve a sentirse bien! —exclamó Jack, viendo que empezaba a iniciarse una de las acostumbradas riñas entre los hermanos. Ya tienes el aparato bien conectado. Jorge. ¡Ahí ¡Están dando una aventura de John Jordans! Seguramente tendrá gracia. Vamos a escucharla.

Y sí que tenía gracia. Tía Allie, que estaba descansando un rato en la planta baja, se alegró al oír arriba carcajadas. Luego percibió un sonoro y prolongado silbido y frunció el entrecejo. ¡Caramba con el loro!

Pero no era «Kiki», sino John Jordans en la comedia cuya emisión se estaba radiando. John Jordans representaba a un guardia, y estaba haciendo sonar su silbato, ¡piiiiii! Alguien gritó a continuación: «¡Guardias! ¡Guardias!». Y sonó el silbato otra vez.

—¡Guardias, guardias! —aulló «Kiki» a su vez. E imitó maravillosamente el silbido—. ¡Piiiiii! ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Piiiiii!

—¡Cierra el pico, «Kiki»! ¡Cómo grites y silbes con tanta fuerza, vas a conseguir que se presente aquí la policía de verdad! —exclamó Jack—. ¡Cielos! ¡Que no se le ocurra a «Kiki» acostumbrarse a silbar de esa manera, porque en menudos líos va a meternos! «Kiki», como vuelvas a gritar «guardias», te meto en el mismísimo fondo de la cama.

Antes de que el loro pudiera dar contestación alguna, sonó un golpe en la puerta de la alcoba, un golpe perentorio que les hizo dar un brinco a todos. Se oyó una voz fuerte que decía:

—¿Quién llama a la policía? ¡Abran en nombre de la ley!

La puerta se abrió muy despacio, mientras los sobresaltados niños la contemplaban con asombro. ¿Qué significaba aquello? ¿Se habían presentado, en efecto, los guardias?

Una cara asomó por la abertura: un rostro sonriente, redondo, colorado, de risueños ojos..., un rostro que los niños conocían y amaban.

—«¡Bill!» —clamaron cuatro voces. Y los niños saltaron inmediatamente de la cama y corrieron hacia el hombre alto y robusto que se hallaba en el umbral del cuarto—. ¡Oh, Bill! ¡Ha vuelto usted! No le habíamos oído entrar en casa. ¡Oh, Bill, cuánto nos alegramos!

Capítulo II

¡Qué sorpresa!

Bill entró en la alcoba y se sentó en la cama de Jack. «Kiki» soltó una exclamación de alegría y voló a posársele en el hombro, mordisqueándole suavemente la oreja. Tía Allie entró también, sonriendo feliz, siendo su aspecto completamente distinto ahora que había regresado Bill.

—¿Qué es eso que me cuentan de cuatro inválidos cuitados? —preguntó Bill, rodeando con un brazo a cada una de las niñas—. Tendréis que levantaros ahora que estoy de vuelta. ¡No puedo permitir que andéis haciendo el vago en la cama de esta manera!

—Nos vamos a levantar mañana a la hora del té —dijo Lucy—. Bill, ¿dónde ha estado usted? ¡Cuéntenoslo!

—Lo siento, hija mía. No puedo deciros una palabra.

—¡Oh! ¡Es muy secreto entonces! —murmuró Dolly, chasqueada—. ¿Va a quedarse usted en casa ahora?

—Que yo sepa, sí. Y ojalá pueda. Se me antoja que, en estos momentos, es a vuestra madre a quien le hace falta que la cuiden. Ha adelgazado. ¿Por qué rayos se os ha tenido que ocurrir ponerlos malos a todos al mismo tiempo, sin que quedara ninguno de vosotros para ayudarla?

—Hemos sido la mar de egoístas —asintió Jack—. Y hasta usted se marchó fuera. Bueno, no importa..., todo parece arreglarse cuando está usted aquí, ¿verdad, tía Allie?

La señora Cunningham movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, ¡todo! —repuso—. ¿Queréis que hagamos una comida merienda aquí en la alcoba todos juntos para que podamos hablar con Bill?

Fue una comida la mar de animada, mostrándose «Kiki» más absurdo que de costumbre. No perdonó ocasión de imitar el sonido del silbato policíaco y todos acabaron cansándose de esta nueva gracia del loro, hasta el propio Bill pese a su acostumbrada paciencia.

—¡Bill, Bill! ¡Olé, Bill! ¡Bilibobo, bilibobo! —aulló con fuerza «Kiki».

Jack le dio un golpe en el pico.

—Nada de impertinencias —le dijo—. Pórtate como es debido.

El loro bajó al suelo, muy resentido.

—¡Pobre «Kiki», pobre, pobre! —murmuró.

Y desapareció por debajo de la cama, donde encontró una zapatilla y se pasó media hora muy agradable quitándole el botón a picotazos.

Todos hablaban, hacían preguntas, reían y se sentían felices. Se olvidaron por

completo del trancazo. Pero a eso de las nueve y media, Lucy palideció de pronto y se desmoronó en la cama.

—¡Hemos exagerado la nota! —dijo Bill—. Me había olvidado de que todos lo han pasado bastante mal. Vamos, Lucy, ya te llevaré yo en brazos a la cama. Dolly, ¿puedes andar tú hasta tu cuarto?



Al día siguiente se presentó el médico como de costumbre, y se mostró satisfecho de los progresos hechos por los cuatro.

—Os podéis levantar a tomar el té hoy... y a desayunar mañana —dijo—. Luego podéis levantaros ya como de costumbre.

—¿Cuándo pueden volver al colegio, doctor? —inquirió la señora Cunningham.

—Aún no —respondió el médico, con gran sorpresa de los niños—. Será conveniente que marchen a alguna parte a pasar la convalecencia... diez o quince días siquiera. Aconsejo un lugar cálido y soleado. El trancazo que acaban de pasar es de los malos y estarán alicaídos todos el invierno a menos que hagan ahora un cambio de aires. ¿Puede usted arreglar eso, señora Cunningham?

—Claro que lo arreglaremos —intervino Bill—. Pero no pienso permitir que mi esposa los acompañe, doctor. También ella necesita unas vacaciones después de tanto enfermo en la casa... y maldito si tendría vacaciones de tenerlas que compartir con

estos revoltosos. Déjelo de mi cuenta.

Bien. Bueno, pues ya pasaré por aquí el sábado, nada más que para asegurarme de que todo marcha como es debido. Adiós.

—¡Unas vacaciones! —exclamó Dolly, en cuanto se hubo cerrado la puerta—. ¡Caramba! ¡Qué suerte más grande! ¡Creí que tendríamos que volver en seguida al colegio!

Se celebró una conferencia para decidir qué era lo mejor que podían hacer.

—Entramos en octubre mañana —anunció Bill—, y los pronósticos meteorológicos no son nada buenos. Lluvia, viento y niebla. ¡Qué clima el nuestro! Es una lástima que no puedan marcharse al extranjero, Allie.

—No pueden marchar al extranjero sin que les acompañe una persona de responsabilidad —contestó su esposa—. Tendremos que encontrar un sitio en la costa del sur y mandarles allí.

Pero todos sus planes sufrieron un cambio brusco y dramático. El viernes por la noche, muy tarde, el timbre del teléfono pobló con sus estridencias la casa, despertando a Bill, a su esposa y al loro, que tenía el oído más agudo que ninguno. Imitó quedamente el timbre, pero no despertó a los muchachos. Irguió la cresta y escuchó. Le era posible oír hablar a Bill en voz baja por el teléfono supletorio instalado en su cuarto. Luego sonó un chasquido y el «¡ping!» aislado que se oía siempre al ser colgado el auricular.

—¡Ping! —murmuró el loro—. ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!

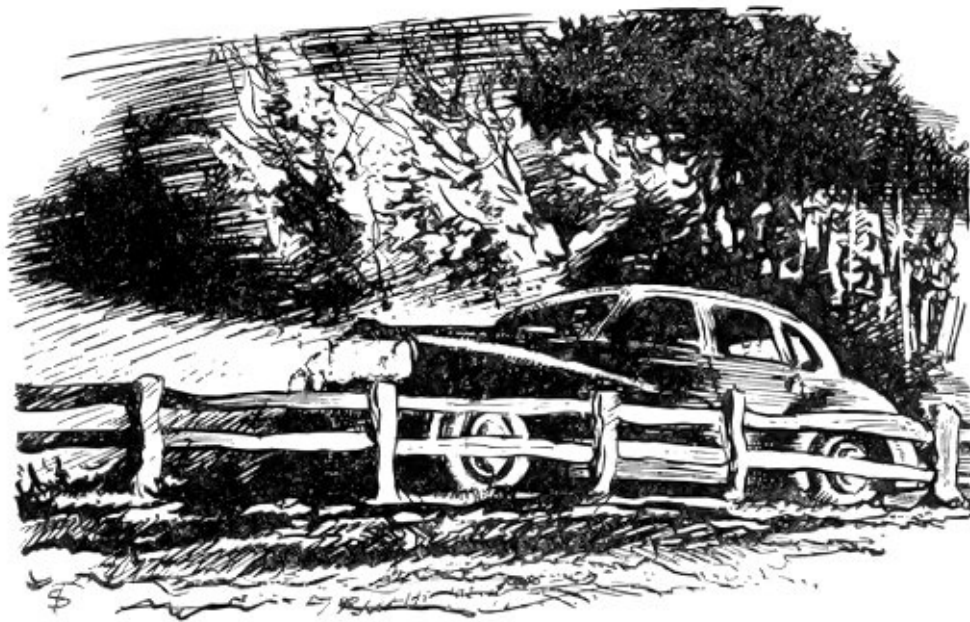
Se metió la cabeza debajo del ala otra vez y volvió a dormirse cómodamente posado en la repisa de la chimenea. Los niños dormían apaciblemente, sin sospechar los cambios que aquella llamada telefónica iba a introducir en sus proyectos.

Por la mañana Bill no apareció a la hora del desayuno. Todos los niños se habían levantado, habiéndolo hecho Lucy lo bastante temprano para ayudar a poner la mesa. Estaban pálidos y sentían cierta languidez, pero les sobraba animación y disfrutaban por anticipado pensando en las cortas vacaciones, aun cuando el lugar escogido distaba mucho de parecer emocionante: un simple pueblecillo apacible junto al mar.

—¿Dónde está Bill? —inquirió Dolly, sorprendida al ver su asiento vacío—. No le oí silbar mientras se afeitaba. ¿Ha salido a dar un paseo o algo?

—No, querida..., tuvo que marcharse a toda prisa a medianoche —le repuso su madre, deprimida—. Le llamaron por teléfono. ¿No os despertó el timbre? Algo urgente otra vez y, claro, ¡los consejos de Bill eran necesarios! Conque marchó en el coche. Supongo que estará de vuelta a eso de las once. Dios quiera que esto no signifique que tenga que irse otra vez y estar semanas y semanas fuera. ¡Eso sería el colmo, después de hacer tan poco tiempo que ha vuelto!

Bill regresó a las once y media y encerró el coche. Entró silbando por la puerta de atrás para encontrarse con un alud de niños que se le echaban encima.



—¡Bill! ¿Dónde ha estado usted? No tendrá usted que marcharse otra vez, ¿verdad? —exclamó Dolly.

—¡Soltadme, lapas! —contestó Bill, sacudiéndose para desprenderse de ellos—. ¿Dónde está tu madre, Dolly?

—En la sala. Dese prisa y hable con ella. Nosotros queremos saber las noticias también.

El otro entró en la sala y cerró con firmeza la puerta. Los cuatro niños se miraron unos a otros.

—Apuesto a que le mandarán a cumplir otra misión secreta —murmuró Jack, desanimado—. ¡Pobre tía Allie...! ¡Y precisamente cuando esperaba poder pasar unas vacaciones con él!

Transcurrió media hora, y aún continuaba la conversación en la sala, en voz baja y muy seria. Luego se abrió la puerta y se oyó que Bill gritaba:

—¿Dónde estáis todos? ¡Venid aquí! Ya hemos terminado nuestra charla.

Entraron todos en tropel, «Kiki» sobre el hombro de Jack, como de costumbre, murmurando algo de «¡Un-dos, vaya por Dios, dos-tres, cómo te ves!».

—¡Cállate, «Kiki»! —le ordenó su amo—. Nada de interrupciones ahora.

—Escuchad —anunció Bill cuando estuvieron todos sentados en el cuarto—. Tengo que marchar otra vez.

Todos soltaron una exclamación de chasco.

—¡Oh, Bill! —murmuró Lucy—. Nos lo temíamos ya. Y eso que acaba usted de regresar.

—¿Adónde va? —inquirió Jack.

—No estoy completamente seguro aún. Pero en pocas palabras... y confidencialmente, claro..., tengo que ir a vigilar a un hombre del que desconfía nuestro gobierno. No saben exactamente qué es lo que está haciendo. Quizá no sea nada..., pero queremos asegurarnos. Y desean que tome el avión y me pase unos días

por donde él se encuentra para recoger informes.

—¡Ah! Así, pues, ¿quizá esté muy poco tiempo ausente? —dijo Jorge.

—No lo sé. Tal vez tres o cuatro días... quizá quince. Pero dos cosas son importantes: primera, que nadie sospeche que me encuentre allá para asuntos de gobierno... y, segunda, que como el clima del lugar al que voy es cálido, ¡me parece que será mejor que vayáis conmigo todos!

Hubo un silencio profundo mientras los niños digerían sus palabras. Luego, un coro de gritos y exclamaciones. Lucy le echó los brazos al cuello.

—¡Todos nosotros! ¡Tía Allie también! ¡Oh, es maravilloso! Pero, ¿cómo puede llevarnos?

—Como ya he dicho, nadie debe sospechar que soy un investigador solitario que anda husmeando por ahí. Por consiguiente, si voy como padre de familia, acompañado de una banda de chiquillos convalecientes y de una esposa que necesita reposo, parecerá evidente que no puedo ser lo que en realidad soy: alguien a quien se ha encomendado una misión secreta.

Los niños le miraron encantados. Unas vacaciones en el extranjero... ¡con Bill y su esposa! ¿Podía haber algo mejor? «¡Maravilloso! —pensó Lucy—. Dios quiera que no sea esto un sueño».

—¿Dónde dijo usted que era? ¡Ah, no lo dijo! ¿Hemos de ir a un hotel? ¿Qué habrá que hacer? No es peligroso, ¿verdad, Bill? ¿No es peligroso para usted?

Llovieron las preguntas y Bill sacudió la cabeza y se llevó las manos a los oídos.

—Es inútil que me preguntéis nada de momento. Ni yo mismo sé nada. Sólo me explicaron muy por encima la idea. Pero sí que dije que, como tapadera, podría llevarme a todos vosotros y hacer de padre de familia. La idea pareció caer bien, conque dejé que los de arriba lo prepararan todo. De veras, eso es cuanto sé de momento. Y Dios os libre de hablar de este asunto si no es en susurros.

—No lo haremos; Bill —le aseguró Lucy—. Guardaremos un profundo secreto.

—¡Secreto! —aulló «Kiki», contagiándose de la excitación general y dando saltos encima de la mesa—. ¡Secreto! ¡Secreto de Estado! ¡Muy alto y elevado! ¡Arriba en el cielo! ¡Suénate el secreto, límpiate los pies!

—¡Si alguno lo descubre, será «Kiki»! —dijo Bill, riendo—. «Kiki», ¿es que no eres capaz de sujetarte la lengua?

El loro no era capaz, pero los niños sí, como bien sabía Bill. Salieron de la habitación y subieron apresuradamente la escalera, metiéndose en el cuarto pequeño en que solían guardarse las maletas. Allí, tras cerrar la puerta, se miraron unos a otros, excitados.

—¡Caramba! —exclamó Jorge, respirando profundamente—. ¡Qué «emoción»! ¡Cuánto me alegro de que pilláramos la gripe! Ahora, hablemos del asunto..., ¡en susurros, por favor!

Capítulo III

¡En marcha!

Aquel fin de semana estuvo poblado de pura excitación. El teléfono sonaba continuamente y, por último, un automóvil pequeño y discreto llegó hasta la puerta de la casa el lunes por la noche, y se apearon de él tres hombres. Siguieron las instrucciones recibidas, llamaron a la puerta del jardín y el propio Bill les flanqueó la entrada. Llamó a los niños.

—¡Jorge! ¡Jack! Sentaos en el cochecito ahí fuera y vigilad. No creo que ronde nadie por los alrededores; pero nunca se puede tener la seguridad. Estos señores son visitantes de importancia, y aunque no creemos que nadie esté enterado de que iban a venir aquí, más vale que montéis guardia.

Los niños se emocionaron. Salieron sigilosamente hacia el coche y se sentaron en él, sin apenas respirar. Estuvieron alerta a más no poder, escudriñando cuantas sombras se movían, y quedaron tiesos cada vez que un coche subía por la calle. Las niñas le observaban con envidia desde una de las ventanas del piso, sintiendo no estar ellas escondidas en el coche también.



Pero no ocurrió nada emocionante. Se llevaron una desilusión. Además, se hartaron de estar de guardia al cabo de dos o tres horas. Se alegraron cuando oyeron abrirse la puerta del jardín, y rumor de pisadas que se acercaban.

—Sin novedad, Bill —susurró Jack.

Y estaba a punto de marcharse con Jorge, cuando a «Kiki» se le ocurrió que había llegado la hora de abrir el pico otra vez. No se le había permitido hacer el menor ruido en el automóvil, y estaba con morro. Conque ahora se soltó el pelo.

—¡Guardias! ¡Llamad a la policía! ¡Piiiiii!

Emitió un sonido exactamente igual que el de un silbato policíaco y todo el mundo quedó como electrizado. Bill no había oído mencionar aún la nueva adquisición del loro, y asió a uno de los tres hombres, alarmado. Todos ellos se quedaron inmóviles, mirando a su alrededor, con asombro.

Sonó la contristada voz de Jack en la oscuridad.

—Lo siento, Bill. Es «Kiki», que ha repetido lo último que aprendió. ¡Lo siento una barbaridad!

Huyó a casa con Jorge. «Kiki», dándose cuenta de su enfado, se alzó del hombro de su amo y desapareció. Fue a aterrizar en la papelera de la sala, y se quedó en ella, muy callado. Fuera se oyó el ruido de un motor que arrancaba, y el coche salió por la verja y se alejó. Bill entró en casa.

—¡Vamos! —exclamó, entrando en la sala y parpadeando deslumbrado por la luz—. ¿Qué le pasó a «Kiki» para que llamara a gritos a la policía de esa manera? ¡Menudo sobresalto nos dio a todos! ¡Qué silbido, caramba! ¡Me atravesó de parte a parte los sesos! ¿Dónde está? ¡Tengo unas ganas tremendas de darle una buena reprimenda!

—Debe estar escondido en alguna parte —le contestó Jack—. Sabe que no debiera haber hecho eso. Lo oyó por la radio la otra noche y no hace más que llamar a los guardias y silbar de esta manera tan horrible. ¿Hay noticias nuevas, Bill?

—Sí —respondió el otro, cargando la pipa—. Muchas y bastante buenas, por añadidura. ¡Vamos a divertirnos, muchachos!

—¿De veras, Bill? —murmuró su esposa—. ¿Cómo? ¿En qué consistirá?

—Pues, veréis..., el sitio al que vamos... y no voy a mencionar el nombre en estos instantes por si acaso anda «Kiki» por los alrededores y se pone a gritarlo después por todas partes..., está bastante lejos, pero como iremos en avión, eso importa poco. Y, queridos, los mandamases han decidido poner a nuestra disposición una lancha de río, para que podamos hacer una excursión y ver el país..., cosa que me permitirá, al propio tiempo, hacer una serie de averiguaciones.

—¡Suen magnífico! —dijo Jorge, brillándole los ojos—. ¡Lo mejor de lo mejor! ¡Una lancha de río para nosotros solos! ¡Troncho! ¡Qué vacaciones!

—Sí que suena bueno —asintió su madre—. ¿Cuándo marchamos, Bill? Tendré que buscar ropa de verano otra vez.

—Tenemos que pillar el avión el miércoles por la noche —contestó Bill—. ¿Puedes estar preparada para entonces? En el punto de destino lo tendremos todo dispuesto, conque no tendrás que cuidarte de nada.

Todos se pusieron la mar de excitados y empezaron a charlar hasta por los codos. Durante una breve pausa hecha para recobrar el aliento, se oyó un hipo sonoro.

—¡Es «Kiki»! —exclamó inmediatamente Jack—. Siempre hace eso cuando está avergonzado o corrido. Apuesto a que se horrorizó de haber hecho lo que hizo en el jardín. ¿Dónde está?

Se inició la búsqueda. Pero el loro no se encontraba detrás de las gruesas cortinas,

ni debajo de las sillas ni de las mesas. Otro hipo hizo que todos miraran a su alrededor, extrañados.

—¿Dónde está? Hemos mirado ya en todas partes. «Kiki»..., sal ya, so idiota. No tienes hipo: lo estás fingiendo nada más.

Una voz triste y quejumbrosa surgió de las profundidades de la papelera.

—¡Pobre lorito! ¡Pobre loro, lorito, chiquitito el día enterito! ¡Pobre Polly!

Sonó a continuación un hondo suspiro.

—¡Está en la papelera! —exclamó Lucy, empezando a escarbar entre los papeles.



En efecto, ¡«Kiki» estaba en el mismísimo fondo! Salió, con la cabeza gacha, y cruzó el suelo con torpeza hacia donde estaba Jack y se le subió por el pie, la pierna y el cuerpo hasta llegar al hombro.

—¡Supongo que habrás olvidado cómo se vuela! —dijo el niño, riendo—. Bueno, tonto, alza la cresta y deja de obrar de esa manera. Y, ¡no vuelvas a llamar a la policía ni a hacer sonar el pito!

—Vas a ir de viaje, «Kiki» —observó Dolly.

Pero el loro seguía fingiendo estar la mar de disgustado, y escondió la cabeza en el cuello de su amo. Nadie se preocupó ya más de él, conque no tardó en recobrar la ecuanimidad y meter baza en la conversación, como ya era su costumbre.

Al cabo de un rato, la señora Cunningham exhaló una exclamación de horror.

—¡Dios santo! ¿Sabéis la hora que es? Cerca de medianoche..., ¡estos niños aún no repuestos del todo de una enfermedad! ¿En qué estoy pensando? ¡Caerán todos en cama otra vez como no vayamos con cuidado! A acostarse inmediatamente, niños.

Subieron la escalera riendo. Habían desterrado ya el abatimiento que les produjera la gripe y, ahora que había tan emocionante viaje en perspectiva, se sentían rebosantes de salud y vida.

—¿Adónde nos llevarán? —le dijo Jack a Jorge—. Bill no nos lo dijo, ni aun cuando creía que se hallaba «Kiki» ausente.

—Bill siempre se muestra muy reservado en todo hasta que nos ponemos en marcha. Es inútil darle la lata. Y después de todo, ¿qué importa? Es maravilloso emprender el vuelo... y emprenderlo de verdad, puesto que iremos en avión... en lugar de marchar derechos a la escuela.

—A Lucy le haría muy poca gracia oírmelo decir, pero es toda una aventura. Vamos, métete en la cama. Debes de haberte limpiado ya un centenar de veces cada diente.

Los dos días siguientes fueron de verdadero ajeteo. Se sacaron de cajones y arcas todas las prendas de verano, y para llevarlas, maletas de lona que se guardaban en el desván. Todo el mundo se puso a buscar llaves, que como de costumbre, se habían extraviado y, era tan grande el jaleo, que la señora Cunningham por poco enloqueció con tantos ruidos.

—¡Jaleo! —exclamó «Kiki», cuando le oyó quejarse a Bill—. ¡Ja-ja-ja-jaleo! ¡Llama al médico! ¡Jaleo!

—¡Oh, «Kiki»! A pesar de lo ocupada que estoy, no puedo menos de reírme de ti —dijo la señora Cunningham—. ¡Tú y tus jaleos! Ya estás hecho todo un ja-jaleo por tu cuenta.

Cuando llegó la noche del miércoles, todas las maletas estaban ya más o menos bien hechas, las llaves se hallaban en el bolsillo de Bill, y se habían tomado las pertinentes medidas para que acudiese alguien todos los días a airear la casa durante su ausencia. Bill fue al garaje a buscar el coche, y por fin llegó la hora de marchar.

Resultaba emocionante llegar al aeropuerto de noche, porque estaba lleno de luces de toda clase. Un altavoz daba, sin cesar, instrucciones y avisos:

—El avión de Roma se aproxima... Entra el avión de Roma...

—El avión destino Ginebra saldrá con diez minutos de retraso.

—Llega el avión de París dos minutos antes de su hora.

El pequeño grupo se instaló en la sala de espera, porque aún era temprano. El calor que aquí se disfrutaba inducía al sueño, y Lucy se puso a cabecear a los pocos instantes. Bill se puso en pie de pronto.

—Aquí está nuestro aeroplano. Vamos. Tendremos que procurar no separarnos ahora. No dejes que «Kiki» se te vaya del hombro, Jack, ni que grite ni nada. Mételo debajo de la chaqueta.

«Kiki» se puso a gruñir debajo de la chaqueta del niño; pero como el constante ruido de motores de los aviones que entraban y salían le imponía un poco, no dijo nada en voz alta. Poco después, los seis, y «Kiki» también, se hallaban ya en sus asientos.

Estaban la mar de cómodos y, como la azafata les sirvió de comer y de beber, los niños se sintieron encantados.

Nada se veía desde el aparato al surcar éste el aire de la noche. El tiempo era

bueno; el cielo estaba despejado y sereno. Todos los niños se durmieron profundamente en sus asientos. El loro, bastante asombrado por todo, se instaló debajo de la chaqueta de Jack y se durmió también.

El aeroplano continuó su vuelo. Las estrellas se desvanecieron. Empezó a clarear por Oriente y el firmamento se tornó plateado primero y áureo luego. Asomó el Sol por el lejano horizonte y los niños se fueron despertando uno por uno, preguntándose al principio dónde estarían.

—Dos o tres horas más, y habremos llegado —anunció Bill—. ¿Quiere alguien comer algo? Aquí está nuestra amable azafata otra vez.



—Ojalá viviese yo a bordo de un aeroplano —anunció Jack, cuando la azafata les trajo una bandeja llena de apetitosos manjares—. ¿Por qué es la comida siempre tan magnífica en los aviones? Fijaos qué melocotones más enormes... y, ¡no creo haber probado jamás unos bocadillos tan deliciosos!

—Esto es la mar de divertido —observó Lucy, tomando el cuarto bocadillo—. Jack, párale los pies a «Kiki»..., ¡es el segundo melocotón que se come y me está tirando el almíbar por encima!

Y sí que era divertido. ¡Qué suerte que Bill hubiese tenido que emprender aquel

viaje!

Capítulo IV

¿Qué parte del mundo es ésta?

Los niños pasaron un buen rato después de estar atisbando por las ventanillas y viendo la tierra abajo. Volaban muy alto y se encontraban con frecuencia grandes nubes blancas, que parecían campos de deslumbrante nieve, debajo de ellos. Luego llegaban a un jirón de la nube y, allá abajo, abajo, veían colinas, ríos y minúsculas poblaciones o aldeas.

Hubo la mar de movimiento cuando el aparato aterrizó por fin sobre una larga pista. Se acercaron corriendo muchos hombres, se movieron escalas, se descargó el equipaje, salieron los viajeros del aeroplano siendo recibidos por amigos y familiares.

Un coche grande aguardaba a Bill y a su familia. Se instalaron cómodamente en él, y un hombre de piel muy morena lo puso en marcha.

—Todo está dispuesto, como veis —anunció Bill—. Nos dirigimos a un lugar bastante pequeño que se llama Barira, donde hay un hotel muy bueno. No quiero parar en un sitio grande, donde alguien pudiera reconocernos. Es más, de ahora en adelante, voy a usar gafas ahumadas.

El «lugar bastante pequeño» estaba muy lejos. El automóvil necesitó tres horas para recorrer la distancia. La carretera tenía trechos llenos de baches, y a veces atravesaba terrenos cubiertos de bosques, y otros lugares que parecían verdaderos desiertos. Pero llegaron por fin, y el automóvil, se detuvo ante un edificio encalado desde el suelo hasta el tejado.

Salió a recibirles el propio gerente del hotel: un hombrecillo seco y narigudo. Les hizo una reverencia tan grande, que casi tocó el suelo con la cabeza. Luego dio órdenes en un idioma que los niños no comprendieron. Acudieron mozos a descargar el equipaje, sudando bajo el cálido Sol.

—¿La señora desea lavarse? —inquirió el gerente—. Todo está muy dispuesto y una bienvenida muy de corazón le damos.

Les introdujo con una serie de reverencias en el hotel y les condujo a sus habitaciones. Éstas eran espaciosas, ventiladas y amuebladas con sencillez. A los niños les encantó encontrar una ducha en su cuarto. Jack se desnudó inmediatamente y abrió el grifo.

—¿Tienes idea de dónde nos encontramos, Jorge? —inquirió—. Ya sé que Bill dijo que se trataba de un lugar llamado Barira; pero jamás he oído ese extraño nombre hasta ahora.

Bill entró en su habitación en aquel momento.

—Qué, ¿está todo conforme? —quiso saber—. ¿Dónde están las niñas? ¡Ah! ¿Es ese su cuarto, el de al lado del vuestro? ¡Magnífico! El nuestro está al lado del

corredor si nos necesitáis. Hemos de comer dentro de un cuarto de hora. Llamad a nuestra puerta cuando estéis preparados.

—¡Eh, Bill! ¿En qué parte del mundo estamos? —preguntó Jack—. Los hombres que hemos visto parecen árabes o algo así.

—¿No sabéis dónde estamos? Pues a cierta distancia de la frontera siria..., ¡una parte muy antigua del mundo, en verdad! Decidles a las muchachas que se reúnan con nosotros tan pronto como puedan, ¿queréis?

El pequeño hotel resultó ser comodísimo. Hasta «Kiki» fue bien acogido, una vez se hubo repuesto el gerente de la sorpresa que le produjo verle posado sobre el hombro de Jack.



—Ah, es un..., ¿cómo se llama?..., loro, ¿no? —dijo el seco hombrecillo—. Lorito real, ¿eh?

—Límpiate los pies —dijo «Kiki», con gran asombro del otro—. ¡Cierra la puerta!

El hombrecillo no parecía muy seguro de si debía obedecerle o no.

—¡Pájaro raro! —dijo—. ¡Es tan mucho listo! Él bien habla. ¡Lorito, lorito!

—Lorito, pon el escalfador al fuego —dijo «Kiki».

Y soltó un chillido que hizo retirarse precipitadamente al hombre del cuarto.

No había ningún otro alojado en el hotel. Los niños se sentaron a la sombra en una galería recubierta de plantas colgantes cuajados de vividas flores rojas. Aleteaban por entre ellas enormes mariposas. El loro las contempló con interés. Estaba

acostumbrado a las mariposas inglesas pero aquéllas no parecían lo mismo. Se puso a hablar solo, y los camareros que iban y venían, le contemplaban con cierto respeto supersticioso. Cuando uno de ellos tosió y «Kiki» le imitó con sorprendente exactitud, el hombre puso cara de susto y se marchó a toda prisa.

—No te exhibas, «Kiki» dijo Jack, soñoliento. —Y, por lo que más quieras, estáte quieto. Llevas bailándome encima del hombro diez minutos bien largos.

Al día siguiente se ultimaron planes para hacer una excursión por el río, que había de durar por lo menos una semana. Bill sacó un mapa en el que iba señalado el serpenteante curso del mismo, y señaló varios lugares.

—Saldremos de aquí... porque es donde estará la lancha. Iremos a este punto primero..., ¿veis? Y luego bajaremos a esta población... No sé cómo se pronuncia el nombre... Ala-u-ya..., algo así. Os dejaré ahí, y me pondré a husmear en busca de mi hombre..., aunque, como dije, quizás os lleve a vosotros conmigo.

—¿Cómo se llama ese individuo? —preguntó Jack.

—Se da a sí mismo el nombre de Raya Uma. Nadie sabe si es el suyo verdadero o no... ni cuál es, con exactitud, su nacionalidad..., pero sí sabemos que es un agitador a quien hay que vigilar. No podemos ni imaginarnos a qué habrá venido aquí. Quizá se trate de algo completamente inofensivo. Sea como fuere, lo único que tengo que hacer es descubrir dónde se encuentra, averiguar qué está haciendo, y mandar un informe a mis superiores. Nada más que eso..., conque no implica peligro alguno. De no haber sido así, no os hubiese traído conmigo.

—¡A nosotros no nos hubiese importado que lo hubiera habido! —respondió Jorge—. Un poco de peligro hace una aventura, Bill.

El otro se echó a reír.

—¡Vosotros y vuestras aventuras! Ahora, escuchad: este Uma no me conoce personalmente..., nunca me ha visto, pero puede haber sido avisado de que se están investigando sus andanzas, y quizás ande alerta para descubrir si alguno le observa. Si alguien os interroga, contestad sin vacilar y con franqueza. Decid que habéis estado enfermos y que este viaje tiene por objeto proporcionaros la oportunidad de tomar el sol y todo eso..., cosa que es la completa verdad en cuanto a vosotros se refiere.

—De acuerdo —contestó Jack—. ¿Qué aspecto tiene ese hombre?

—Aquí tengo algunos retratos de él —dijo Bill, enseñándole cinco o seis fotografías.

Los niños las miraron con asombro.

—Pero..., ¡si todas son de distintos hombres! —exclamó Dolly.

—Sí que lo parecen; pero son todas de nuestro amigo Uma. Es maestro en el arte de disfrazarse, como veis. Lo que no encuentra manera de disfrazar es una cicatriz blanca muy larga que tiene en el antebrazo derecho, y que parece una serpiente delgada y ondulada. Pero es fácil ocultarla, claro, con la manga de la camisa o de la chaqueta, o con la prenda que lleve puesta.

Volvió a recoger los retratos y se los metió en la cartera.

—No es probable que le reconozcáis —dijo—; conque no os pongáis a sospechar de toda persona que se os cruce en el camino..., ¡os estropearíais las vacaciones! Sé dónde encontrar a gente que le conoce y quizá consiga informes. Por otra parte, cabe que ya no esté por aquí..., puede haber tomado el avión para América o Australia. Danza por el mundo entero..., es un hombre extraordinario.

Algo largo y ondulante se deslizó de pronto junto a Bill, desapareciendo por entre los vecinos matorrales. Éste dio un brinco, y alargó luego la mano para contener a Jorge que se disponía a cruzar hacia la maleza.

—No, Jorge..., pudiera tratarse de una serpiente venenosa... No juegues con los reptiles de por aquí.

Dolly soltó un grito:

—¿Era una serpiente? ¡Oh! ¡Qué horrible! No nos había dicho usted que había aquí serpientes, Bill. Las detesto. Jorge, Dios te libre de cazar una de ellas si no quieres que escandalice a todos los alrededores.

—Tonta —le contestó Jorge, sentándose otra vez—. Bueno, Bill. Le prometo no domesticar a una serpiente venenosa. Ésa tenía un aspecto muy bonito. ¿Qué era?

—No lo sé. No soy aficionado a esos bichos. Y ten cuidado con algunos de los insectos de por aquí también. Jorge. Son capaces de producir picaduras muy desagradables. ¡No llesves demasiados en los bolsillos!

Dolly no se sentía tan feliz ahora, sabiendo que había serpientes por la vecindad. No alzaba la mirada del suelo al andar, y daba un brinco con sólo que viera moverse una hoja seca. El seco gerente del hotel la vio y se acercó a tranquilizarla.

—Muchas serpientes aquí, sí..., grandes, grandes que no muerden... y pequeñas, pequeñitas que son mucho veneno. La bargua es la peor. No la toques.

—¡Ay, Señor! ¿Cómo es? —inquirió con temor la pobre Dolly.

—Verde con manchas —le repuso el gerente.

—¿Qué clase de manchas?

—Encarnadas y amarillas. Y es rápida con la cabeza cuando ataca..., ¡así!

Imitó el movimiento con la mano, y Dolly exhaló un grito, dando al propio tiempo un salto atrás.

—¡Ah, te asusto! —exclamó el hombrecillo contrito—. No, no, asustar. Verás, tengo «algo» para ti.

Marchó corriendo a buscar los «algos» y regresó con una fuente de dulces de apetitoso aspecto.

—Te presento mis excusamientos y mis ruegos de perdones —dijo.

Dolly no pudo menos de reírse.

—No se preocupe —contestó—. No es que estuviese asustada en realidad. Es que me hizo dar un brinco. Pero muchísimas gracias por los dulces.

El hombrecillo desapareció y los niños probaron los dulces. Eran muy sabrosos, muy pegajosos y muy dulces. Después de haberse comido uno cada uno, sintieron

cierta náusea. «Kiki», sin embargo, se atracó de lo lindo y empezó a hipar ruidosamente con gran delicia de un camarero que pasaba.

—Cállate, «Kiki» —ordenó Jack—. Basta ya. Calla.

Pero aquella vez «Kiki» tenía hipo de verdad y estaba verdaderamente asombrado porque no podía contenerlo. No hacía más que pedir «perdón» con tal sorpresa en la voz, que los niños rieron a carcajada limpia.

—¡Así aprenderás a no ser tan glotón! —dijo Jack—. Escuchad..., vamos a emprender el viaje por el río mañana. ¡Apuesto a que guío yo la lancha alguna vez!

—Apuesto, yo apuesto, tú apuestas —exclamó el loro en seguida—. ¡Apuestas a sacos llenos! Oh..., ¡perdón!

¡Mañana! Río desconocido abajo en un país extranjero..., ¿qué cosa podía resultar más emocionante?

Capítulo V

Río abajo

Al día siguiente bajaron todos al río en el coche La blanca carretera serpenteaba de cuando en cuando, y los indígenas con los que se cruzaron corrieron a un lado del camino para quitarse del paso del automóvil.

—Parecen gente salida de la Biblia —observó Lucy.

—Mucha de la gente que se menciona en la Biblia procedía de estos lugares —contestó Bill—; y, en muchos aspectos, ni ella ni los poblados han cambiado gran cosa desde aquella época... a no ser por las amenidades modernas que se han infiltrado... como la radio, por ejemplo y los relojes de pulsera, y el sistema de sanidad moderno a veces. Y los cines, claro..., esas cosas se las encuentra en todas partes.

—Bill..., en la Biblia ilustrada que tuve hace años, Abraham tenía exactamente el mismo aspecto que ese hombre —dijo Lucy, señalando con un gesto a un anciano de majestuoso porte, vestido de blanco, que caminaba al borde de la carretera—. Y fíjese en esa mujer con el cántaro en la cabeza... Es como la estampa que yo tenía de Rebeca en el pozo.



—¡Eh! ¡Fijaos en los —camellos!— gritó Jorge, excitado de pronto. —Ah, ahí va un camellito recién nacido también. Nunca había visto un camello pequeño antes. Ojalá tuviese uno como compañero.

—Por lo menos, no podrías llevarlo en el bolsillo como si fuese una serpiente o un ratón —observó Dolly—. ¡Qué cara de mal humor tienen!

—Sí —respondió Bill—. Los camellos siempre tienen cara de muy mal humor. Ése nos está mirando con cierto desagrado, como si no pudiese soportar la vista de nuestro coche.

—Y es muy probable que no pueda, en efecto —dijo Dolly—. Debe olerle muy mal. Sí que parece mirarnos con cierto aire de superioridad, ¿verdad? ¡Anímate, camello!

Vieron también borricos cargados de paciencia y de tan pesadas cestas, que era una verdadera maravilla que pudiesen moverse. A Jorge le interesaban los pájaros también, casi tanto como a Jack.

—Lástima que no me haya traído mi tomo de «Aves del Mundo» —se quejó Jack—. Hubiese podido ver qué eran todos esos pájaros tan vistosos. Sí que lo preparé por traérmelo; pero me lo dejé sobre la cómoda.

—No te hubiesen dejado subir al avión con semejante mamotreto —le advirtió Bill—. Veo que has traído tus gemelos de campaña, sin embargo. Encontrarás mucho que ver con ellos.

—¿Es ése el río? —preguntó Dolly, de pronto, al ver un destello azul por entre los árboles—. ¡Sí que lo es! Caramba..., es muy ancho por aquí, ¿verdad?

Lo era, en efecto. La otra orilla parecía la mar de lejana. Les estaba aguardando su lancha: una embarcación muy bonita, con un indígena muy limpio y bien ataviado a bordo. Les saludó en cuanto se acercaron.

La lancha estaba junto a un pequeño desembarcadero y Bill la contempló con aprobación. Saludó con un gesto al hombre.

—Yo, Tala —anunció el indígena, haciendo una reverencia—. Tala cuidar barco y cuidar a usted amo.

Les enseñó la nave. Era pequeña pero lo bastante grande para todos. Hacía calor, calor bochornoso en el camarote; pero ninguno de ellos tenía la intención de pasarse mucho rato en él. Las literas daban la misma sensación; pero, como dijo Bill, podrían dormir sobre cubierta, siempre que tomasen la precaución de instalar una mosquitera. De cuando en cuando soplaba algo de brisa, cosa que resultaba muy agradable.

—¿Amo sale ahora inmediatamente, en este instante? —inquirió Tala, mirándoles a todos con los ojos negros.

Tenía dientes de sorprendente blancura y tan risueña mirada que a los niños les fue simpático en seguida. Bill asintió con la cabeza.

—Sí. Salimos. Puedes enseñarme todo lo que haya instalado, y ya me pondré yo al timón si me entran ganas. Lanza amarras.

La lancha se puso en movimiento, sin que su motor hiciera apenas ruido. Encontraron la temperatura más agradable entonces, porque les soplaba la brisa en la cara. Los niños se sentaron sobre cubierta, viendo deslizarse por ambos lados las riberas.

La señora Cunningham se dirigió a la parte inferior de la lancha para ver qué clase de provisiones había almacenadas allí. Llamó a Bill.

—¡Fíjate, Bill! Se han portado bien contigo... hay comida suficiente para un ejército... y muy exquisita por cierto. Y hay una nevera atestada de mantequilla y leche. Debes ser una persona la mar de importante, Bill, para que hagan por ti todas estas cosas.

Bill se echó a reír.

—¡Tú sube a cubierta para que el color vuelva a tus mejillas! —dijo—. ¡Hola! ¿Por qué están tan excitados los chicos?

La lancha pasaba por delante de un pueblo pequeño y los niños indígenas salieron a verla pasar. Gritaron y agitaron la mano, y Jack y los otros hicieron lo propio en respuesta.



—¿Cómo se llama este río, Tala? —preguntó Jorge cariñosamente.

—El río de Abenchura —respondió el otro, fija la mirada en el agua.

—¡Oíd, muchachos! —gritó Jorge—. Dice que este río se llama río de Aventura..., suena emocionante, ¿verdad?

—Abenchura, abenchura —repitió Tala.

Pero Jorge creyó que intentaba decir Aventura y que no sabía pronunciarlo bien. Tala encontraba muchas palabras inglesas difíciles de pronunciar.

—Ya lo hemos oído. Tala —dijo Jorge—. Es un nombre magnífico para un río, ¿no os parece? ¡El río de Aventura! ¡Vaya! ¡Esto sí que es una aventura para nosotros!

Transcurrió apaciblemente el río, deslizándose la nave por las aguas hora tras hora. Bill tomó el timón cuando Tala bajó a preparar la comida. Los niños se preguntaron qué clase de comida sería. Tenían un apetito feroz.

Tala subió con un maravilloso banquete. Porque, como dijo Dolly, aquello era demasiado succulento para que pudiera llamársele una comida a secas.

El indígena había abierto muchas latas al parecer, y les preparó unos platos completamente suyos, sazonados con pepitorias y salsas de muchas clases. Se sirvieron panecillos recién hechos y, como postre, frutas frescas o en conserva. Lucy se abalanzó sobre un melocotón enorme, y se lo llevó a los labios.

—No, no comas la piel de ese melocotón, Lucy —le dijo Bill—. Aquí hay que pelar toda la fruta antes de comerla. No os olvidéis de eso, por favor.

La señora Cunningham disfrutó de verdad de aquel día tan tranquilo, escuchando el murmullo del agua contra la quilla, viendo deslizarse los poblados uno tras otro por las riberas, y observando a las embarcaciones que, de cuando en cuando se cruzaban con ellos por las aguas límpidas azul-verdosas.

Sol y viento acabaron agotando a todos y todos ellos se quedaron dormidos al instante en cuanto se hubieron echado sobre cubierta. Tala amarró la lancha y fue a tenderse sobre su propio lecho a popa.

Jack tuvo el tiempo justo para pensar que las estrellas parecían enormemente grandes y brillantes antes de quedarse profundamente dormido. Nadie oyó el menor rumor aquella noche, ni siquiera el grito de un ave nocturna cuya voz parecía medio ululación, medio chillido. «Kiki» despegó un ojo y estuvo unos segundos considerando si debía contestar en su propio idioma con un graznido aullido; pero acabó diciendo que pudiera no hacerle la menor gracia a Bill.

El río estaba precioso a primera hora de la mañana. Tenía un color azul lechoso, y Jack se emocionó al ver una pequeña bandada de minúsculas aves acuáticas nadando alrededor del yate.

Tala se encogió de hombros.

—¿Qué son? —le preguntó a Tala, señalando a los pajaritos amarillos y azules.

—Tala no saber —repuso.

Jack no tardó en descubrir que el indígena no sabía una palabra de aves, insectos ni flores. No era capaz de dar el nombre de una sola. Tenía todo su interés concentrado en el motor de la lancha y en su cuidado.

—Llegamos a sitio muy grande pronto —anunció Tala a primera hora del atardecer. Parecía muy excitado—. Sitio llamado Ciudad-Sini.

—¿Ciudad-Sini? —exclamó Bill, extrañado—. Me parece que no. Tala. No hay

ninguna población grande por esta ribera..., sólo algunas pequeñas. Jamás he oído mencionar Ciudad-Sini. No está marcada en mi mapa.

Tala movió la cabeza vigorosamente en gesto afirmativo.

—Sí, Ciudad-Sini. Tala saber. Tala estado. Media hora y veremos Ciudad-Sini.

Bill sacó el mapa y estudió la trayectoria del río. Luego volvió a negar con la cabeza y le enseñó el mapa a Tala.

—Estás en un error —dijo—. Aquí no figura ninguna Ciudad-Sini. Mira.

Tala posó un dedo en el sitio en que el río se curvaba un poco.

—Ciudad-Sini aquí —dijo—. Tú verás, amo. Tala estado allí. Ciudad muy muy grande. Muchas gentes. Torres muy muy grandes, altas como el cielo.

Aquello resultaba asombroso. Bill no lograba comprenderlo. ¿Por qué no estaba señalado un sitio tan grande en el mapa? Hasta los sitios pequeños figuraban. Más aún, el pequeño lugar al que había tenido la intención de ir, figuraba en el mapa muy cerca de la curva del río en que, según Tala, se encontraba Ciudad-Sini.

Se encogió de hombros. No era posible que supiese Tala lo que estaba diciendo. Torres tan altas como el cielo..., ¡qué tontería!

Cayó la noche bruscamente, como sucede siempre en los países del Sur. Brillaron las estrellas, grandes y misteriosas, y muy, muy brillantes. El río se tornó negro y plateado y pareció contener tantas estrellas como el propio firmamento.

—Curva del río, amo... Luego, Ciudad-Sini —anunció Tala, excitado—. ¡Ahora verás!

La lancha dobló suavemente la curva y..., ¡Bill y sus compañeros vieron un panorama asombroso y por ellos jamás visto ni soñado!

Sobre la ribera occidental del río se alzaba una gran ciudad. Una ciudad de luces y sonidos. ¡Una ciudad con elevados torreones, tal como dijera Tala!

Bill se quedó mirándola estupefacto. No lograba comprenderlo. Aquella enorme ciudad no estaba marcada en el mapa siquiera. Y él mapa era moderno, ¡tenía menos de un año! En un año no era posible construir una ciudad como aquélla. Jamás se había sentido Bill tan desconcertado. Contemplaba boquiabierto la ribera, sin poder dar crédito a lo que le decían sus sentidos.

—¿Tala va a Ciudad-Sini esta noche? —inquirió suplicante Tala—. A Tala le gusta Ciudad-Sini. ¿Tala, va amo? Barco estar bien en sus manos, amo.

—Sí, sí, ve —dijo Bill, recobrando por fin la voz—. ¡Santo Dios! ¡Qué cosa más extraordinaria! Una ciudad grande, populosa, con grandiosos edificios... y no está marcada en el mapa ni me dijo nadie en Londres una palabra de su existencia. ¿Qué puede significar?

—Hagámosle una visita, Bill —sugirió Jack.

—Esta noche no. Veremos qué aspecto tiene a la luz del día. Pero, ¡qué iluminación más brillante tiene y qué edificios tan enormes! No acabo de comprenderlo. ¡Es muy... muy... extraño!

Capítulo VI

Ciudad-Sini

Todos durmieron muy bien aquella noche. Habían estado en vela hasta bastante tarde contemplando las luces de la sorprendente ciudad. Tala se había marchado gozoso, saltando de la lancha a tierra con agilidad. Aún no estaba de vuelta cuando los demás se instalaron sobre cubierta para dormir y Bill experimentó cierta inquietud, temiendo que el indígena decidiese no volver.

Pero por la mañana despertó a Jack el ruido de alguien que andaba con el motor, y vio a Tala, con cara de haber trasnochado, repasando las bujías. Le sonrió a Jack cuando éste se puso en pie y se desperezó.

—Tala ido Ciudad-Sini —dijo, indicando con un gesto la ribera.

El niño recordó su sorpresa de la noche anterior, y corrió al otro lado de la lancha para contemplar la misteriosa Ciudad-Sini.

La encontró tan extraordinaria, que llamó a Bill.

—Bill... ¡Oiga, Bill! ¡Venga a ver!

El detective se despertó y se reunió con él para contemplar la extensa población. Bill se quedó atónito.

—Esta ciudad tiene algo raro —dijo—. Fíjate en esos torreones..., no sé por qué, no dan la sensación de realidad. Y..., ¿qué es eso que hay por allá? ¿Un palacio o algo? También tiene eso un aspecto extraño. ¿No falta un lado? ¿Dónde tienes los gemelos, Jack? Préstamelos.

Jack se los entregó y Bill miró por ellos.

—No..., no lo comprendo —dijo, al cabo de unos momentos—. La ciudad está compuesta de la más extraña mezcla de edificios... Hay cabañas y cobertizos, casas antiguas, torreones, el palacio ese, y algo que se parece enormemente a un templo antiguo... Y aquí y allá hay grandes muchedumbres, y manadas de camellos y... no, no lo comprendo.

—Vayamos a verlo después del desayuno —dijo Jack.

—Sí; ya lo creo que iremos. Ciudad-Sini no es un pueblo..., es una población importante. Pero, ¿por qué no está señalada en el mapa? Consulté otro anoche; pero tampoco está en él. Despierta a los demás, Jack.

No tardaron en ponerse a desayunar. La señora Cunningham quedó tan sorprendida como los demás al ver aquella extraña ciudad a la orilla del río.

—Ese palacio parece completamente nuevo —observó Lucy, contemplándolo—. Y, sin embargo, debe de tener miles de años de existencia y debiera encontrarse absolutamente en ruinas.

Después del desayuno desembarcaron todos, dejando a Tala al cuidado de la

lancha. «Kiki» iba sobre el hombro de Jack como de costumbre. Charlaba sin cesar, con gran regocijo de los indígenas con quienes se cruzaban.

—Cierra la puerta —ordenaba, imperioso—. Llamad al médico. Lorito tiene un catarro. ¡Aaaaa-chú!

Parecía tan de verdad su estornudo, que Lucy estuvo a punto de ofrecerle su pañuelo. Al poco rato, Jack se vio obligado a imponerle silencio al loro, porque al volver la cabeza descubrió que le seguía un grupo de niños de piel morena que señalaban a «Kiki» con regocijo.

Se acercaron a los edificios y, de pronto, Bill exhaló una exclamación:

—¡No es una ciudad de verdad! ¡Todos esos templos y torres son simples imitaciones! Fijaos en éste... no es más que fachada. No hay nada detrás.

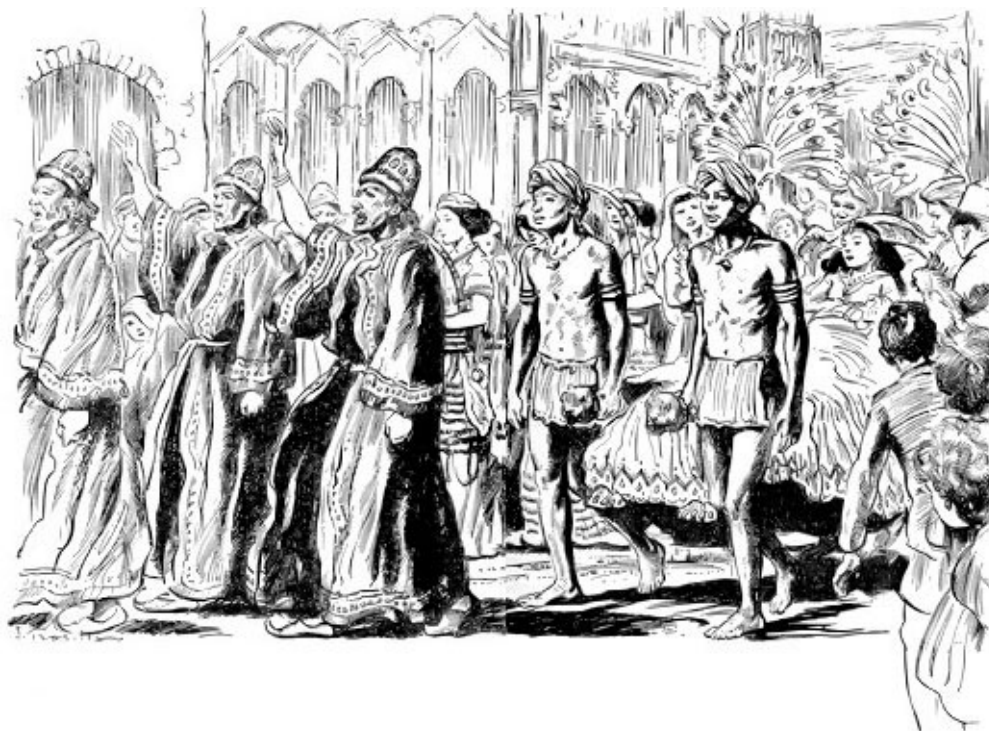
Se quedaron mirando boquiabiertos. Bill estaba en lo cierto. Se trataba de una simple fachada sin gran consistencia, que, de lejos, parecía un templo auténtico. Pero por detrás no había más que tablas, lona, y las vigas y maderas que sostenían todo el tinglado.

Siguieron adelante, encontrándose con cobertizos muy bien contruidos y llenos de gran variedad de cosas raras, así como con barracas y barracones que servían cosas: en uno se vendía cigarrillos, en otro bebidas no alcohólicas y, en varios otros, comestibles.

Entre los poblados existía una curiosa y sugestiva mezcla. Hombres y mujeres andaban o corrían de una parte a otra, vestidos, en su mayoría, a la europea, pero con descuido. Algunos iban a la usanza indígena y se veían corretear por todas partes niños poco menos que desnudos.

Al doblar una esquina, un espectáculo singular apareció ante ellos. Era una procesión de hombres, vestidos con magnificencia, que caminaban muy despacio e iban cantando al andar. En el centro de la procesión había un espacio y, en él, rodeado de mujeres ataviadas a usanza antigua, se veía una especie de lecho transportado por cuatro esclavos altos, fuertes y de piel morena. En el lecho en cuestión iba tendida una hermosa dama.

Bill y sus compañeros se detuvieron a contemplar aquello con asombro. De pronto, el detective oyó un rumor curioso, como el que hace un mecanismo en movimiento. Volvió la cabeza para ver de dónde procedía, y soltó una exclamación.



Los otros le miraron. Él les sonrió.

—¡Ya está! —dijo—. Ahora lo comprendo todo y no sé por qué no se me ocurriría antes. El motivo de que Ciudad-Sini no figure en el mapa es que probablemente no existía aún cuando se hizo el mapa hace un año. ¿Veis esas máquinas enormes? Son tomavistas cinematográficas. Están rodando una película y...

Le interrumpieron todos con sus exclamaciones y comentarios excitados.

—¡Claro! ¡Es una ciudad construida adrede para rodar una película de tiempos antiguos!

—¿Por qué no se nos ocurriría antes? ¡Por eso ese templo no es más que fachada!

—Y, ¡por eso hay tal mescolanza de gente aquí!

—Y, claro, es Ciudad-Cine y no Ciudad-Sini como nos habíamos imaginado —observó Jack—. Una ciudad de máquinas cinematográficas que están impresionando una película.

—¡Es la mar de interesante todo esto! —aseguró Jorge—, Bill, ¿podemos dar una vuelta por ahí solos? Mirad..., fijaos en ése que hace ejercicios acrobáticos..., ¡fijaos cómo se dobla hacia atrás y se agarra a los tobillos con las manos!

Bill se echó a reír.

—Bueno. Podéis ir a echar una mirada. Supongo que este lugar atrae a muchos saltimbanquis que creen poder ganarse unas monedas con sus trucos. A lo mejor veis algo interesante. Pero no os separéis, por favor. Muchachos, cuidad de que las niñas no se alejen de vosotros. Yo me iré solo con tu madre. Jorge..., quizá consiga recoger informes.

Los niños comprendieron lo que aquello quería decir. Bill confiaba poder averiguar algo de Raya Uma. Porque era muy probable que se le hubiese ocurrido

dirigirse a Ciudad-Cine.

Se marcharon por su lado, seguidos de una cola de niños indígenas a quienes el loro chocaba. Buhoneros de todas clases les llamaban al pasar, ofreciéndoles toda clase de mercancías, entre ellas bandejas de pegajosos dulces cubiertos de moscas que hacían estremecerse de repugnancia a las niñas. Fruta de cestos. Baratijas como las que hubiesen podido comprar en las ferias inglesas. Fotografías de las estrellas que, era de suponer, desempeñaba un papel en la producción que se estaba impresionando. Había toda clase de género, ninguno de los cuales sentían los niños el menor deseo de comprar.

Hasta los indígenas parecían hablar inglés, o mejor dicho, inglés con pronunciado acento americano, porque la compañía cinematográfica era una de las productoras más importantes de Norteamérica. Era fácil distinguir a los americanos y a los europeos, no sólo por su forma de vestir, sino porque andaban más aprisa y hablaban más alto.

Los cuatro niños vagaron por entre los falsos templos y torreones de mentirijillas, preguntándose qué película sería la que impresionaban. Evidentemente se trataba de algún relato sacado del Antiguo Testamento. Luego se dirigieron a un grupo grande de cabañas donde una muchedumbre contemplaba a un hombre que hacía algo extraordinario: ¡subir por una escalera de cuchillos!

Dos de sus ayudantes entonaban un extraño canto a medida que ascendía posando los pies desnudos sobre el afilado corte de las hojas. Alguien empezó a tocar una especie de tamtam, y los niños se detuvieron, como fascinados.

El hombre saltó de la escala, riendo. Alzó los pies para que se viese que no se había hecho corte alguno en las plantas. Invitó al público a que probara lo afilado de las hojas con las manos, y más de uno lo hizo.



Llamó a los cuatro niños y ellos se acercaron a la extraña escala y tocaron también las hojas. ¡Vaya si estaban afiladas! Contemplaron al hombre con admiración y respeto, y le dieron unas monedas. Probablemente podría cambiarlas por las de su país en cualquiera de los establecimientos vecinos.

—¡Qué manera de ganarse la vida!... ¡Subir con los pies desnudos por una escalera de cuchillos afilados! —exclamó Lucy—. ¡Oh, mirad..., ahí hay un malabarista más que notable!

Y habilidoso en extremo, por cierto. Usaba seis bolas muy brillantes, tirándolas al aire y de un lado para otro con velocidad tal, que casi resultaba imposible seguirlas con la vista. Los niños le miraron con admiración. Luego tomó seis platos e hizo juegos malabares con ellos, tirándoselos por encima del hombro y por entre las piernas una tras otra, sin dejar caer ninguno ni romperlos.

En el preciso momento en que le aplaudían, Jack sintió que se le deslizaba una mano dentro del bolsillo del pantalón y se volvió rápidamente. Asió a un niño pequeño y sucio que se le escapó, no obstante, de entre los dedos en seguida y a todo correr.

—¡Eh, tú! ¡No vuelvas a atreverte a hacer una cosa así! —le gritó, indignado, registrándose el bolsillo.

Que le fuese posible precisar, nada le faltaba. Había obrado con demasiada rapidez para que prosperase el acto del ladronzuelo. Ello no obstante, les sirvió de lección a él y a los otros.

—Es evidente que no debemos enfrascarnos en nada tanto como para olvidarnos

de vigilar los bolsillos —dijo Jack—. ¿Por qué no viste tú a ese rapazuelo, «Kiki»? Hubieras podido gritar: «¡Al ladrón!».

—¡Aladrón, aladrón, aladrón! —gritó inmediatamente el loro, creyendo que todo era una palabra.

Esto asombró de tal manera a los transeúntes, que se detuvieron a mirar. Una niña pequeña salió huyendo en seguida.

—Creyó que «Kiki» se estaba refiriendo a ella —observó Jorge, riendo—. Supongo que acabaría de decidir apoderarse de tu bolso, Lucy.

Llegó a sus oídos en aquel instante una música rara y se pararon en seco.

—Oíd..., ¡suena como música de serpiente! —exclamó Jorge, excitado de pronto—. Vamos aprisa..., ¡siempre he tenido ganas de ver trabajar a un encantador de serpientes! ¡Aprisa!

Capítulo VII

Una mañana sorprendente

Jack, Jorge y Lucy echaron a andar apresuradamente hacia el punto de donde la música partía; pero Dolly se rezagó.

—¡Uf! ¡Serpientes! Yo no quiero verlas —dijo—. Odio a las serpientes. Y no voy.

—Dolly, tienes que ir con nosotros —anunció Jorge, impaciente—. Bill dijo que no nos separáramos. No es necesario que mires si no quieres. Puedes volver la espalda. Pero has de seguir a nuestro lado.

—Bueno, bueno —respondió Dolly con hosquedad—. Pero no acabo de comprender por qué queréis ir a ver serpientes. ¡Son unos bichos horribles!

Se quedó la última, pero sin apartarse demasiado, y cuando llegaron al grupo formado alrededor del encantador de serpientes, se volvió de espaldas. Sentía ciertas náuseas, porque había visto a una de las culebras alzarse en la cesta y ponerse a oscilar. Tragó saliva un par de veces y se sintió mejor; pero no se atrevió a echar otra mirada. Contempló, en lugar de eso, a la gente que por allí había.

Los otros tres se encontraban ya en el grupo formado alrededor del encantador. Éste era un hombre de aspecto bastante sucio, con un turbante en la cabeza y un ancho paño en la cintura. No tenía más que un ojo. El otro estaba cerrado. Pero el sano miró penetrantemente a su alrededor y Lucy decidió que no le gustaba ni pizca; ¡Tenía la mirada tan fija como la serpiente misma!

Junto al hombre se hallaba su ayudante, un niño sin más ropa que un taparrabos. Estaba delgadísimo, y Lucy le hubiese podido contar todas las costillas sin la menor dificultad. Los ojuelos del muchacho eran brillantes y agudos, no como los de una serpiente, pensó la niña, sino como los de un pajarito. Hablaba a toda velocidad acerca de las serpientes contenidas en la cesta.

Empleaba una curiosa mezcla de su idioma propio y del americano. Los niños no pudieron entender ni la mitad, pero lo que entendieron fue suficiente para que supiesen que las serpientes aquellas eran peligrosas y que su mordedura podía provocarle la muerte a un hombre hecho y derecho en doce horas.

—Ataca así —contó el muchacho, haciendo un movimiento serpentino con el brazo—; muerde, aprisa, aprisa, aprisa...

El hombre sentado en el suelo empezó a tocar otra vez la extraña y monótona música que oyeran los niños minutos antes. La serpiente que viera Dolly había vuelto a ocultarse en la cesta, pero ahora volvió a alzarse y todos soltaron una exclamación al ver su maligna cabeza.

Lucy le susurró a Jack:

—Jack..., es la culebra de que nos habló el gerente del hotel..., verde, con

manchas encarnadas y amarillas. ¡Fíjate! ¿Cómo dijo que se llamaba?

—¡Ah! Creo que bargua —contestó su hermano, observando el reptil—. Caramba, es hermosa, pero de un aspecto la mar de maligno, ¿verdad? ¡Fíjate cómo oscila! ¡Parece como si estuviese mirando a todos los que la rodean! ¡Troncho! ¡Ahí sale otra!

Una segunda culebra se había desenrollado y se alzaba lentamente, moviéndose de un lado a otro. Algunos de los espectadores se acercaron un poco más al encantador, e inmediatamente el niño gritó agudamente:

—¡Atrás, atrás, atrás! ¿Queréis que os muerdan? ¡Pican aprisa, aprisa, aprisa!

La muchedumbre retrocedió apresuradamente, asustada. El encantador de serpientes siguió tocando la singular melodía, siguiendo con su ojo solitario todos los movimientos de los espectadores. Una tercera culebra se alzó de la cesta, meciéndose como al compás de la música.

El niño le dio un golpecito en la cabeza con un palo y el reptil se ocultó de nuevo.

—Él muy mala culebra, él peligroso —explicó.



Los otros dos reptiles seguían oscilando. Bruscamente, el hombre cambió de tono. La música aumentó de sonido y se hizo más insistente. Una de las serpientes se meció más aprisa, y el niño alzó el palo por encima de ella, como para contenerla.

La serpiente movió la cabeza con velocidad de relámpago, como para darle un mordisco al palo. Luego, antes de que nadie pudiese contenerla, salió de la cesta y se deslizó hacia los espectadores.

Sonaron al punto gritos y aullidos y todos retrocedieron. El niño corrió hacia el reptil y lo asió con la mano. Lo metió en la cesta de nuevo, y se alzó un grito de admiración ante la hazaña. Poblaron el aire aplausos y aclamaciones, y el encantador se puso lentamente en pie y dio unos golpecitos cariñosos al niño en la cabeza.

—¡Él salva a todos! —dijo. Y agregó unas cuantas palabras rápidas en su propio

idioma—. Él valiente. Culebra poder haberle mordido. Él valiente.

—¡Qué chiquillo! —exclamó una voz americana, llena de admiración—. ¡Eh, niño! ¡Coge esto!

Y le tiró un billete de un dólar a los pies.

El niño se abalanzó sobre él tan rápido como una serpiente, y dio las gracias.

Aquello fue como una señal para que los espectadores le echaran dinero también. Y el muchacho fue recogéndolo y guardándoselo en el paño que llevaba arrollado a modo de taparrabos.

El encantador de serpientes no hizo el menor caso. Estaba muy ocupado tapando la cesta para reemprender nuevamente la marcha.

Jack se metió la mano en el bolsillo para echar una moneda de seis peniques; pero con gran sorpresa suya, Jorge le contuvo.

—No eches nada —le dijo—. Todo eso es comedia.

Jack le miró con enorme asombro.

—¿Comedia? ¿Cómo? ¡Ese chico es valiente si los hay! Ya oíste lo venenosas que son las barguas según el gerente del hotel.

—¡Te digo que es una comedia! —insistió Jorge en voz baja—. Estoy de acuerdo en que son barguas... y de las más peligrosas... pero ninguna de esas serpientes hubiese podido hacerle daño a una mosca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucy, estupefacta.

—Vamos y os lo diré.

Se reunieron con Dolly, y se alejaron un poco. Jack miró con impaciencia a Jorge.

—Anda, dinos dónde estaba la comedia.

—¿Os disteis cuenta de que cuando las serpientes esas oscilaban en la cesta conservaron la boca cerrada todo el tiempo? No la abrieron ni una sola vez, ni enseñaron la lengua bifurcada, ni siquiera cuando a una le dieron un golpe en la boca..., cosa que realmente enfurecería a una culebra y la instigaría a morder.

—Sí..., ahora que lo pienso, sí que conservaron la boca cerrada —contestó Jack—. Pero, ¿qué importa eso? La que escapó hubiese podido abrirla y morder. Lo extraño es que no atacara al niño.

—Hazme el favor de escuchar —insistió Jorge—. Desconfié un poco al ver que las culebras esas no abrían la boca... conque, cuando una de ellas escapó... (aun cuando estoy convencido que eso de «escapar» no es más que un truco)... cuando una de ellas se escapó, digo, y pasó cerca de nosotros, la miré con atención. Y lo creáis o no, ¡el pobre bicho tenía cosida la boca!

Los otros le miraron con horror.

—¡Cosida! —exclamó Lucy—. ¡Qué crueldad! Eso quiere decir, claro, que el encantador no corre el menor peligro..., no corre riesgo de que le piquen, porque las serpientes no pueden abrir la boca.

—Justo. Hasta ahora no había sabido cómo se las arreglaban los encantadores de serpientes. La que «escapó» tenía la boca bien cosida: vi claramente las puntadas.

Probablemente se las arreglarían para darle un narcótico y, mientras se hallaba bajo su influencia, el hombre ese le cosería la boca.

—Pero entonces no podrá comer ni beber —dijo Lucy—. Es una crueldad. ¿Por qué no hace alguien algo por impedir esas cosas?

—Así, ese muchacho no fue valiente después de todo —dijo Jack.

—No. Por eso te lo dije. Le han enseñado a hacer esa comedia. Ya viste cómo hizo caer el dinero, ¿verdad? ¡Troncho! ¡Qué timo más desalmado! ¡Coserle la boca a unas serpientes y usarlas como medio de ganarse la vida! ¡Horrible!

—Me alegro una barbaridad de no haber echado ni un penique —dijo Jack.

—Y yo me alegro enormemente de no haber mirado —anunció Dolly.

—Lo siento por esas culebras —dijo Lucy—. Me duele pensar en ellas.

—Y a mí también —asintió Jorge—. Con lo bonitas que eran, además... de ese verde tan lindo, y esas manchas encarnadas y amarillas tan brillantes. Me gustaría tener una igual.

Dolly le miró con horror.

—¡Jorge! ¡Dios te libre de recoger una culebra como distracción! ¡Sobre todo una venenosa!

—No te dispares, Dolly —intervino Jack, riendo—. Sabes de sobra que Bill jamás le consentiría que llevase encima una bargua venenosa. ¡Ánimo!

—¿Creéis que pueden comprarse helados aquí sin peligro? —inquirió Lucy, sintiéndose de pronto capaz de comerse por lo menos tres—. Tengo la boca caliente y seca.

—Encontraremos un sitio decente —contestó su hermano—. ¿Qué os parece ese de allá?

Se acercaron y echaron una mirada dentro. Era un sitio limpio, y alegre y a las pequeñas mesas había sentados muchos norteamericanos y dos o tres actores y actrices aún caracterizados.

—Aquí se debe estar bien —dijo Jorge.

Y entraron. La clientela se quedó mirando a los niños y, en particular, a Jack, quien, claro está, llevaba a «Kiki» sobre el hombro como de costumbre.

Había una campanilla sobre cada mesa, para que pudieran llamar los clientes si deseaban algo. Jack tomó lo que había en su mesa y la hizo sonar.

—¡Tilín, tilón! —observó «Kiki»—. ¡El gato está en el rincón! ¡Llamad al médico!

Soltó una de sus carcajadas y luego empezó otra vez:

—¡El gato está en el rincón! ¡Miau, mi... aau! ¡Ps, ps, ps! ¡Tolón, tolón!

Hubo un brusco silencio, y todo el mundo miró con asombro al loro, que se puso ahora a toser como una oveja achacosa. Jack le dio un golpe en el pico.

—¡Vamos, «Kiki», no te exhibas!

—¡Carambola! —dijo un americano, arrastrando las sílabas—. ¡Qué loro más asombroso, muchacho! ¿Quieres venderlo?

—¡Claro que no! —respondió el niño, indignado—. Cállate, «Kiki». ¡No estás dando ahora un concierto!

Pero sí que lo estaba. Encantado de verse convertido en centro de atracción, dio una representación verdaderamente extraordinaria. Y se hallaba en plena función cuando sucedió algo. Entró un hombre y se sentó a la mesa de los muchachos.

—¡Hola! —dijo—. ¿Verdad que os conozco? Sois de Bill, ¿verdad? ¿Está él aquí con vosotros?

Capítulo VIII

El encantador de serpientes otra vez

Los cuatro niños miraron al hombre con sorpresa. Iba bien vestido, tenía el rostro atezado y parecía respirar salud. Les sonrió, enseñando una magnífica dentadura.

Nadie chistó durante un instante. Luego «Kiki» ladeó la cabeza y le habló al desconocido.

—¡Bill! ¡Bilibobo! ¡Bilibobo! ¡Paga al loro!

—¡Qué loro más maravilloso! —dijo el hombre.

Y alargó la mano para acariciarle la cresta al pájaro. Éste le dio un picotazo que le hizo fruncir el entrecejo y su rostro reflejó una expresión que le hizo cambiar totalmente de aspecto.

—¡Bien! —dijo, acariciándose el dedo y sonriéndoles de nuevo a los niños—. ¿Habéis perdido la lengua? Os pregunté con quién estabais. ¿Es con Bill, mi viejo y buen amigo?

Ambas niñas recibieron un discreto puntapié por debajo de la mesa, propinado por Jack y Jorge. Todos se habían acordado de lo que les dijera Bill. ¡No debían dar información alguna si les hacían preguntas!

—Estamos aquí con mi madre —repuso Jorge—. Hemos estado todos enfermos, conque éste es una especie de viaje de convalecencia. Estamos haciendo una excursión por el río en una lancha.

—Ya. Así, pues, ¿no conocéis a nadie que se llame Bill?

—¡Oh, sí! —contestó Dolly, con gran horror de los muchachos—. Conocemos a Bill Hilton; ¿es ése el que quiere usted decir?

—No —dijo el hombre.

—Luego conocemos también a Bill Jordans —prosiguió Dolly y, por el brillo de sus ojos, comprendieron los niños que estaba inventándolo todo.

Tomaron entonces parte en el juego.

—Tal vez se refiera a Bill Ponga..., ¿quiere decir ése, señor?

—O Bill Tips, ése que tenía cuatro coches grandes y dos pequeños. ¿Es ése el Bill a quien usted se refiere?

—Quizá se refiera a Bill Kent. ¿Sabes quién digo, Jack? El deshollinador que usa siempre mamá.

—O, ¿querrá usted decir Bill Plonk? Quizá le conozca: es fabricante de galletas y sus galletas son...

—No; no me refiero a él... ¡ni a ninguno de los otros! —interrumpió con aspereza el hombre—. ¿No os acompaña nadie llamado Bill?

—No. Como podrá usted ver, estamos solos —le respondió Jack.

—¿Dónde está vuestra lancha?

La cosa se iba poniendo mal y Jack trató de hallar un medio para poner fin a la conversación de una forma natural.

—¡Caramba, chica! —exclamó de pronto—. ¿Te sientes mal? Más vale que salgas en tal caso.

Lucy reaccionó al instante.

—Sí. Sacadme pronto de aquí —contestó con voz desfallecida.

Sus compañeros la condujeron a toda prisa al exterior.

—¡Corred! —dijo Jorge, en cuanto estuvieron fuera—. No creo que nos siga; pero quizá lo haga. Ha sido buena esa idea tuya de hacer creer que Lucy no se encontraba bien.

Desaparecieron a toda velocidad por la esquina del edificio y se metieron en un cobertizo desierto. Tenía éste una ventana sucia, y atisbaron por ella para ver si pasaba aquel excesivamente amistoso desconocido. Lucy hizo un ruido extraño.



—Me parece que sí que voy a marearme —dijo—. ¡Jack tenía razón!

Pero no se mareó después de todo y no tardó en sentirse mejor.

—Aquí viene nuestro amigo —dijo Jack, mirando por la sucia ventana—. Se ha parado y mira de un lado a otro. Ahora se ha metido en un coche... y se marcha a toda velocidad. ¡Qué bien!

—¿Crees tú que sería el propio Raya Uma en persona? —inquirió Dolly.

—No lo creo. Aunque sí que tenía unos dientes muy blancos, ¿os disteis cuenta? Y Bill dijo que Raya Uma tenía una dentadura asombrosamente blanca. No pude comprobar si le señalaba el brazo una cicatriz, porque llevaba demasiado largas las mangas.

—¡No se quejará por falta de Bills! —exclamó Dolly, riendo—. ¡Mencionamos toda una serie de ellos!

—¡Bill! ¡Bobo Bill! —observó «Kiki», metiendo baza como de costumbre—. ¡Habla, Bill! ¡Cuenta, Bill! ¡Bill, paga la cuenta!

—Ya hemos pagado, chico —dijo Jack—. Pagamos los helados cuando nos los sirvieron. ¿No te fijaste? ¡Estás más ciego que un topo!

—¡Todo, topo! —exclamó «Kiki», dando saltos—. ¡Tipi-topo!

Rieron todos y se acercaron a la puerta.

—¿Tú crees que podemos salir ya sin peligro? —preguntó Dolly.

Jack movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. Ya no intentará sonsacarnos más. Sabe que le estábamos tomando el pelo; pero no sabe si lo hicimos por exceso de cautela o nada más que por ser groseros. Tendremos que contárselo a Bill y ver qué nos dice. Con toda seguridad ese hombre se ha enterado de alguna manera de que alguien iba a venir a husmear, y anda investigando a todos los recién llegados.

Salieron del cobertizo y vagaron por los alrededores. Llegaron a una colección de cabañas indígenas desvencijadas que daban la sensación de llevar muchos años construidas y no haber sido alzadas por la compañía cinematográfica que por allí actuaba.

—Huele mal por aquí —dijo Jack—. Volvamos atrás. Pero..., escuchad, ¿qué es eso?

Había llegado a sus oídos un repentino grito. Paró en seco, y los otros oyeron el grito también. Oyeron algo peor por añadidura: ¡el ruido de un bastón o un palo usado como arma!

Cada vez que se percibía el ruido de un golpe, sonaba a continuación un chillido de dolor y miedo.

—¡Es un niño el que grita! —exclamó Jorge—. Suena como si le estuviesen medio matando. ¡Vamos! ¡No puedo soportarlo! ¡Tendremos que hacer algo! Corred, corred. No nos entretengamos.

Corrieron por entre las cañas y llegaron a un espacio vacío por el que había tirados cajones y cajas de embalaje. En el fondo había un hombre golpeando a un niño con una gruesa estaca. Había dos o tres personas más allí, pero ninguna hacía nada por socorrer al muchacho tan vilmente castigado.

—¡Troncho! ¡Es el encantador de serpientes! —exclamó Jack—. Y ¡ése es el niño que recogió el dinero! ¡Fijaos! ¡El individuo ese le ha tirado al suelo!

Los cuatro corrieron hacia el enfurecido encantador. Jorge le asió del brazo, y Jack le arrancó el palo de la mano. El hombre giró sobre los talones, lleno de rabia.



Gritó algo que no comprendieron e intentó agarrar el palo. Pero Jorge lo puso fuera de su alcance.

—¡Quiá, amigo! ¡Es usted una bestia! ¡Mira que pegar de esa manera a una criatura! ¿Qué ha hecho?

El hombre volvió a gritar y le brilló peligrosamente el único ojo que tenía. El niño alzó la cabeza y sollozó unas palabras:

—¡Él dice que yo me guardo el dinero! ¡Él dice que yo le robo! Pero, ¿ves? ¡Nada tengo!

Sacudió la tela que llevaba envuelta en la cintura al decirlo.

—Le di todo —agregó—, ¡todo! Él dice que yo gasto algo. Me pega. ¡Ay, ay!

Se cruzó los delgados brazos por delante de la cara y sollozó de nuevo. El hombre dio un paso hacia él, como para pegarle un puñetazo; pero Jorge se adelantó con el palo.

—¡No vuelva usted a tocarle! ¡Déjele en paz! ¡Daré parte de usted por lo que ha hecho!

No tenía Jorge la menor idea a quién iba a dar parte; pero estaba decidido a no permitir que volviese a tocar al muchacho. El encantador de serpientes le miró con rabia. Luego se acercó bruscamente a su cesta, que yacía en el suelo a pocos pasos.

Quitó la tapa de un puntapié, y las serpientes se alzaron al punto, asustadas y enfurecidas.

—¡Corred, corred! —gritó en inglés—. ¡Mis serpientes muerden, muerden, muerden!

Dolly dio media vuelta en seguida y salió corriendo; pero los otros no se movieron. Si Jorge tenía razón y las bocas de las culebras estaban cosidas, eran inofensivas y no había necesidad de huir.

Jorge hizo entonces algo sorprendente. Le echó el palo a Jack, y se arrodilló luego en el suelo. Emitió un extraño siseo, semejante al que usaba en su propio país cuando deseaba domesticar a las culebras inofensivas que por allá encontraba.

Las serpientes se detuvieron al punto. Alzaron la cabeza para escuchar. Luego se deslizaron hasta Jorge, y le pasaron la boca por las manos. Una de ellas le reptó por el brazo y se le colgó al cuello.

El encantador contempló la escena estupefacto. ¡Sus serpientes no habían hecho aquello nunca con él! Le esquivaban siempre que podían, porque le odiaban. ¡Jamás, jamás había visto que unas serpientes salvajes acudieran a nadie como lo estaban haciendo con aquel niño! ¡Y éste no les tenía el menor miedo!

—¡Serpientes... morded, morded, morded! —dijo, dando golpes con el pie en el suelo para asustarlas y hacerlas dar golpes con la cerrada boca.

—No pueden —observó Jorge con desdén, pasando suavemente los dedos por el borde de la boca de los reptiles—. Las ha cosido usted. En mi país, le hubiesen mandado a usted a la cárcel por semejante crueldad.

El hombre babeó de rabia y empezó a dar fuertes gritos en su propio idioma. El niño corrió hacia Jorge.

—¡Marcha, marcha! ¡Él llama amigos y ellos haceros daño! ¡Marcha!

Jorge soltó inmediatamente a las serpientes, pensando en las dos muchachas. Era preciso que se fueran en seguida si existía peligro de que se presentaran los amigos de aquel hombre y diesen que hacer.

—Más vale que nos larguemos —dijo a Jack.

Pero era demasiado tarde ya.

A la llamada del encantador habían acudido corriendo tres jóvenes, y rodearon a los cuatro niños, empujando a Dolly contra los otros. Jorge avanzó en dirección a los recién llegados.

—¡Paso! —ordenó—. ¡Paso o llamamos a la policía!

Pero los jóvenes no hicieron más que estrechar el círculo y a los niños se les fue el alma a los pies. ¡No podían con aquellos tres y con el encantador de serpientes por añadidura!

Pero «Kiki» no estaba dispuesto a consentir aquello. Bailó, enfurecido, sobre el hombro de Jack, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Guardias! ¡Guardias! ¡Llamad a la policía!

Emitió a continuación el silbido policíaco:

—¡Piiii! ¡Piiii! ¡Piiii!

Capítulo IX

A la hora de comer

Los gritos de «Kiki» y su maravillosa imitación del silbido policíaco aterraron a los jóvenes. Se quedaron boquiabiertos mirando a aquel extraordinario loro. Luego, como de común acuerdo, ellos y el encantador pusieron pies en polvorosa. Este último recogió al marchar su cesta, en la que, por desgracia, las serpientes se habían vuelto a meter.

Los cuatro niños vieron huir a los cuatro indígenas con alivio. «Kiki» soltó una risita y luego una serie tal de carcajadas, que los muchachos no pudieron menos de hacerle coro.

—¡«Kiki»! ¡Mil gracias! —dijo Jack, rascando la cabeza al encantador loro—. Supongo que al oírle decir «policía» a Jorge, te acordaste de tu nueva habilidad. ¡Ha sido una suerte para nosotros!

—No acudió ningún policía —observó Lucy—. Has estado de primera, «Kiki». Ése ha sido el mejor silbido que en tu vida diste..., mucho mejor incluso que tu imitación de uno locomotora.

—Más vale que regresemos a la lancha —anunció Jorge—. No me gusta que las niñas se vean complicadas en cosas de éstas. Bill nos metería una bronca de mil demonios como sucediese algo serio.

Emprendieron la marcha, cuando salió corriendo alguien de detrás de una cabaña. Era el niño. Se acercó a Jorge y le tomó la mano. Se arrodilló delante de él.

—¡Llévame contigo, señor! Bula se ha ido con serpientes y yo dinero no tengo. Él mal hombre. Yo no le quiero. Llévame contigo.

—No puedo —respondió Jorge, desasiéndose dulcemente del muchacho—. Pero te daré dinero.

—Dinero, no. Llévame contigo... ¡Lleva a Ula contigo! —dijo el niño, suplicante.

—No. Ula, no podemos.

—¡Señor, sí! Ula ser tu criado. ¡Ula trabajar para ti! —exclamó el niño, asiéndole la mano a Jorge de nuevo—. ¿Te gustan las culebras, señor? ¡Ula te traerá!

—Escucha, Ula..., sí que me gustan las culebras..., pero no las que tienen la boca cosida. Y resultaría peligroso tener una que pudiera morder. ¿No tienes familia que se encargue de ti?

—Sólo Bula, que mi tío es —contestó Ula, sin soltarle la mano—. ¡Bula mal hombre! ¡Bula pega; mira, mira!

Enseñó cardenales y ronchas por todo el cuerpo. Lucy exhaló un sollozo de pronto.

—¡Pobre Ula! —dijo—. ¿No podemos llevarle con nosotros, Jorge?

—No, Lucy; no podemos —contestó el muchacho—. No podemos recoger a todos los pobres niños o animales maltratados que veamos por aquí..., ese perro tiñoso de allá, el pobre borriquito que vi hoy, con mataduras por todo el lomo..., el niño de pecho tan delgado y pequeñín que vimos tendido sobre una estera, ¿os acordáis? Todos ellos necesitan ayuda y amigos..., pero no podemos recogerlos a todos y llevárnoslos a la lancha. No, Ula: no podemos llevarte con nosotros.

—¿Qué yo hacer? ¿Qué yo hacer? —murmuró Ula, con desesperación.

—Te llevaremos al puesto de urgencia de la Cruz Roja —contestó Jorge—. Vi uno por los alrededores. Te cuidarán y ayudarán, Ula. Te curarán los golpes.

Ula les acompañó desconsolado, arrastrando los desnudos pies, gacha la cabeza. Pero, en cuanto llegaron a la tienda de campaña, de blancura inmaculada, a cuya entrada se hallaba una enfermera con almidonado delantal... ¡Ula huyó! Le oyeron gemir al alejarse y tanto a Dolly como a Lucy se les saltaron las lágrimas al ver al niño medio desnudo desaparecer tras una cabaña.

—¡Maldita sea! —exclamó Jack—. No sabéis lo mucho que siento esto. Es como si le hubiésemos fallado a Ula. Pero no veo otra cosa que podamos hacer.

—Vamos —dijo Jorge—. Regresemos a la lancha. Teníamos que estar de vuelta a la una y es casi esa hora ya.

Se encaminaron al río, sintiéndose muy desgraciados todos ellos Jorge fue mirando a su alrededor por si aparecía el hombre que les interrogaba; pero no se le vio por parte alguna. Llegaron sin novedad a la lancha y Tala les saludó con satisfacción. Subieron todos a bordo y oyeron la voz de Bill que les llamaba.

—Habéis tardado bastante. Empezábamos a estar intranquilos. Id a lavaros y comeremos.

Mientras comían, hicieron un intercambio de noticias con el detective.

—¿Descubrió usted algo acerca de Raya Uma? —inquirió Jorge, bajando la voz para que no le oyese Tala.

—Ni una palabra —repuso Bill—. Pero quizá sí que averigüe algo cuando llegue a Ala-u-ya. Tu madre y yo erramos un poco por ahí, nos enteramos de lo de la película, vimos a una persona a quien conocíamos, y volvimos aquí. La mar de aburridos. ¿Y vosotros? ¿Qué hicisteis? ¿Os habéis divertido?

Bill se irguió en su asiento cuando los niños empezaron a contarle lo del hombre que se acercara a interrogarles en la tienda de helados.

—No mencionó el apellido de usted, Bill —dijo Jack—. No hacía más que repetir «Bill». ¿No sabría su nombre entero?

—No; pero puede haber conocido mi nombre de pila. Supongo que no se os ocurriría decirle cuál era mi apellido, ¿verdad?

—¡Claro que no! —exclamaron los dos niños indignados—. Pero mencionamos a muchos otros Bill y le preguntamos si se refería a éstos.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el detective, muy extrañado.

—Pues..., le preguntamos si se refería a Bill Hilton... o a Bill Jordans... o a Bill Ponga... o a Bill Tips que tiene cuatro coches grandes y dos pequeños —respondió Jack riendo de buena gana.

—O a Bill Kent, el deshollinador... o a Bill Plonk, el fabricante de galletas —prosiguió Dolly.

Bill se echó a reír.

—¡Si seréis granujas! Deduzco que todos esos Bills los inventasteis vosotros. Bueno y ¿qué sucedió después?

—Oh..., nos preguntó dónde teníamos la lancha. Le habíamos dicho que estábamos haciendo una excursión por el río durante nuestra convalecencia de una enfermedad —explicó Jorge—. Nos dimos cuenta entonces de que las cosas tomaban mal cariz..., conque Jack decidió que Lucy tenía aspecto de estar a punto de devolver, y nos marchamos con ella y nos escondimos.

Bill volvió a reír.

—Preferiría teneros a vosotros de parte mía que en contra —aseguró—. ¡Sois demasiado listos! Bueno, pues sí que parece como si ese individuo fuera un espía de Raya Uma. ¿Qué aspecto tenía?

Se lo dijeron.

—No me suena a Uma —anunció el detective—, como no sea en lo de los dientes. No; no creo que fuese Uma. Si anduviera abiertamente por ahí así, no podría estar tramando nada serio. Resultaría demasiado fácil vigilarle. Ello no obstante, sí que parece que Uma anda por la vecindad, puesto que tiene por ahí un amigo que hace preguntas a los forasteros. ¡Gracias por callar mi apellido!

—¿Hay alguna otra noticia? —inquirió la señora Cunningham—. ¿Qué más hicisteis?

—Oh..., ¡las serpientes! —exclamó Dolly, recordando—: Cuéntalo tú. Jorge.

Jorge contó toda la historia hasta el momento de llamar «Kiki» a la policía y emitir un silbido. Bill frunció el entrecejo.

—Esas cosas no pueden ser, ¿me oís? —dijo—. Hubierais podido meteros en un apuro muy serio. No debéis volver a vagar por los barrios indígenas.

—Sí, pero Bill... no podíamos dejar que ese hombre continuara ni un momento más pegando a Ula sin intentar impedirlo —dijo Jack.

—Podíais haber ido vosotros dos a intentar contener a ese individuo, y haber mandado a las niñas en busca de ayuda..., así no hubiesen corrido ellas ningún peligro —repuso Bill—. Aun cuando un impulso os domine, aun cuando os dejéis llevar por vuestros sentimientos, tenéis que pensar «siempre» en vuestras hermanas primero. Si os queréis meter en un jaleo, hacedlo cuando estéis solos. ¿Me habéis comprendido?

—Sí, señor —respondieron los niños, muy colorados—. ¡Lo sentimos, Bill!

—Lo sentimos, Bill —repitió «Kiki»—. Lo sentimos, sentimos, sentimos.

Todos se echaron a reír y Bill cambió de tema.

—Ese lugar es extraordinario —dijo, señalando, con un gesto, en dirección a la Ciudad-Cine—. Se han alzado veintenas de edificios nada más que para seis meses. ¿Habéis visto las atracciones que han montado?

—No —respondieron los niños con sorpresa—; eso no lo hemos visto.

—Pues las hay..., tiros al blanco, rifas, juegos, bailarinas y Dios sabe cuántas cosas más. Sin duda vendría vuestro encantador de serpientes de esa especie de feria. Pero dudo que se aventure a volver después de la alarmante llamada de «Kiki» a la policía. Hasta tienen un comedor de fuego allí.

—¡Un comedor de fuego! —exclamó Jorge—. Me gustaría verle trabajar. ¡Llévenos, Bill!

—No; me parece que no —le respondió éste—. Más vale que nos pongamos en marcha hacia Ala-u-iyá. Allí es donde tengo verdaderas esperanzas de obtener noticias de Uma. Tendréis que aguardar a ver a un comedor de fuego en otra ocasión. Y, a propósito, ¿visteis al individuo que subía por una escala de cuchillos? Nosotros le vimos cuando regresábamos.

—Sí; nosotros le vimos también —contestó Jack—. Lástima que no tengamos más tiempo para pasarlo en Ciudad-Cine... Es fea y extraña, pero ¡fascina!

Bill se puso en pie, cargando la pipa. Llamó a Tala.

—Hemos terminado aquí —le dijo—. Haz el favor de poner rumbo a Ala-u-iyá dentro de una hora. Debiéramos llegar allá a eso de las seis. Pasaremos allí la noche... a bordo, claro.

—¡Bien, amo! —respondió Tala.

Y acudió a recoger las bandejas. Los niños se sentaron a leer a la sombra de un toldo. Bill les había dado libros que hablaran de aquella comarca, diciéndoles que era muy interesante y que habían vivido civilizaciones milenarias en el territorio que regaba el río por el que navegaban.

Resultó muy agradable el viaje aquella tarde. Ciudad-Cine no tardó en quedar atrás al deslizarse la lancha lenta y muy suavemente por las aguas. Tala gritó, poco antes de las seis:

—¡Llegamos a Ala-u-iyá! —dijo, haciendo que sonara el nombre como un canto—. ¿Conoces ciudad vieja, amo? ¡Ella se llama Ala-u-iyá, Puerto de los Reyes!

Capítulo X

Aquella noche

Tala guió hábilmente la lancha hacia un poste de amarre junto a un desembarcadero pequeño de madera. Había uno o dos barcos de pesca allí ya. Los árboles llegaban hasta la orilla misma del agua, pero más allá podían verse los contornos de casas indígenas, bajas y enjalbegadas. En el aire del atardecer, el humo ascendía vertical, porque no había brisa fuera del río.



—¿Qué quiso decir Tala... que Ala-u-iyá es la Puerta de Reyes? —inquirió Dolly—. También dice eso en los libros que nos dio usted a leer, Bill..., pero no lo explica.

—Supongo que no querrá decir gran cosa —respondió el detective—. A no ser que se trate de un nombre antiguo... de una época en que este país era el asiento de una civilización varias veces milenaria.

—¿Tan antigua como Ur, la ciudad de la Biblia? —preguntó Lucy.

—Sí..., tan antigua como Ur... ¡y mucho más antigua probablemente! —respondió Bill, riendo—. Debió de haber aquí grandes palacios y templos aun antes del Diluvio Universal, aun antes de que Noé partiera en el Arca.

—¡Oh! —exclamó Dolly—. Así, pues, quizá sí que haya significado algo la puerta de Reyes. Tal vez hubiese un arco de oro que condujera a un palacio... o a un templo. ¡Lástima que no dé más explicaciones este libro! Bill, ¿verdad que es extraño pensar que, si hubiésemos bajado por este río hace siete u ocho mil años, quizá hubiéramos visto los más maravillosos edificios por el camino? ¡Unos edificios altos

que brillaron bajo el Sol!

—A lo mejor hubiésemos podido ver la torre de Babilonia que alcanzaba hasta el cielo —dijo Lucy—. ¿No, Bill?

—No desde este río. Babilonia está a muchas millas de aquí. Mirad..., la noche cae... ¡y ahí salen las estrellas!

—Y se puede ver ahora el resplandor de los fuegos a la puerta de las cabañas, por entre los árboles —dijo Dolly—. Me encantan las noches de aquí. Ese grupito de casas indígenas resulta la mar de pintoresca ahora..., pero sé que si fuésemos a sentarnos cerca, olerían muy mal. Es una lástima.

—¡Tima! —dijo «Kiki», en seguida—. ¡Tima, tima, tima-mador!

—Yo no dije eso, «Kiki» —le interrumpió la niña—. Dije: «Es una lástima». No seas mal educado.

—Tima —dijo «Kiki», entusiasmándose—. ¡Tima, tima, «tima»!

—¡Cállate! —le ordenó Jack.

Y le dio un golpe en el pico.

—¡Tima! —repitió el loro otra vez.

Y soltó una carcajada.

Tala rompió a reír también, y tan brusca y ruidosamente, que les hizo dar a todos un brinco de sobresalto.

Al indígena, «Kiki» le parecía el ser más gracioso que en su vida conociera, y siempre andaba trayéndole trozos escogidos de comida. Le trajo ahora un regalo: un pedazo de pina sacado de una lata de conserva. «Kiki» lo cogió con una pata y lo sacudió.

—¡Estáte quieto! —protestó Dolly—. ¡No me gusta el jugo de pina por el cuello, «Kiki»! ¡Sé bueno!

—Bueno, bueno, muy bueno, bueno —murmuró el loro, picoteando con afectación la pina—. Buen chico, buen chico, buen chucho, buenos días, buenas tardes, buenas...

Tala rompió a reír a carcajadas otra vez y Bill le despidió con un gesto. Se hubiese pasado la noche entera contemplando a «Kiki» de habersele permitido.

—¿Vas a ir a tierra mañana o esta noche, Bill? —preguntó la señora Cunningham.

—Creo que esta noche. El hombre con quien deseo hablar quizá esté ausente durante el día... y, en cualquier caso, prefiero hablar con él de noche, cuando no es tan fácil que se me vea.

Desembarcó a eso de las nueve, deslizándose como una sombra por entre los árboles. Le habían dicho cómo encontrar al hombre a quien necesitaba, y cualquier indígena le dirigiría a la casa, que se alzaba junto a una tienda grande no lejos de allí.

—Me parece que voy a acostarme —dijo la señora Cunningham al cabo de un rato—. No sé por qué me hace sentir tanto sueño este aire, pero es así. Acostaos vosotros también, niños... ¡y no olvidéis los mosquiteros!

Dolly estaba bostezando ya. Ella y Lucy instalaron su mosquitero no lejos de ja

señora Cunningham, colocándolo por encima de los colchones echados sobre cubierta. Los niños no tenían sueño, y permanecieron apoyados en la borda de la lancha, hablando en susurros. A Tala se le oía roncar al otro extremo de la embarcación.

—¿Aguardamos en vela hasta que vuelva?

—No; más vale que no —respondió Jorge—. A lo mejor regresa muy tarde. Vamos a echarnos ya. Deben ser las diez y media. ¿Dónde está nuestro mosquitero? Ah, ya lo tienes tú. Bien. Vamos, pues.

—¿Cómo le irá a Bill? —murmuró Jack en voz baja.

Se tumbaron sobre los colchones, contentos de sentir la frescura de la noche, después del calor del día. Se disfrutaba de una paz muy grande echados allí, escuchando a las aguas lamer la quilla, la brusca llamada de un ave nocturna o el salto de un pez en la oscuridad.

Jack fue quedándose gradualmente dormido y empezó a soñar en enormes palacios y arcos y puntas de oro y grandes almacenes de tesoros. Jorge no hacía más que dar vueltas, aguzando el oído para oír a Bill si regresaba.

¡Ah! ¡Ya estaba allí! Oyó el rumor de alguien que se acercaba cautelosamente a la lancha, procurando hacer el menor ruido posible. Aguardó al oír el chasquido de una cerilla que anunciaba que Bill estaba a punto de fumarse el último cigarrillo, como de costumbre. Pero ningún sonido se oyó. Debía haber decidido acostarse sin entretenerse más.

Otro ruido pequeño le hizo incorporarse de pronto. ¿Era Bill? Sin que supiese por qué, no le pareció que pudiera serlo. Bill era alto, corpulento, y por mucho cuidado que tuviese, siempre hacía algo de ruido. ¿No hubiera hecho Bill acaso algo más de ruido que aquél? Pero si no se trataba de Bill, ¿quién podía ser?

Jorge rodó silenciosamente fuera del colchón y apartó el mosquitero. Se sentó sobre la desnuda cubierta y aguzó de nuevo el oído. Sí... ¡alguien se movía con sigilo! Alguien que iba descalzo.

No podía ser Tala. Éste iba descalzo, pero Jorge le estaba oyendo roncar en aquellos instantes en el otro extremo de la embarcación. ¿Sería... sería aquel hombre que se acercara a hacerles preguntas de Bill y que ahora andaba husmeando por allí? O ¿podría tratarse del encantador de serpientes que acudía a vengarse de alguna manera de los muchachos? No, ¡eso era imposible!

Escuchó de nuevo. Llegó a sus oídos otra vez un leve sonido, esta vez procedente del camarote. Sí, había alguien allá abajo, y sonaba como si estuviese comiendo... ¡y bebiendo! El sonido que percibía era como el de alguien que bebiese, por lo menos.

Pensó que probablemente se trataría de algún indígena procedente del grupo de cabañas del otro lado de los árboles. ¿Qué debía hacer? ¿Despertar a Tala? Podría resultar tarea difícil y Tala se despertaría, con toda seguridad, asustado y dando gritos. El intruso, advertido, tendría tiempo de escabullirse.

De pronto se le ocurrió una idea brillante al niño. ¡Podía cerrar la escotilla y

atrapar así al ladrón! Conque lo intentó. Pero estaba demasiado bien sujeto y no pudo moverlo. Decidió arrastrarse hacia Jack de nuevo y despertarle. Juntos, podrían dominar, sin dificultad, a cualquier indígena.

Regresó silenciosamente, deteniéndose de cuando en cuando a escuchar, por si percibía algún otro sonido. Medio le pareció oír a alguien tras sí, y escuchó otra vez. No. Nada.

Siguió adelante, y dobló la esquina que conducía a su colchón, saliendo de la oscuridad a la luz de las estrellas.

Y entonces ¡vio una negra sombra ante sí! Una sombra que pareció mirarle y reconocerle. Una sombra que se abalanzó sobre él, sujetándole con fuerza mientras él forcejeaba por desasirse.

—¡Señor! —dijo la sombra—. ¡Señor! Ula te sigue. Ula aquí, señor. ¡Ula aquí!

La voz de Ula despertó a todo el mundo, es decir, a todos menos a Tala, que continuaba roncando. La señora Cunningham se incorporó inmediatamente. Jack saltó de su colchón y se enredó en el mosquitero. Las niñas se incorporaron, latiéndoles con violencia el corazón. ¿Qué estaba sucediendo?

Jack encendió una lámpara de bolsillo y Dolly buscó la suya a tientas. La señora Cunningham apartó el mosquitero, encendió la suya y dirigió el haz luminoso en dirección al ruido. ¡Extraña escena iluminó!

Jorge estaba de pie sobre cubierta, y el pequeño Ula se hallaba arrodillado delante de él, abrazado tan fuertemente a las rodillas del niño, que éste no podía moverse.



—¡Suelta! —exclamó Jorge—. Estás despertando a todo el mundo. ¿Qué demonios has venido a hacer aquí? ¡Suelta! ¡Me harás caer!

—Ula tuyo, señor —repuso la vocecita—. Ula pertenecerte. No echar a Ula.

—¡Jorge! ¿Qué es todo esto? —quiso saber la señora Cunningham—. ¿Dónde está Bill? ¿No ha vuelto aún?

—¡No, mamá! Éste es el niño a quien salvamos de manos del encantador de serpientes y de quien ya te hemos hablado. ¡Nos ha seguido hasta aquí!

—Ula seguir barco todo el camino, todo el camino... Ula correr —anunció el indígena.

—¡Santo Dios! ¡Mira que correr todo el camino por la ribera! —exclamó Jack—. ¡Pobre chico! Parece decidido a ser tu esclavo, Jorge. ¿Tienes hambre?

—Ula comer allí abajo —dijo el niño, señalando hacia la escotilla—. Ula no comer en dos o tres días.

La señora Cunningham le examinó a la luz de su lámpara y exclamó horrorizada:

—¡Si está lleno de ronchas y magulladuras... y tan delgado como una caña! ¡Pobre criatura! ¿Ha corrido de verdad todo el camino tras la lancha, para encontrarte, Jorge?

—Así parece —respondió el hijo, llenándosele el corazón de pronto de compasión y afecto por aquella extraña criatura.

Le angustiaba pensar que el niño había estado abriéndose paso por entre los matorrales de la ribera todo el día para seguir a la lancha: hambriento, sediento, cansado y dolorido. Y ¡todo porque le había salvado él de manos de su odioso tío! Tal vez no hubiese sido nadie tan bondadoso para con él jamás.

De pronto sonó una voz en la orilla.

—¡Hola! ¿Estáis todos levantados aún? Espero que no me habréis estado aguardando.

Era Bill. Saltó a bordo, vio a Ula arrodillado sobre cubierta, y se detuvo estupefacto.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué está sucediendo? —exigió—. ¿Quién es éste que ha venido a medianoche a visitarnos?

Capítulo XI

Ula y su regalo

Ula se acurrucó contra cubierta al oír la sonora voz de Bill. Jorge sintió cómo temblaba contra sus rodillas. Le puso en pie de un tirón.

—No pasa nada —dijo—. No te asustes, Bill, éste es el niño a quien salvamos esta mañana del encantador de serpientes. Nos ha seguido hasta aquí, corriendo por la orilla del río.

Bill le miró con asombro.

—Pero..., ¡no puede hacer eso! —dijo—. ¡No puede subirse a un barco ajeno a altas horas de la noche! ¿Has robado algo? A estos niños les enseñan a robar en cuanto saben andar.

—Comió algo en el camarote. Dice que llevaba dos o tres días sin comer —anunció Lucy—. Bill, parece ser que quiere ser esclavo de Jorge. ¿Qué hemos de hacer?

—Tendrá que marcharse. Todo eso no es más que una estratagema para introducirse a bordo. Sin duda le habrá incitado a que lo haga su tío el encantador de serpientes, y estará aguardando para compartir lo que se lleve. ¡Lárgate de aquí ahora, muchacho! ¡Aprisa!

Ula estaba tan asustado que apenas podía andar. Dejó a Jorge y cruzó la cubierta dando traspiés en dirección al desembarcadero. Al pasar por delante de la señora Cunningham, ésta alargó un brazo y asió al niño, deteniéndole. Le dio la vuelta dulcemente para que la luz de su lámpara le iluminara la espalda, haciéndosela visible a Bill.

—Bill..., ¡mira! —dijo.

Y Bill miró, y vio el cuerpecito cubierto de cardenales. Exhaló una exclamación.

—¡Cielos! ¿Quizá hizo eso? ¡Pobre criatura! Parece medio muerto de hambre. Ven aquí, Ula.

Ula se acercó, medio tranquilizado al notar que era más bondadoso el tono con que el detective le hablaba. Bill le iluminó con su lámpara, y Ula parpadeó.

—¿Por qué viniste, Ula? —inquirió Bill, con su voz severa aún—. Dime la verdad, y nada malo te sucederá.

—Vine buscar él —anunció el niño, señalando a Jorge—. Yo hacerle mi señor. Ula su siervo. Ula trae regalo para señor.

Bill le miró de pies a cabeza. Salvo por el paño sucio que le rodeaba la cintura, Ula no parecía tener absolutamente nada que ofrecer.

—No traes ningún regalo —le dijo—. ¿Por qué mientes, Ula?

—Ula habla verdad —respondió el niño—. Mi señor dice que gustar serpiente.

Mucho gustar serpiente. Conque Ula trae una. ¡Serpiente bargua!

Y con gran horror de todos, Ula se metió la mano en el taparrabos y sacó una culebra delgada, verde, cubierta de manchas vividamente encarnadas y amarillas, que se retorció entre sus dedos.



—¡No tiene la boca cosida! —gritó Jack—. ¡Ojo todo el mundo! ¡Cuidado, Ula, so necio! Es una serpiente venenosa. ¡Su mordedura te matará!

Dolly dio un brinco hacia la escotilla, bajó la escalera, y se encerró en un pañol, temblando de pies a cabeza. ¡Una bargua! ¡Una de las serpientes más venenosas del mundo! ¿Cómo «podía». Ula llevarla a la cintura como si fuese un ceñidor? Sintió que se le revolvía el estómago de asco y de miedo.

Ula aún sujetaba a la culebra, que se retorció abriendo la boca y enseñando la bifurcada lengua.

—¡Tírala al agua, Ula! —gritó Bill—. ¡Por lo que más quieras, arrójala al agua! ¿Estás loco?

—Ula trae regalo para señor —respondió Ula, testarudo.

Alzó la serpiente hacia Jorge, que inmediatamente retrocedió. Le gustaban las culebras. No les tenía miedo. Pero sería una locura tocar a una serpiente venenosa

que estaba asustada ya y enloquecida.

—¡«Tírala por la borda»! —tronó Bill, temiendo que fuera picado alguno—. ¡Si serás estúpido!

—Culebra no muerde —anunció Ula—. Veneno todo ido. ¡Mira!

Con gran horror de todos, le obligó a la culebra a abrir la boca. Jorge se inclinó y miró dentro, teniendo, de pronto, el presentimiento de que quizá la serpiente no fuese peligrosa después de todo. Buscó la bolsa de veneno y el conducto que de ella conduce hasta el colmillo hueco por el que el veneno se vierte en cuanto la serpiente ha mordido.

Alzó la cabeza de nuevo. Reinaba un silencio mortal.

—Esta serpiente no es venenosa —anunció, tomándola tranquilamente de manos de Ula—. Alguien ha cortado el conducto que lleva el veneno desde la glándula que lo segrega hasta los dientes. Es una cosa horrible porque, por regla general, significa que la serpiente se muere a las tres o cuatro semanas, Ula, ¿quién hizo eso?

—Vieja —respondió el niño—. Ula dice que mi señor quiere serpiente bargua, y ella le da a Ula ésta. Serpiente segura, señor, no como las que tienen cosida la boca. Señor, ¿te gusta?

Jorge le estaba hablando ya a la serpiente con lo que sus compañeros llamaban «voz especial para los animales». Y la serpiente le escuchaba, completamente inmóvil en su mano.

—¡Pobre bicho! —dijo Jorge—. ¡Te han hecho daño por mi culpa! Ahora ya no tienes veneno en ti, pero morirás como consecuencia de ello. Vivirás conmigo y serás feliz hasta que eso ocurra. Ula, ¡no vuelvas a pedir jamás que se le haga cosa semejante a una serpiente! ¡Es una crueldad!

—Bien, señor —contestó humildemente el indígena.

Volvió la cabeza, mirando con temor a Bill.

—¿Ula quedar? —quiso saber—. Ula hombre de señor. Pertenece a él.

Y señaló con el dedo.

—Bien; puedes quedarte a pasar la noche por lo menos —contestó Bill, sintiéndose completamente agotado con todo aquello—. Ven conmigo. Despertaré a Tala y puedes dormir con él.

—Ve, Ula —ordenó Jorge, viendo vacilar al niño.

Y éste obedeció.

—Quería ponerle unguento en la espalda —dijo la señora Cunningham—. ¡Pobre pequeño! Oh, Jorge, ¿ha de vivir con nosotros esa serpiente ahora?

—La conservaré en el bolsillo —le contestó el muchacho—. No la dejaré salir a menos que esté solo con Jack. Es inofensiva, mamá. Mamá, ¿podemos dejar que Ula se quede con nosotros? Puede ayudar a Tala y yo me encargaré de que no resulte un engorro. No comprendo por qué se me ha pegado de esa manera.

—Le salvaste tú de ese tío tan malo que tiene, ¿verdad? —dijo Lucy.

—Veremos a ver lo que dice Bill —contestó la señora Cunningham—. Hará lo

que pueda por él, de eso estoy segura. ¿Dónde está Dolly?

—¡Probablemente encerrada en el pañol, entre las escobas! —repuso Jack—. Iré a ver.

Dolly seguía en el pañol, sintiéndose bastante avergonzada ahora, pero sin atreverse a salir hasta que fuese alguien a buscarla. Experimentó un gran alivio al ver a Jack tranquilo.

Éste decidió no decirle aún que Jorge se quedaba con el reptil. Pudiera armar jaleo la niña y regañar violentamente con su hermano. Más valía dejar eso para la mañana siguiente y no exponerse a que sucediera entonces, cuando estaban todos tan cansados.

—Sal de ahí, Dolly —dijo, abriendo la puerta—. ¡Qué boba eres! ¡Esa serpiente ni siquiera era venenosa! Al pobre bicho le han cortado los conductos del veneno, con que no puede fluir éste hacia los colmillos huecos. Nos asustamos todos sin necesidad.

—No quiero creerlo —anunció la niña—. Sigue siendo venenosa. ¡Sólo estás inventando eso para hacerme salir!

—No, lo que te digo es cierto. Haz el favor de salir. Todo el mundo quiere acostarse. Ula se ha ido a dormir con Tala. Está completamente decidido a ser el esclavo de Jorge, ¡el pobre!

Dolly supuso que la serpiente habría marchado con Ula, conque accedió a subir a cubierta de nuevo. Poco tiempo después, todos se hallaban instalados bajo sus respectivos mosquiteros y dormían a pierna suelta. ¡Qué noche más extraordinaria!

Cosa de media hora más tarde, cuando Tala roncaba ruidosamente de nuevo, una minúscula figura se deslizó hacia el lugar en que dormían los muchachos. Era Ula. Había acudido para estar cerca de su señor. Se enroscó sobre la desnuda cubierta a los pies de Jorge, y cerró los ojos, completamente feliz y con una sensación de paz. Se encontraba con su «señor». ¡Lo estaba guardando! Nadie podía acercarse a Jorge sin despertarle a él.

Por la mañana, como de costumbre. Tala fue el primero en despertarse. Recordó los episodios de la noche y buscó a Ula. El niño había desaparecido. Movié la cabeza, con satisfacción. ¿Acaso no le había dicho el amo que los niños como aquél eran poco recomendables? Pero amo había dicho: «Duerme contigo. Se quedará aquí». Y ahora el niño había desaparecido y Tala tenía razón.

Preparó el desayuno, pensando en lo que diría a Bill. «Amo, Tala tener razón. Tala hablar verdad, niño ido».

De ahí que quedara considerablemente sorprendido y chasqueado al ver a Ula enroscado a los pies de Jorge. Le dio un empujón con el pie, y Ula se puso en pie de un brinco, preparado para defender a Jorge.

—Tú vuelve allá —le ordenó con ferocidad. Tala en su idioma, pero en voz baja, a fin de evitar que nadie se despertase.

Movié la cabeza en dirección al sitio en que él dormía. Ula sacudió

negativamente la cabeza y se sentó junto a Jorge. Tala alzó la mano como para pegarle, y Ula le esquivó, corriendo a ocultarse.

Pero en cuanto Tala se hubo marchado, regresó al lado de Jorge y se sentó junto a él, contemplando al dormido muchacho con tanto orgullo y admiración, que Jorge se hubiese sentido cohibido de haber podido verlo.

Éste había dejado la serpiente en una cesta a su vera. Ula raspó la cesta con un dedo y silbó con suavidad. La serpiente siseó e intentó salir.

—Eres la serpiente de mi señor —le dijo el niño en su idioma—. Le perteneces a él. Y Ula le pertenece a él también.

¡El jaleo que se armó a la hora del desayuno en cuanto se dio cuenta Dolly de que la serpiente era ahora propiedad de su hermano y que éste pensaba conservarla! Dio tal chillido al verla asomar la cabeza por el bolsillo de Jorge, que todos dieron un brinco.

—¡Jorge! No consiento que te quedes con esa culebra. De sobra sabes cuánto odio las culebras. Bill, dígale que no puede quedársela. Bill, que es verdad que me dan mucha repugnancia. No me quedaré ni un minuto más a bordo si le dice usted que puede guardarla. ¡Me volveré al hotel!

—Está bien, Dolly —contestó serenamente Bill—. No hay necesidad de que te exaltes. No seré yo quien te impida que vuelvas al hotel si es tanta la angustia que sientes. Le diré a Tala que te lleve allá con una nota para el gerente. Debieras estar divinamente allí, sobre todo teniendo en cuenta que esta semana van a llegarle dos inglesas de edad que quieren pintar unos cuadros. Ellas te cuidarán cual familiares.

A Dolly le costó trabajo dar créditos a sus oídos. ¡Cómo! ¿Iba a ser Bill capaz de dejar que regresara sola en lugar de ordenarle a Jorge que se deshiciera de la serpiente?

—Llamaré a Tala ahora, ¿quieres? —dijo Bill.

Dolly se puso roja como una amapola, y le miró con lágrimas en los ojos.

—No —repuso—. Pre... prefiero soportar a la culebra y no separarme de ustedes. De sobra lo sabe. Usted gana, Bill.

—¡Buena chica! —dijo Bill, sonriendo—. Y ahora, ¿cuáles son nuestros planes para hoy? Y, ¿qué vamos a hacer con Ula?

Capítulo XII

Buenas noticias para Ula

A Ula le habían mondado a desayunar con Tala, que tuvo muy buen cuidado de que no se extralimitara lo más mínimo. Le gustaban los niños, pero aquel muchacho no tenía ningún derecho a estar allí, en su barco.

Ula hizo todo lo posible por tener contento a Tala. Escuchó cuanto quiso decirle, no habló más que cuando le interrogaron, y se puso a las órdenes del otro, corriendo de un lado para otro como una centella para hacer todo lo que le mandaba.

Cuando Tala se puso a repasar el motor, Ula marchó a ver a Jorge. Se sentó en un rincón, recreándose en la contemplación de su «señor», fijándose en el mechón de pelo que tenía delante, exactamente igual que Dolly, en la risa alegre y sonora, y en su forma de servir a su madre.

Movió la cabeza con gesto de satisfacción. Aquel era su «señor». Jamás había conocido hasta entonces a persona alguna a quien más ganas tuviera de dar toda su lealtad y todo su amor. De su madre no conservaba recuerdo alguno, por haber muerto ésta al nacer él. Al padre le había odiado, porque era tan cruel como su tío. El día en que el autor de sus días decidió marcharse, entregó el niño a Bula, para que pudiera éste utilizar sus servicios en su profesión de encantador. Desde aquel instante, la vida había sido para Ula una continua y creciente tortura.

Pero ahora, ¡oh, ahora había elegido amo, ahora había elegido por «señor» a Jorge! Ula se dio unas palmaditas de contento en el repleto estómago y pensó en el regalo que le había dado a su señor. Jorge tenía la serpiente en el bolsillo, o en alguna otra parte, sí, debajo de la camisa. Ula le veía meter la mano dentro de cuando en cuando, como si estuviese acariciando algo.

Oyó pronunciar su nombre a Bill, que estaba preguntando en aquellos momentos:

—Y, ¿qué vamos a hacer con Ula?

El corazón del niño por poco dejó de latir. ¿Hacer con él? ¿Qué quería decir amo grande Bill? ¿Le echarían por la borda o... le entregarían a la policía? Se inclinó hacia delante con ansiedad, para no perder palabra. Y en aquel preciso instante, una mano morena y fuerte descendió sobre él, le asió del cuello y le levantó de un tirón. ¡Era Tala!

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó en su propio idioma—. ¡Sentado medio dormido a estas horas de la mañana! ¡Ven aquí a ayudarme, hijo holgazán de una tortuga!

Ula le miró con ferocidad, pero no se atrevió a desobedecerle. Las palabras que soltara Bill, le sonaban aún en los oídos: «¿Qué vamos a hacer con Ula?».

Bill y los otros lo estaban discutiendo todo. Bill era partidario de desembarcar al

muchacho, darle algo de dinero, y dejarle que se fuese con algún pariente. ¿Cómo iban a poder encargarse de un muchacho así a bordo?

La señora Cunningham deseaba que se le diera una oportunidad.

—Por lo menos, deja que se quede hasta que le hayamos alimentado un poco y eche algo de carne sobre sus huesos —dijo—. Está hecho una lástima. Y cuando me mira con esos ojos tan grandes y asustados, como si lo único que esperase fuera un golpe..., es que no puedo soportarlo.

—Sería un verdadero engorro para Jorge —dijo Bill—. Sé por experiencia lo que es que un indígena se encapriche de uno. ¡Jorge se lo iba a encontrar hasta en la sopa!

—Ya sabría yo manejarle —aseguró Jorge—. No me importaría.

—¿Qué opináis los demás? —inquirió la señora Cunningham mirando a su alrededor.

—Nos gustaría que se quedase —respondió Lucy. Y todos dieron a entender, con un gesto, que estaban de acuerdo con ella—. De que no se extralimite nos encargaremos nosotros..., ¡y Tala! En cuanto Tala se acostumbre a él, le tomará cariño. Estoy segura. No le eche usted, Bill. ¡Que se quede!

Dolly estaba sentada lo más lejos posible de Jorge, intentando no pensar en la serpiente que tenía escondida por alguna parte de su persona. Aún no se le había pasado el disgusto; pero estaba haciendo todo lo posible por ser sensata. Bill se sentía un tanto satisfecho de ella. Se volvió a la niña.

—¿Estás tú de acuerdo también, Dolly?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí; me gustaría que fuese más limpio y oliese menos; pero me es simpático.

—Bueno, no es cosa difícil quitarle la porquería y el mal olor —dijo Bill—. Voy a darle una oportunidad. Le diré a Tala que se encargue de que Ula se lave y de que tenga un trapo limpio que arrollarse a la cintura. Llamaré al chico. «¡Ula! ¡Ula!».

Ula dejó caer el alambre que había estado sosteniendo mientras Tala repasaba el motor, y corrió inmediatamente a proa, latándole el corazón con violencia. ¿Iban a echarle? ¿Qué pasaría?

Se paró delante de Bill, con la mirada gacha.

—Ula —dijo el detective—, vamos a darte una oportunidad. Te dejaremos que estés con nosotros mientras nos encontramos a bordo de esta embarcación. Harás todo lo que te mande Tala. Yo soy amo grande, y él es amo pequeño. ¿Comprendes?

—¡Amo grande, bondadoso! ¡Amo grande, bueno! —dijo Ula con los ojos muy brillantes—. Ula contento. ¡Ula ser buen trabajador!

Miró a Jorge, todo sonrisa su rostro.

—¡Yo estar con mi señor! —le dijo—. ¡Un siervo del señor! ¡Ula trabaja por él!

Bill llamó a Tala.

—¡Tala! ¡Ven acá un momento!

Acudió el indígena tan aprisa, que era evidente que había estado escuchando. Saludó con una pequeña reverencia, y luego en posición erguida y silenciosamente,

aguardó, hosco el semblante.

—Tala... Ula se quedará con nosotros mientras estemos a bordo. Encárgate de que se lave y quede limpio. Encárgate de que no robe. Dale trabajo. Dime si se porta bien o mal.

Tala volvió a hacer una reverencia, pero nada dijo. Dirigió una rápida mirada a Ula, que se hallaba ahora de pie, tan cerca de Jorge como le era posible, con la cabeza inclinada, escuchando.

—Eso es todo. Tala —dijo Bill—. Hoy seguimos río abajo y te diré dónde parar.

—Está bien, amo —respondió el hombre.

Y se alejó, hosco el semblante aún. Oyó que pronunciaban su nombre de nuevo.

—¡Tala! ¡Tala! ¡Tala! ¡Tala!

Regresó corriendo al punto. Pero esta vez el que llamaba era «Kiki», que no se vio capaz de guardar silencio por más tiempo.

—¡Tala! ¡Límpiate los pies! ¡Uno, dos, cuatro, siete, tres, de frente... mar! ¡Piiiiiiiiiii!

El silbido final sobresaltó a todo el mundo, sobre todo a Ula, que casi se arroja por la borda, del susto. Tala se olvidó de su hosquedad y soltó una de sus enormes carcajadas, tambaleándose de risa ante las absurdas palabras que el loro repetía de continuo.

—Basta de silbidos, «Kiki» —ordenó la señora Cunningham—. ¡Me traspasan la cabeza! ¡Cállate! ¡Qué ruido más espantoso!

—¡Espán, espán, espantoso! —cantó «Kiki», encantado del interés por él despertado—. ¡Espán, espán, espán...!

El golpecito que le dio Jack en el pico le impuso silencio, y voló a un rincón, mascullando quejas.

—Tala, llévate a Ula y encárgate de él —dijo Bill—. Cuídate de que se limpie de pies a cabeza primero. Huele muy mal.

Esto sí que era algo nuevo para Tala. Ni siquiera se había dado cuenta de que Ula tuviese un olor desagradable. Pero olisqueó en dirección suya en seguida y fingió percibir un hedor terrible.

—Malo —dijo con desdén—. Olor malo. ¡Uf!

—¡Uf! —repitió «Kiki» al instante—. ¡Uf, uf! Olor malo, ¡uf, uf!

Tala rió ruidosamente, asió a Ula de la mano y se lo llevó, protestando Ula todo el camino.



Cuando estuvieron lo bastante lejos para no poder oírle, Jack se volvió hacia Bill.

—¿Sucedió algo interesante anoche? —preguntó—. En Ala-u-ya quiero decir. Regresó usted muy tarde, a dormir, ¿verdad?

—Sí; pero no sé que haya averiguado gran cosa —repuso el detective—. El hombre con quien tenía que establecer contacto no regresó a su casa hasta bastante tarde, y tuve que aguardarle. Conoce a Raya Uma, claro, y cree que está fraguando algo, porque no hace más que desaparecer; pero nadie sabe a dónde va.

—¿Qué es lo que se supone que hace Uma cuando no desaparece? —inquirió la señora Cunningham.

—Al parecer, le interesa Ciudad-Cine. Va allí mucho..., tiene una habitación en el gran hotel que han alzado. Dice que él fue actor en otros tiempos y que le interesan enormemente las películas. Eso, claro está, quizá no sea más que en cuento para tapar sus otras actividades.

—Sí —dijo la señora—; pero no me cuesta ningún trabajo creer que haya sido actor. Esos retratos suyos que tienes..., ¡parecen de distintos individuos! Estoy segura de que sabrá usar distintos modales y voz con cada aspecto.

—En eso tienes razón. Pero, admitiendo que haya sido en otros tiempos actor, y que sienta interés, en efecto, por las películas, ¿adónde se mete cuando desaparece

durante una semana o diez días como lo hace de cuando en cuando? ¡Estoy seguro de que no trama ninguna cosa buena! Alguna diablura prepara.

Hubo una pausa.

—¿Qué clase de diablura, Bill? —preguntó Jack.

—Pues..., ahora vais a oír la lista de algunas de sus pasadas actividades —respondió Bill, sacando un librito de notas—. Contrabando de armas en gran escala..., eso significa suministrar armas ilegalmente a los que estén dispuestos a pagarles bien. Espionaje... Es muy hábil en ese aspecto, pero ningún gobierno quiere hacer uso ya de sus servicios, porque no puede fiarse de él... Es muy capaz de pasarse al bando contrario siempre que le ofrezcan un poco más de dinero.

—¡Qué hombre más encantador! —exclamó Jack, acariciando a «Kiki», que se le había posado tranquilamente sobre la rodilla.

—Y el contrabando en general —agregó Bill—, no sólo el de armas. En eso tuvo un éxito pasmoso. Lo hizo en tan gran escala en cierta ocasión, que por poco se convirtió en millonario. Luego alguien le denunció y, a pesar de las crecidas cantidades que ofreció a otros para que cargaran con la responsabilidad, tuvo que ir a la cárcel. Ésas son unas cuantas de las cosas que ha hecho. Ahora se dice que tiene muy poco dinero, y aún menos amigos, y que está decidido a dar un golpe por todo lo alto.

—Y, ¿usted cree que ese golpe puede estar tramándose aquí? —inquirió Jorge—. ¿Cómo puede impedirlo?

—Mi misión no es impedirlo; sólo comunicar lo que averigüe a mis jefes. Si no es cosa que perjudique a nuestro país ni a su comercio, no harán nada; pero si está haciendo de agitador..., si está armando a una tribu u otra para que inicie una guerra en pequeña escala, con peligro de que se extienda la cosa y nos embarque en otra guerra mundial, entonces sí que tendremos nosotros algo que decir y no será poco.

—Y, ¿anoche no descubriste gran cosa? —dijo la señora Cunningham—. Bueno, quizás encuentres alguna pista en el próximo lugar... ¿Cómo se llama?

—Ulabaid —contestó Bill—. El hombre a quien vi ayer dice que Uma tiene una canoa automóvil que la usa con frecuencia... aunque es evidente que los sitios que visita se hallan a la orilla del río o cerca de ella. Bueno..., más vale que nos pongamos en marcha. Ve a ver si Tala está preparado, Jack. Di le que iremos despacio. Hace un día hermoso y no tenemos prisa.

Jack corrió al otro extremo de la lancha.

—¡Tala! —gritó—. ¿Estás en condiciones para reanudar el viaje ahora mismo? ¿Sí? ¡Magnífico! ¡En marcha, pues!

Capítulo XIII

Después del té

Fue una jornada agradable. El Sol, como de costumbre, estuvo brillando todo el día, y Tala se mantuvo cerca de la ribera izquierda para aprovechar la sombra de los árboles que por aquel lado se alzaban.

Se deslizaron por delante de muchos poblados de los que al ver pasar la embarcación salían siempre los indígenas a saludarles con sus gritos y con su agitar de brazos.



Tala se encargó de tenerle tan ocupado a Ula, que Jorge apenas pudo echarle la vista encima hasta por la tarde cuando, por calentar el sol demasiado, hicieron un alto, anclando la embarcación a la sombra. Todos jadeaban, y Bill ordenó un descanso general.

Fue entonces cuando Ula se acercó adonde yacían los muchachos en un rincón sombrío, y se sentó, hecho un ovillo, no muy lejos, con la mirada clavada en Jorge.

El muchacho le vio y le dirigió una sonrisa y Ula se sintió inmediatamente feliz.

—Señor —susurró—, Ula está aquí para guardarte. ¡Duerme en paz!

Y, aunque todos los que se hallaban a bordo, sin exceptuar a Tala, durmieron profundamente, Ula permaneció en vela, moviendo la mirada de un sitio a otro al menor ruido, pero volviendo a posarla siempre en el encendido rostro de Jorge. Una vez vio a la siniestra cabeza de la serpiente bargua asomar por la camisa del niño, y sonrió orgulloso. Ahí, su señor guardaba su regalo en lugar seguro; hasta lo conservaba junto al corazón!

El té fue una comida muy agradable. Todos se sentían refrescados después de la siesta y tenían ganas de unas galletas y algo de beber. La señora Cunningham era la única que deseó un poco de té; todos los demás pidieron limonada.

Ula había se sorprendido al oír que le llamaba Tala en feroz susurro. Tala estaba encantado con él en realidad, pero se sentía celoso de él porque acudía a sentarse junto a los niños siempre que tenía la ocasión. Tala no se hubiera atrevido a hacer cosa semejante.

Ula había dado muestras de gran interés en el motor de la lancha. Tala estaba asombrado de la facilidad con que el muchacho iba asimilando todos los detalles.

—¡Ula conducir barco! —dijo el niño, después de comer—. ¡Ula saber cómo!

—¡Quiá, ni soñarlo! —respondió al punto Tala—. ¡Cuidado con gastarme ninguna treta, Ula, o voy derecho al amo grande y le digo: «¡Tira a este niño al río,

amo; él no bueno!». ¿Me has oído, Ula?

—Te oigo, amo pequeño —le contestó el niño, aterrado ante la idea de que pudiese quejarse Tala de él—. ¿Ula limpiarte grasa? ¿Ula dar brillo?

Sí, no había inconveniente alguno en que Ula hiciese todo el trabajo sucio. Lo único que sentía Tala era que el muchacho se pondría asqueroso otra vez, y Tala se había tomado muchas molestias para dejarle limpio como una patena aquella mañana. Había frotado con excesiva dureza, provocando las quejas del niño al restregarle las magulladuras y ronchas.

—¡Ah, no peste ahora, no uf! —había dicho Tala al terminar—. Tenía mucho uf, Ula, muy, muy mal.

Ula, desde luego, tenía mucho mejor aspecto ahora; limpio y peinado hacia atrás el excesivamente largo cabello, y un paño nuevo, brillante, azul, alrededor de la cintura, paño del que estaba sumamente orgulloso.

Llegaron a Ulabaid, un pueblo de aspecto agradable un poco apartado de la ribera del río. Había toda una flotilla de barquitos, amarrados al desembarcadero, que era bastante grande.

—Voy a tierra —anunció Bill—. ¿Os gustaría acompañarme? Dejaremos tranquila a vuestra madre. Porque la verdad es que somos la mar de ruidosos.

Los niños saltaron al desembarcadero con Bill y corrieron a tierra, dejando a Tala, a Ula y a la señora Cunningham a bordo. Tala se sintió molesto, porque también a él le hubiese gustado estirar las piernas en tierra. Y, no pudiendo desembarcar él, tampoco quiso permitir que desembarcara Ula, dándole un trabajo la mar de largo que hacer. Ula frunció el entrecejo, decidido a escaparse en cuanto volviese el otro la espalda, o en cuanto (cosa más probable) se quedase dormido. Poseía el don de todos los indígenas de poder quedarse dormido en cualquier momento y en cualquier sitio, por muy incómodo que fuese.

El pueblo de Ulabaid era bastante grande. Constaba de las casas baúas enjalbegadas de rigor, con los hogares fuera para cocinar al aire libre. Tampoco faltaban los enjambres de niños morenos casi desnudos, medio asustados y tímidos al principio, y atrevidos y curiosos luego.

Bill se dirigió al edificio más grande del lugar, que resultó ser una escuela. El

maestro era un indígena muy bien parecido, de rostro inteligente y bondadoso. Pareció sorprendido al ver a Bill; pero, cuando éste le enseñó una tarjeta y habló unas palabras en voz baja, le invitó inmediatamente a que entrara.

Los cuatro niños se quedaron fuera, libres de vagar a su antojo. «Kiki» estuvo bastante callado, cosa rara en él, limitándose a observar a los niños del poblado.

Un niño de doce años se acercó con un paquete de postales en la mano. Le enseñó una a Jack y señaló hacia lo lejos, moviendo vigorosamente la cabeza en gesto afirmativo y diciendo algo que repitió vez tras vez.

Los cuatro niños se agruparon a su alrededor a mirar la postal. Era la fotografía de una ruina; un templo antiquísimo que, al parecer, había sido descubierto y excavado unos años antes por un arqueólogo famoso que se había presentado allí con un numeroso grupo de trabajadores.

—«El Templo de la Diosa Hannar» —leyó Jorge—. Suena interesante. ¿Queréis que vayamos a verlo mientras está ocupado Bill? Escucha, niño, ¿a qué distancia está? ¿A qué... distancia?

El indígena no sabía hablar una palabra de inglés; pero adivinó lo que le preguntaba Jorge, y dio a entender por sus gestos que él les conduciría.

Siguieron al muchacho por entre los árboles y, luego, a través de unos campos cultivados, siendo seguidos ellos a su vez por un enjambre de chiquillos excitados que se daban cuenta de que no tardaría en haber propinas.

Y detrás de la chusma iba un muchacho que procuraba no ser visto. ¡Ula! Había aguardado a que Tala se durmiera, abandonando inmediatamente la lancha. Bastó que preguntase para que le dijeran dónde habían ido sus amigos, y ahora procuraba no perderles de vista, no atreviéndose a reunirse con ellos.

La chiquillería se acercó más a los cuatro amigos y Jack se volvió, con impaciencia.

—¡Atrás! —dijo—. ¿Me habéis oído? ¡Atrás!

Pero al cabo de unos segundos el enjambre volvió a pisarles los talones. Y esta vez «Kiki» tomó cartas en el asunto.

—¡Atrás! —ordenó—. ¡Atrás, chas, chas, chas, «atrás»!

Luego hizo su famosa imitación de un aeroplano a punto de estrellarse, cosa que alarmó tanto a los indígenas, que se mantuvieron ya a gran distancia. Jorge se echó a reír.

—¡Muy bien, «Kiki»! —aprobó—. ¡No sé lo que haríamos sin ti!

Llegaron al templo por fin. Les desilusionó un poco, porque era una ruina mucho más completa de lo que la fotografía les había inducido a creer.

—Es como uno de esos edificios de Ciudad-Cine —dijo Lucy—. ¡Todo fachada y muy poco por detrás!

—Mirad —dijo Jorge, de pronto—. ¿Veis todos esos insectos tan raros que están tomando el sol? Yo creo que a mi serpiente le gustarán. Debe tener hambre a estas alturas.

Y, con gran horror de Dolly, Jorge se sacó la bargua de dentro de la camisa y la soltó en el suelo, no lejos de los insectos.

Dolly dio un chillido, claro, y retrocedió. Su grito sobresaltó a los niños indígenas; y, cuando vieron la serpiente, que todos sabían mortalmente venenosa, también ellos chillaron aterrados y pusieron pies en polvorosa.



—¡Bargua! —gritaron—. ¡Bargua!

Los mayores arrastraron a los pequeños y hasta el grandullón que hacía de guía huyó también, tras haber echado una mirada a la reptante serpiente.

—¡Santo Dios! —exclamó Jorge tan sobresaltado como los indígenas—. Se han ido todos..., nada más que porque he sacado a comer a mi serpiente. ¡Vaya jaleo!

—A mí no me extraña ni pizca —anunció Dolly, desde lejos—. Nosotros sabemos que la serpiente no es peligrosa..., pero, ¡ellos no! La verdad. Jorge, el hacer eso fue una estupidez. En cualquier caso, perderás la culebra ahora, a Dios gracias. No volverá a ti ahora que la has puesto en libertad.

—Bueno, pues si no quiere volver, que se vaya —respondió su hermano—. Pero, ¡puesto a que sí vuelve!

La serpiente hizo una buena comida de insectos. También se metió por entre unas

plantas y cazó a una rana que se tragó enterita. Luego, ¡regresó a Jorge! Los otros vieron, con asombro, cómo se le acercaba, le subía por la pierna, introducía la cabeza por entre dos botones al llegarle al pecho, y desaparecía dentro de la camisa.

—¡Uf! ¡Me dan náuseas! —dijo Dolly, mirando con fascinación y horror.

—Escuchad..., me parece que va a oscurecer muy pronto..., ¿qué hora es? ¡Troncho, sí! Hemos dejado pasar el tiempo sin darnos cuenta. Vamos.

Pero al cabo de diez minutos los niños comprendieron que se habrían equivocado de camino. Se detuvieron y miraron a su alrededor.

—No habíamos pasado ese árbol alcanzado por un rayo antes, ¿verdad? —observó Jack, dubitativo—. ¿Lo recuerda alguno?

Nadie lo recordaba.

—Más vale que retrocedamos un poco —dijo Jorge, con ansiedad—. Daos prisa. Puede caer la noche de un momento a otro, y ninguno de nosotros lleva lámpara.

Retrocedieron unos cien metros o así, y luego tomaron otro camino. Pero éste los condujo a un bosque y comprendieron que seguían equivocados. Volvieron a retroceder, todos ellos presa de cierto pánico.

—Gritaré, a ver si regresan esos indígenas —anunció Jack.

Y clamó con voz estentórea:

—¡Eh, chicos! ¡Volved! ¡Volved he dicho!

—¡Volved he dicho! —coreó «Kiki».

Y acabó con un aullido que debió oírse a un kilómetro de distancia.

Pero no se acercó ningún niño moreno. Excepción hecha de un pájaro que cantó sin parar, apenas se oía sonido alguno.

—¿Qué haremos? —exclamó Jack, con ansiedad—. Ni siquiera hay una casa a la vista. ¡Troncho! ¡Esto sí que es terrible, Jorge!

—Lo que yo temo es que caiga la oscuridad de pronto, como suele suceder aquí —respondió el otro.

Y no hubo hecho más que decirlo, cuando la noche cayó, en efecto, como una negra cortina. Ahora sí que estaban extraviados de verdad. Lucy asió la mano de Jack, asustada.

—¿Qué haremos? —dijo—. ¿Qué vamos a hacer?

Capítulo XIV

Regreso a la lancha

Los cuatro niños se quedaron parados en la oscuridad esperando ver brillar claramente a las estrellas. Quizá la iluminación de éstas les ayudase un poco. Pero, por una vez, la noche se presentó nublada y sólo cuando se desgarraban momentáneamente las nubes asomaban unas cuantas estrellas.

Al cabo de un rato la vista se les acostumbró a la oscuridad y avanzaron unos pasos. De pronto le pareció ver a Jack algo que se movía con cautela a cierta distancia.

—¿Quién anda por ahí? —gritó—. No te acerques más. ¿Quién eres?

La sombra avanzó rápidamente y se arrodilló a los pies de Jorge. Éste sintió que dos manos le asían por las rodillas. ¡Era Ula!

—Ula aquí, señor —dijo una voz—. Ula sigue, sigue. Tala dice no, no venir; pero Ula viene. Ula te guarda, señor.

Sintieron los niños un alivio tan grande, que apenas pudieron hablar.

—¡Ula! ¡Santo Dios! ¡Tú eres la persona a quien menos esperábamos ver! —exclamó, con alegría Jorge. Le dio unos golpecitos cariñosos al niño en la cabeza—. Levántate. Nos alegramos «mucho» de verte. Nos hemos perdido. ¿Conoces el camino de regreso a la embarcación?

—Sí, oh, señor —contestó Ula, encantado por la palmadita que le diera—. Ula te lleva ahora. Síguele.

—¿Has estado detrás de nosotros todo el rato, Ula? —inquirió Lucy, asombrada.

—Sí, señorita: todo el tiempo Ula sigue, sigue —contestó el niño, echando a andar—. Ula guarda a su buen señor.

El indígena parecía poseer ojos de gato. Avanzó sin vacilar, tomando este camino o el otro, y por fin llegaron al pueblo, cuyos fuegos estaban encendidos y que tenía ahora cierto aspecto de misterio.

Los niños indígenas acudieron corriendo al ver a forasteros atravesar el pueblo; pero cuando vieron que se trataba de los mismos niños que se hallaban en posesión de la serpiente venenosa, huyeron atemorizados, gritando:

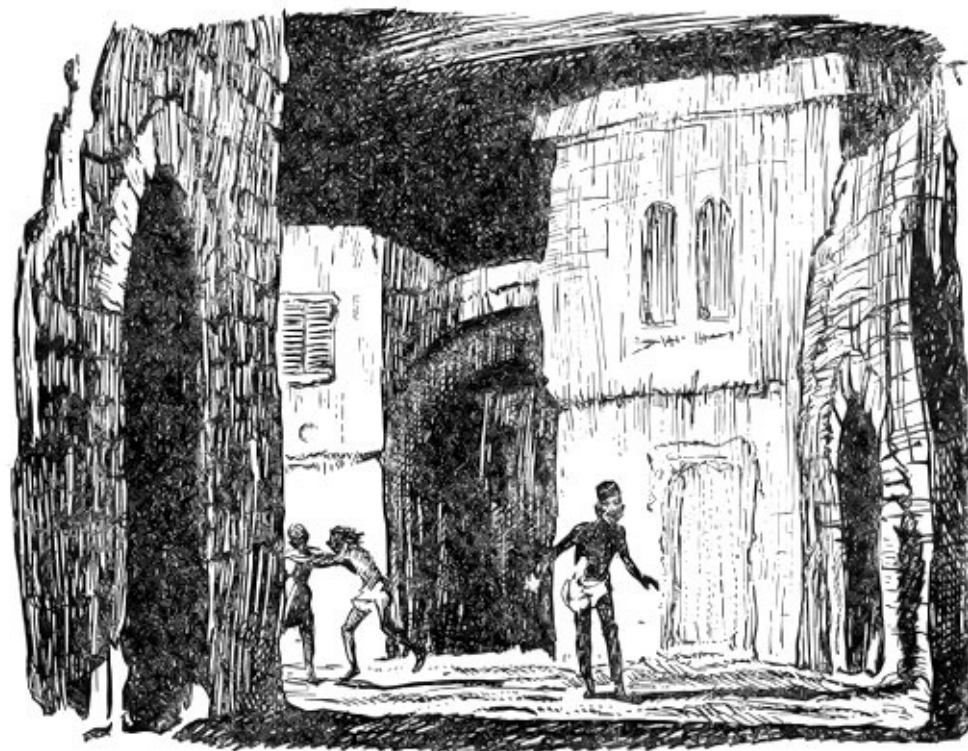
—¡Bargua! ¡Bargua!

Jorge se detuvo. Había visto al muchacho grandullón que les sirviera de guía. Se hallaba a cierta distancia observándoles al resplandor proyectado por uno de los fuegos.

—Ula, ¿ves a ese muchacho de allá? —inquirió Jorge, señalando—. Ve y dale ese dinero.

—¡No! ¡Niño no bueno! —contestó Ula, indignado.

—¡Obedece, Ula! —ordenó Jorge.



Y Ula tomó inmediatamente el dinero y corrió hacia el muchacho. A juzgar por el dejo de ira de su voz, debía estarle dando una severa reprimenda al otro, lo que no impidió que le entregase el dinero según le ordenaron. El muchacho se llenó de júbilo y corrió a su casa en seguida, gritando algo con excitada voz.

—Después de todo, el muchacho nos llevó hasta el templo en ruinas —observó Jorge. Y los demás se mostraron de acuerdo con él—. ¡Uf! ¡Qué jaleo armó la culebra! Jamás soñé con que pudieran asustarse tanto esos chicos.

—Bill nos va a soltar una bronca de padre y muy señor mío en cuanto regresemos a la lancha —anunció Jack, sombrío—. No le gustará nada que estemos fuera en la oscuridad.

—Dios quiera que no esté de vuelta aún —dijo Dolly, que no tenía el menor deseo de enfadar a Bill otra vez.

Se dirigieron rápidamente al río y subieron a bordo. La señora Cunningham estaba sentada en el camarote leyendo, porque hacía un fresco inesperado aquella noche. Dio muestras de un gran alivio al verles.

—Ah..., llevabais a Ula con vosotros..., menos mal —dijo, al ver el rostro de Ula entre los que la miraban desde arriba—. Bill no ha vuelto aún. ¿Tenéis hambre? Porque, en caso afirmativo, podéis decirle a Tala que nos sirva la cena.

—Siempre tenemos hambre —dijo Jack—. No es preciso que nos pregunte eso nunca, en realidad, tía Allie. Pero más vale que aguardemos a Bill.

Éste se presentó diez minutos más tarde.

—¿No habéis cenado aún? —preguntó—. Bueno, pues decidle a Tala que nos

sirva. Tengo un apetito voraz. ¿Qué habéis hecho vosotros?

—No gran cosa..., nada más ir a visitar un templo antiguo. Pero no quedaba gran cosa que ver cuando llegamos allí —contestó Jack.

—Se hicieron muchas excavaciones por este distrito hace unos años —dijo el detective—. Me lo ha estado contando el maestro a quien visteis..., un hombre muy digno e inteligente por cierto. ¡Me entraron ganas de ponerme a hacer yo unas excavaciones por mi cuenta al escucharle!

—¿Supo usted algo de Raya Uma? —preguntó Jack, sintiendo un inmenso alivio de que Bill diera muestras de tan poco interés en lo que ellos habían estado haciendo.

Estaba decidido a mantener a Bill hablando ahora de asuntos que no ofrecieran el menor peligro.

—Sí. El maestro le conoce muy bien y le encuentra simpático. Dice que es un hombre interesantísimo y que sabe hablar sobre cualquier asunto del mundo... hasta sobre arqueología, que es asunto para eruditos... el estudio de edificios antiguos y otras ruinas. Parece creer que Uma está aquí para estudiar los templos y demás ruinas que ya han sido objeto de excavaciones. Pero no puede ser que esté por ese motivo, claro. ¡Se trata de una simple tapadera para que no sepa lo que está haciendo en realidad!

Jack olisqueó de pronto. Procedente del lugar en que se hallaba Tala llegaba hasta él un olorillo delicioso. ¡Pescado frito!

—Sí —dijo la señora Cunningham riendo—. Tala ha estado pescando... y vamos a comernos lo que ha conseguido. ¿Verdad que huele bien?

—Troncho, ya lo creo —contestó Jorge—. Hemos estado haciendo tantas comidas frías, que ni siquiera adiviné que pudiese saber cocinar Tala. Apuesto a que Ula estará encantado..., disfrutará de una comida así.

—Eso me recuerda... que Tala estaba muy enfadado porque Ula se escapó esta tarde después de iros vosotros —les dijo la madre—. Vino a mí, enfurecido. Pero como Ula había hecho, al parecer, todo el trabajo que se le había encargado, no le hice mucho caso. Supongo que os seguiría, ¿no?

—Sí —respondió Jack—. ¡Vino a custodiar a su señor! Está completamente loco por Jorge. ¡No acabo de comprenderlo!

Miró a Jorge y sonrió.

—Tampoco yo acabo de comprenderlo —asintió inmediatamente, Dolly—. Quiero decir que..., bueno, que comprendería que sintiese admiración por Jack o por «Kiki», pero, ¿por qué por Jorge?

Cortó la conversación la llegada de Tala y de Ula con la comida. La enorme fuente de pescado frito guarnecida con extraña verdura y rodeados los peces de suculentas legumbres, fue saludada con gran entusiasmo. Tala sonrió de satisfacción al ver los risueños semblantes.

Ula estaba un poco cohibido y sumiso. Tala le había metido una bronca, amenazándole además con decirle a Bill que había abandonado el trabajo y escapado

en seguida a tierra.

Pero cuando Ula le contó cómo se habían extraviado los niños en la oscuridad y de qué manera les había traído él a bordo. Tala no volvió a decir una palabra. No alabó a Ula porque, para sus adentros, sentía celos del niño por lo que había hecho; pero dejó de regañarle, por lo menos.

Ula tenía muchas ganas de que Tala le permitiese compartir aquella deliciosa comida, conque se mostró muy atento y obediente. Tala era incapaz de estar enfadado mucho rato, y ya había decidido darle al niño un buen plato en cuanto pudiese.

Todos se aplicaron a comer, haciéndolo con verdadero apetito; hasta la señora Cunningham, que solía estar más bien desganada que otra cosa.

—Tala haría fortuna como cocinero en un restaurante —observó—. ¿Qué es esta salsa? En mi vida he probado cosa tan deliciosa.

—Más vale que no se lo preguntes —dijo Bill, con malicia—. A lo mejor se trata de una veintena de insectos bien machacados o...

Dolly soltó un chillido y escupió inmediatamente la salsa que tenía en la boca.

—¡Por favor, Dolly! —exclamó la señora Cunningham—. ¿Y tus modales? Bill, no digas cosas de éstas. Me has estropeado la salsa a mí también.

—Lo siento —respondió Bill, contrito—. Sólo quería tomaros el pelo un poco. Y sí que estoy de acuerdo en que esta salsa es maravillosa. Aquí está Tala. Tala, esta salsa es magnífica. ¿De qué está hecha?

Dolly se tapó inmediatamente los oídos. Estaba segura de que se trataría de insectos machacados como dijera Bill, o caracoles o algo igualmente horrible.

—Amo, está hecha de leche y cebolla, y de la corteza de un árbol que en nuestro idioma se llama molia —respondió Tala, encantado de aquellas alabanzas—. También aplastado de... oh... aplastado de..., ¿cómo se llama eso?... aplastado de...

—De insectos —sugirió Jack.

Tala puso cara de ofendido.

—Tala no usar insectos —dijo—. Tala usar aplastado de... ah... sí..., puré de patata..., un muy muy poco.

Todos rompieron a reír a carcajadas. ¡Parecía una cosa tan vulgar después de lo que había sugerido el detective! Al indígena le agradaba ver reír a la gente, aunque desde luego, no tenía la menor idea de lo que se estarían riendo ahora.

—¡Quítate las manos de las orejas, Dolly! —dijo Jack—. ¡No es más que puré de «patata»..., muy, muy poco!

Dolly se destapó los oídos con un alivio enorme al saber que la salsa era inofensiva. No tardó en quedar la fuente completamente vacía y todos se sintieron mucho mejor después de comer.

Ula se presentó luego con otra fuente llena de fruta que Tala había comprado en uno de los pueblos aquel día. Era aproximadamente lo único que podía uno comerse después del atracón de pescado.

Cuando hubieron retirado los platos. Tala y Ula se pusieron a comer ellos. Ula se

sentía muy feliz, con una comida tan maravillosa ante él, y la aventura de la noche en que recrearse. ¡Había custodiado a su señor, trayéndole sano y salvo a bordo de nuevo!

Empezó a contárselo todo a Tala otra vez; pero Tala no tenía el menor deseo de oír contar semejante epopeya dos veces. Le dijo a Ula que cogiera los platos y echara las sobras al agua.

—Peces comer sobras, peces engordar. Tala pescar peces, nosotros comemos otra vez —le explicó a Ula, que comprendió perfectamente, sin más explicaciones.

Fue a raspar fuentes y platos y, de pronto, vio deslizarse otro barco por la oscuridad, con una luz solitaria a proa. Se quedó mirándolo. ¿Pasaría de largo sin saludarles?

La embarcación continuó hasta la ribera y se detuvo junto al desembarcadero. Bill había oído el motor y estaba ya asomado por la borda.

Un hombre saltó de la canoa automóvil y echó a andar hacia donde la lancha estaba amarrada. Gritó en voz bien alta:

—¿Hay alguien a bordo?

—Sí. ¿Quién pregunta? —respondió Bill, alzando la voz también.

—¡Alguien que desea verle! —le dijeron—. ¿Puedo subir a bordo?

—¿Cómo se llama usted?

—¡«Raya Uma»! —le contestaron.

Todos los de a bordo se irguieron. ¡Dios santo... Raya Uma!

Capítulo XV

El señor Raya Uma

Fue tan grande el asombro de Bill al escucharle, que se quedó, de momento, incapaz de decir una palabra.

—Bueno..., ¿puedo subir a bordo o no? —inquirió, con impaciencia, la voz—. Oí que andaba navegando por el río una familia inglesa y se me ocurrió acercarme aquí a charlar un rato.

—Sí..., suba —le contestó—. Me pilló desprevenido. ¡Confieso que no esperaba escuchar de ninguna manera, una voz inglesa por aquí!

—¿Nos vamos nosotros? —preguntó Jack en voz baja.

Bill negó con la cabeza.

—No; más vale que os quedéis conmigo. No sé si adivina quién soy o no. En cualquier caso, es mejor que vea a toda la familia a bordo. ¡Aquí está!



Tala había ido a iluminarle el camino al hombre. Ahora le estaba conduciendo hasta donde Bill y los demás se hallaban sentados bajo un toldo equipado de

mosquitero y alumbrado por una linterna grande. Todos le contemplaron con interés.

Vieron a un hombre de estatura regular, vestido con ropa corriente de verano: pantalón de franela, camisa, y un suéter delgado. Llevaba sombrero blanco de hilo y usaba barba y un bigotito muy estrecho. Iba con gafas oscuras como Bill.

Sonrió, y los niños vieron que tenía unos dientes muy blancos. Le hizo una reverencia a la señora Cunningham y, al apartar Tala el mosquitero, tendió la mano. Ella la estrechó y luego el individuo aquel estrechó la de Bill. Saludó a los cuatro niños con un movimiento de cabeza.

—¡Ah! ¡Veo que les acompaña la familia!

—Sí..., los niños tuvieron todos un trancazo muy fuerte, y el médico dijo que debieran ir a pasar una temporada a un sitio cálido... en el extranjero si era posible..., conque decidimos venir aquí —respondió, cortésmente, la señora—. La verdad es que les está haciendo mucho bien.

—Ah... y, ¿cómo se llaman los niños? —inquirió el señor Uma, sonriendo de nuevo y exhibiendo toda la dentadura.

Jorge contestó por todos.

—Yo soy Jorge..., ése es Jack..., Lucy..., Dolly...

—Y, ¿cómo se llama el loro?

—«Kiki» —dijo Jack—. «Kiki», ése es el señor Uma.

—Límpiate los pies, suénate la nariz, llama al médico —dijo «Kiki», cortésmente, echándolo todo a perder con el terrible chillido que soltó a continuación.

—¡Por favor, «Kiki», no hagas eso! —exclamó la señora Cunningham—. Sobre todo mientras tenemos visitas.

—¿Cómo oyó de nosotros? —inquirió Bill, ofreciéndole un cigarrillo al señor Uma.

—Oh, las noticias se propagan con rapidez por aquí —repuso Uma. Miró a Bill de hito en hito—. No dudo que habrá usted oído mi nombre también.

—Ah..., sí —dijo Bill frunciendo el entrecejo, como si intentara recordar dónde—. Alguien me habló de un tal señor Uma, que estaba interesado en películas en Ciudad-Cine.

—Oh, eso no es más que una cosa secundaria para mí —respondió el otro, saboreando el cigarrillo—. Mi gran afición es la arqueología.

Miró a los cuatro niños e hizo lo que a ellos les pareció un chiste bastante flojo y sin sustancia:

—Ésa es la ciencia que trata de las arcas, ¿sabéis?

Los niños rieron cortésmente. ¿Qué edad creería que tenían para hacer un chiste tan estúpido? Lucy intentó ver si llevaba la cicatriz en forma de serpiente en el brazo, pero no le fue posible, por ser las mangas demasiado largas.

—Fuimos a ver un templo antiguo a las afueras de Ulabaid esta tarde —dijo Jack—. Nos llevamos un chasco. Era todo fachada sin nada por detrás, como el de Ciudad-Cine.

El señor Uma tomó aquello como un chiste y rió demasiado.

—Ah, sí —dijo—. Pero, claro, la arqueología suele dar chascos.

—Supongo que cuesta muchísimo dinero excavar en busca de ciudades antiguas, ¿verdad? —preguntó la señora Cunningham, viendo que a los niños no les era demasiado simpático el visitante.

—¡Sí, señora! ¡Puede uno gastar miles de libras esterlinas en eso! —contestó el hombre—. Yo he renunciado a esa clase de trabajo: resulta demasiado caro. Y no se saca ningún dinero, por añadidura. La única recompensa es la emoción de... ah..., dejar al descubierto civilizaciones milenarias. No obstante, es una distracción maravillosa. He decidido combinar cierto interés por el negocio cinematográfico con mi afición..., ganar un poco de dinero con películas y gastármelo errando por este antiquísimo país, haciendo mapas y planos de las últimas excavaciones y todo eso. ¿Y usted, caballero? ¿Le interesa a usted esa clase de cosas?

—Tanto como a un ciudadano cualquiera, ni más ni menos —respondió Bill con cautela, comprendiendo que el otro intentaba sondearle—. Pero cualquier experiencia nueva me interesa. Escribo artículos, ¿sabe?, y uno de estos días voy a escribir un libro..., ¡tengo la mar de cosas interesantes que contar en él!

Los niños sonrieron para sus adentros. Bill sí que escribía artículos, eso era cierto. Pero aquella era la primera vez que le oían hablar de un libro. ¡Bill sí que podría escribir un libro la mar de interesante si se le permitiera! Se sentían orgullosos de haber compartido muchas de sus aventuras.

—¡Ah, un escritor! ¡Un hombre cuyo tiempo es suyo! Sólo ustedes los escritores y los pintores pueden permitirse el lujo de no tener oficina y de recorrer todo el mundo en busca de material para la pluma o el pincel.

Los niños empezaron a sentirse aburridos. Era evidente ya que el señor Uma no sabía a ciencia cierta quién era Bill, ni si se hallaba, en efecto, de vacaciones o era otra su misión por aquel sitio. Bill y él habían estado haciendo un poco de esgrima como quien dice, sondeándose mutuamente. Tenían la impresión de que Bill estaba ganando. Estaban seguros de que había logrado convencer al señor Uma de que era un escritor.

—¿A dónde piensa ir a continuación? —preguntó el visitante—. ¿Puedo ofrecerle hospitalidad? Tengo una casita un poco más abajo, a orillas del río. En realidad hacia ella me dirijo ahora. Con mucho gusto le daría de cenar... si usted y su esposa quisieran venir.

Bill reflexionó unos instantes. ¿Debía aceptar? Parecería raro si no lo hacía. Bueno..., quizá descubriese algo más si iba a casa de Uma. Conque movió afirmativamente la cabeza y le dio las gracias.

—Muchas gracias, es usted muy amable. Iremos con mucho gusto. ¿Cuándo? ¿Mañana?

—Claro que sí —contestó el señor Uma, poniéndose en pie—. ¿Mañana a las siete de la tarde, por ejemplo? Su sirviente conocerá el desembarcadero de Chaldo,

estoy seguro. Estaré allí esperándoles para conducirles seguidamente a mi casa.

—Quédese a beber algo —dijo Bill—. Llamaré a Tala.

Pero el señor Uma no quiso quedarse. Hizo una reverencia muy cortés y alzó el mosquitero; y por poco se cayó, al tropezar con alguien que estaba agazapado fuera.

Dio un puntapié y se oyó un grito.

—Vamos, ¿quién es? ¡Fuera de ahí! ¡Qué es eso de estar tumbado de esa manera, aguardando para hacerme caer! —rugió Uma, perdiendo los estribos de pronto y sorprendentemente.

Dio otro puntapié.

Jorge se puso en pie de un brinco, adivinando que se trataría de Ula que, como de costumbre, se habría acercado allí para estar a su lado.

—Señor Uma..., no es más que el niño indígena que ayuda a nuestro sirviente —dijo con ira.

Y sintió inmediatamente la mano de Bill, que le oprimía el hombro en son de aviso.

—Lo siento, señor Uma —dijo el detective—. Espero que no se habrá hecho daño en el pie al dar esos puntapiés.

El visitante no supo cómo tomar aquellas palabras. Se rehizo inmediatamente y les deseó las buenas noches con toda cordialidad. Tala le condujo hacia el costado de la embarcación, alumbrándole.

—¡Ula! ¡Te está bien empleado si la gente tropieza contigo! ¡Tienes tú la culpa por esconderte de esa manera por rincones! —dijo Bill.

—Mal hombre ése —contestó el niño—. Mal, mal hombre. Ula venir guardar señor de hombre malo.

—No seas tonto. No sabes una palabra de él. ¿O... sabes algo acaso?

Ula negó con la cabeza.

—Ula sabe que él hombre malo. Ula lo dice. Ula no visto hombre malo antes.

—Vete con Tala —ordenó Bill—, y no vuelvas a nosotros hasta que te llamemos. ¿Comprendes?

Ula desapareció, y Bill se reunió con los otros detrás del mosquitero. El motor de la canoa de Uma se había puesto en marcha ya, deslizándose la embarcación río abajo y turbando el reflejo de las estrellas en el agua.

—¿Bien? —le preguntó Bill a su esposa—. ¿Qué opinas de nuestro amigo Uma?

—Que no me fío de él ni pizca —repuso la señora—. Es..., es...

—Como una babosa, como el légamo... —dijo Dolly.

Y todos movieron afirmativamente la cabeza. Era la palabra exacta.

—¿Qué crees tú que estará urdiendo? —inquirió el detective—. ¿Algo?

La señora Cunningham reflexionó.

—No —dijo—. Yo creo que tiene mala fama y lo sabe. Y está nervioso por temor a que alguien crea que está tramando algo y le espía. Yo creo que, probablemente, andará mal de dinero y estará ganando algo en alguna parte de Ciudad-Cine. Insistió

tanto sobre el amor que siente por los edificios antiguos, que me hace suponer que lo que verdaderamente le interesa es otra cosa.

—¿Quieres decir con eso que quizá esté usando su supuesta afición a la arqueología como tapadera, para ocultar lo que está haciendo en Ciudad-Cine? —preguntó Bill.

—Sí —respondió la señora Cunningham.

—En cualquier caso, apuesto a que lo que está haciendo en Ciudad-Cine será algo sucio —dijo Jack—. Quizás esté apoyando algún mercado ilegal... o una cadena de establecimientos... además de tener parte en la película. Muchos negocios a un tiempo.

—Si eso es lo que está haciendo, la cosa es, desde mi punto de vista, completamente inofensiva —dijo Bill—. Ando tras algo más importante que todo eso... ¡la clase de cosa a la que se ha dedicado en otras ocasiones, como os dije antes! Si su única ocupación es hacer negocios sucios en Ciudad-Cine, a mis jefes no les interesa en absoluto.

—Me alegro —anunció la señora Cunningham exhalando un suspiro de alivio—. No quiero que te metas en ningún asunto peligroso, Bill. Y no sé por qué creo que Raya Uma sabría ser muy peligroso y despiadado.

—Tienes muchísima razón, querida. ¿Y si nos fuésemos a la cama? Iré a fumarme el último cigarrillo. Han salido ya las estrellas del todo, y pasaré diez minutos muy agradables y tranquilos mirando río abajo.

Todos se dieron las buenas noches. Estaban cansados y se quedaron dormidos en cuanto les tocó la cabeza a la almohada. Bill fumó en silencio, pensando en el extraño señor Uma. De pronto vio a una figura que se deslizaba por cubierta e iba a instalarse al pie del colchón de Jorge. ¡Ula había acudido a guardar a su señor!

Se incorporó, asustado, al acercarse Bill camino de su propio colchón.

—Puedes quedarte, Ula —aprobó el detective.

Ula volvió a echarse, sintiéndose muy feliz. Su señor dormía. Y él, Ula, le estaba guardando.

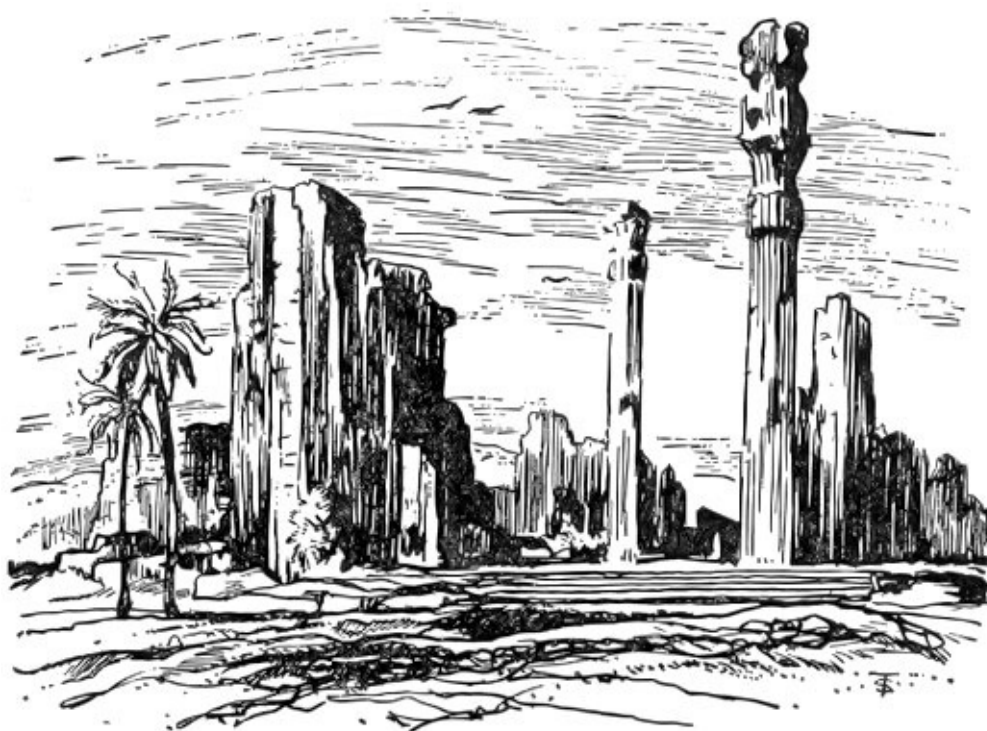
Capítulo XVI

Al día siguiente

Al día siguiente Tala puso la lancha en movimiento río abajo. Navegaron muy despacio, pues Chaldo sólo estaba a medio día de distancia, y no querían llegar allá demasiado pronto. Pasaron por el camino una comarca que casi parecía un desierto.

—¡Deben haberse estado haciendo aquí algunas de esas excavaciones que tanto le gustan al señor Uma! —dijo Jack—. Sí que ha de costar la mar de dinero excavar esta comarca tan grande, Bill..., ¡mire!

—Sí que cuesta —asintió el detective—. Pero no deja de tener ese trabajo su recompensa. No sólo edificios en ruinas se encuentran sepultados bajo el polvo y el barro de los siglos, sino también tesoros.



—¿Tesoros? —exclamó Jorge, sorprendido—. ¿Qué tesoros?

—En la mayor parte de esta comarca había antiquísimas construcciones dentro de las cuales se encontraban las tumbas de acaudalados reyes. No me preguntes sus nombres, porque los he olvidado.

—¿Nabucodonosor? —sugirió Lucy.

Bill se echó a reír.

—Conoces bien la Biblia, Lucy. Sí, probablemente hasta el propio Nabucodonosor puede haber vivido en un palacio a no muchos kilómetros de aquí... o el gran rey Sargón. No lo sé en realidad. Sea como fuere, al morir se les enterraba

en tumbas magníficas, rodeados de sus joyas y otros tesoros, tales como espadas maravillosas y primorosos escudos.

—¡Troncho! —exclamó Jack, emocionado—. Y ¿quiere usted decir con eso que se han encontrado debajo de tierra cosas así... de hace miles de años?

—Claro que sí. Las hay en museos por todo el mundo compradas de muy buena gana por su valor histórico. También tienen valor por sí mismas, claro. He visto un cuenco de oro, maravillosamente tallado, con toros todo alrededor, que debe valer millares de libras esterlinas. Estaba cuajado de piedras preciosas, por añadidura.

—Pues entonces —anunció Jack—, no estoy yo tan seguro de que la afición del señor Uma no sea la que más apropiada resulte para él... ¡recoger gratis inapreciables tesoros!

—Ahí es donde te equivocas —le aseguró Bill—. No se recogen gratis ni mucho menos. Como ya os dije, un equipo excavador, compuesto de cincuenta o más indígenas y un buen puñado de expertos blancos, puede costar millares de libras. Y ¡si Uma tuviese un equipo así, no cabe la menor duda de que lo sabríamos!

—Sí, supongo que sí —asintió el niño—. Quiero decir..., uno no puede menos de verlo si se llevan a cabo excavaciones en tan gran escala, ¿verdad? Y además lo publicarían los periódicos, claro.

—¡Mirad! ¡Hay ruinas por allá! —exclamó Lucy, señalando hacia la ribera opuesta—. Parecen bastante recientes. ¿Cree usted que sabrá Tala algo de ellas?

—Id a preguntárselo si queréis —dijo Bill—. No supongo que pueda deciros gran cosa.

Los niños corrieron a preguntárselo a Tala. Él movió afirmativamente la cabeza.

—Tala sabe. El padre de Tala cava allí. Cavar buscando tesoro, mucho, mucho tesoro. Pero no encontrar. Todo desaparecido.

Eso parecía ser cuanto sabía el indígena. Los niños volvieron al lado de Bill y le dijeron lo que les había dicho el otro. El detective asintió con la cabeza.

—Sí..., quiso decir que el experto que estuviera dirigiendo la excavación probablemente tendría un plano en el que se indicaba que se encontrarían tumbas de reyes a determinada profundidad..., tumbas que posiblemente contendrían un gran tesoro. Pero, cuando llegaron a ellas, probablemente descubrieron que ya habían sido saqueadas.

—Pero..., ¿quién las saquearía? —preguntó Lucy.

—Quizá unos ladrones hace tres o cuatro mil años —repuso Bill. Y sonrió al ver la sorpresa que reflejaba el semblante de la niña—. Os dije que ésta era una tierra muy antigua, cuya historia data de millares de años. Debajo del polvo y de la arena, los arqueólogos encuentran a veces las ruinas de ciudad sobre ciudad, construida una sobre la otra.

Aquello le resultaba a Lucy casi imposible de comprender. ¡Ciudad sobre ciudad! Intentó hacer que su mente recorriera en sentido retrospectivo los siglos, e imaginar cómo iban pasando los años en la tierra que ahora contemplaba, cómo se iban alzando

ciudades, convirtiéndose en ruinas más tarde... como se alzaban sobre las ruinas otras ciudades para convertirse a su vez en ruinas y servir de base a nuevas poblaciones.

Se estremeció levemente.

—No me hace mucha gracia pensar en eso —dijo—. Hablemos de otra cosa, Bill. Éste le dio un apretoncito.

—Bueno y... ¿por qué no de limonada? —dijo—. ¿Quieres que hablemos de eso, Lucy? Parece un tema la mar de apropiado para un día tan caluroso como éste.

—¡Oh, Bill..., lo que usted quiere decir es que desea que le traiga limonada! —respondió la niña, que conocía muy bien las tretas del detective—. Jack... Jorge..., ¿queréis limonada vosotros?

—¡Monada! —intervino «Kiki»—. ¡Monada! ¡Qué monada, nada, nada! ¡Trae la monda, trae limonada, no traigas nada!

Jorge había sacado a su culebra a tomar el aire, y ésta estaba reptando alrededor de sus pies. A Lucy le daba lo mismo; pero a Dolly no. Conque los niños solían escoger el momento en que esta última se hallaba en el camarote para soltarla.

—¿Verdad que es hermosa? —murmuró Jorge, admirando el brillante color verde de la piel, y las vividas manchas—. Es una lástima que le hayan cortado los conductos del veneno, ¿eh, Jack?

—Si quieres que te diga la verdad, yo, por mi parte, me alegro de que no pueda darme un mordisco venenoso —contestó el interpelado.

Apareció entonces Ula, muy orgulloso con la bandeja en que llevaba la limonada. Le llenó de contento ver libre a la serpiente; ¡su regalo a su señor! Dolly se detuvo en seco al verla, y Jorge la recogió inmediatamente.

El día transcurrió de una manera bastante agradable, sobre todo porque llegaron a una pequeña cala donde el agua era lo bastante limpia y clara para poder bañarse en ella durante un buen rato.

—Échate tú dentro también, Ula —le aconsejó Jack—. Te hará bien.

Pero no hubo manera de persuadir al muchacho a que se metiese en las templadas aguas. Las tocó con un dedo del pie, dio un fuerte chillido, y lo retiró como si algo le hubiese mordido. Contempló, con maravilla y admiración, cómo nadaban, buceaban y agitaban las piernas los cuatro niños debajo de la superficie. Le habían encargado que cuidase de la bargua mientras se bañaba Jorge, y la llevaba colgada al cuello, la mar de contento de que se distinguiese de semejante modo.

A «Kiki» le hizo muy poca gracia que le abandonasen todos para echarse al remanso. Voló a posarse en una rama por encima del lugar, y se puso a chillarles.

Jorge le salpicó.

—¡No hagas ese ruido, «Kiki»! ¡Suenas como si te estuviesen matando!



«Kiki» elevó el vuelo, enfadado de que le salpicasen. Aterrizó sobre cubierta y anadeó hasta Ula, en busca de consuelo. Pero, cuando le vio la serpiente al cuello, retrocedió siseando excitado, como si también fuese él una culebra. La señora Cunningham sonrió al verle y le hizo ir a posarse sobre su hombro.

—Pobre lorito —le dijo «Kiki» al oído—. Pobre lorito. Rico lorito. Alegre lorito.

—Acabemos, ¿qué eres? ¿Pobre, rico o alegre? —quiso saber la señora, riendo—. No pongas morro. No tardarán en salir los niños del agua.

—Ojalá no tuviésemos que ir a comer fuera esta noche —dijo Bill, un rato más tarde—. Es una lata, Allie. Siento ahora haber aceptado la invitación. ¡Disfruto tanto de las noches tranquilas a bordo!

—Y yo también —respondió su esposa—. No te preocupes..., no es necesario que estemos allá mucho tiempo. Y, a lo mejor, descubrimos algo; ¡cualquiera sabe!

La lancha continuó navegando hasta Chaldo y llegó allá a eso de las seis y media. Bill y su esposa se prepararon, y aguardaron a que se presentara el señor Uma a buscarles.

—Vosotros cenad —les dijo la señora Cunningham a los niños—, y luego leed un rato y meteos en la cama como de costumbre. No tardaremos. Tala se cuidará de vosotros. Quedo confiada.

—Ahí viene el señor Uma —anunció Jack, viendo que se acercaba alguien en la oscuridad, con una linterna en la mano—. Adiós, y ¡andad alerta! Pudiera no ser el señor Uma tan inocente como parece.

El señor Uma gritó desde tierra:

—¡Buenas noches! Si están preparados, les conduciré a mi casa. No está muy lejos. Estaba pensando que a lo mejor les gustaría a los cuatro niños ver una danza en el pueblecito vecino. Se ha celebrado una boda allí, y el baile resultará distraído. Mi sirviente puede llevarles.

—¡Oh, sí, vayamos! —exclamó Dolly.

Y los otros le hicieron coro.

—No; me parece que no quiero que vayan —anunció Bill con firmeza—. Prefiero que se queden en la lancha.

—¡No hay derecho! —exclamó Jack—. Sea buena persona, Bill. No nos pasará nada y le prometemos no hacer ninguna tontería.

—Prefiero que no vayáis. Los bailes de boda de estos pueblos no ofrecen, a veces, mucha seguridad... ¡pudiera molestarles vuestra presencia a los indígenas!

No hubo más que hablar; pero los cuatro niños quedaron muy chasqueados. Dijeron adiós con cierto abatimiento a la pareja y se quedaron mirando cómo iba apareciendo y desapareciendo la linterna del servidor de Uma por entre los árboles.

—Ojalá hubiésemos podido ir —dijo Dolly—. ¿Cómo iba a pasarnos nada teniendo al criado de Uma a nuestro lado? ¡Qué rabia!

—Bueno, es inútil pensar en eso ya —dijo Jack—. ¿Qué habrá para cenar?

Tala sirvió una cena magnífica y, cuando la estaban comiendo, los niños le oyeron hablar con un hombre que se había acercado al costado de la embarcación.

—¿Quién es, Tala? —preguntó inmediatamente Jack.

—Jalie, el criado del señor Uma —contestó el otro—. Dice que amo le manda decir que vayáis ver danza. Dice que él cambió de opinión, que vosotros ir.

—¡Oh, qué bien, qué bien, qué bien! —exclamó Dolly, encantada.

Y los otros expresaron su alegría también. Acabaron de cenar a toda prisa y le gritaron a Tala:

—Dile al hombre que estamos ya preparados. Vamos a buscar las chaquetas de lana: hace algo de fresco esta noche.

—¿Ula va también? —inquirió una vocecita.

Pero Tala le oyó y le llamó con brusquedad.

—¡No! Tienes trabajo que hacer. Amo manda aviso que tú no vas. Tú quedas con Tala.

Ula se llevó una amarga decepción. Decidió, para sus adentros, hacer su trabajo aprisa y luego marchar en busca de los niños. No le costaría trabajo averiguar dónde estaba el pueblo en que se celebraba el baile.

—¡Adiós! —le dijo Lucy al chasqueado niño—. No tardaremos mucho en volver. Cuida del barco, Ula.

Ula les vio desaparecer en la oscuridad. Un extraño temor se apoderó de su corazón. Algo iba a suceder; algo, malo, malo, malo. ¡Ula lo sabía!

Capítulo XVII

Acontecimientos extraordinarios

Parecía estar bastante lejos el pueblo. Los niños caminaron dando trompicones en la oscuridad y, de pronto, sin razón aparente, Jack empezó a sentir alarma.

—¿A qué distancia está el pueblo? —le preguntó a Jalie, que llevaba la linterna.

—Está muy cerca ya —le respondió el hombre, con hosquedad.

Diez minutos más tarde seguía sin verse ni rastro del poblado y Jack le habló a Jorge en un susurro.

—Jorge, esto no me gusta. Me siento intranquilo. Vuelve a preguntarle por el pueblo.

—Bueno y ese pueblo, ¿dónde está? —inquirió Jorge, dándole al hombre un golpecito en el brazo.

—Muy cerca ya —repitió el criado.

Jorge se detuvo. También él se sentía intranquilo ahora. Empezó a preguntarse si habría sido auténtico el mensaje dándoles permiso para ir al poblado. ¿Y si aquella no fuese más que una estratagema para sacarles de la lancha y que Uma pudiese mandar a alguien a registrar? No tenía por costumbre Bill cambiar de opinión en un asunto así, en particular habiéndose mostrado tan decidido a impedir que fuesen.

—¡Vamos! —dijo el hombre, alzando la linterna para ver por qué se habían detenido.

—Lucy..., finge sentirse indispuesta..., llora y di que quieres volver a bordo —le susurró su hermano.

—¡J-J-Jack! —exclamó Lucy, fingiendo llanto—. ¡No me encuentro b-b-b-bien! ¡Quiero v-v-volver al b-b-barco! ¡Oooh!

—¡Ooooooh! —dijo «Kiki», como simpatizando con la pequeña.

—¡Oh, pobre Lucy! —exclamaron los otros tres, dándole palmaditas en la espalda—. Sí; regresaremos.

Jack se dirigió a Jalie.

—Mi hermana ha de regresar al barco —dijo—. No se encuentra bien, como podrá ver. Es preciso que regresemos inmediatamente.

—No —dijo el hombre—. Vamos.

—¡No sea estúpido! —exclamó el niño, con ira—. Ya ha oído lo que ha dicho. Condúzcanos al barco de nuevo.

—No —respondió el hombre—. Tengo órdenes. Vamos.

—Eh, ¿qué significa todo esto? —dijo Jorge, interviniendo—. Aquí hay algo raro. ¡No creo que nos piense llevar a ninguna fiesta indígena! Sea como fuese, las órdenes mías son que regresemos. ¿Me ha comprendido?

Jalie les miró torvamente. Bien claro se veía que no sabía qué hacer. No le era posible obligar a cuatro niños a acompañarle a la fuerza. Por otra parte, sin embargo, no tenía la menor intención de llevarles a la lancha.

Los niños le devolvieron mirada por mirada, soltando Lucy sollozos que empezaban a no ser fingidos, porque se estaba asustando.

—Sí que nos conducirá nuevamente al barco —anunció Jorge, muy despacio—. ¡Mira! ¡Tengo aquí a alguien que te obligará a conducirnos a la lancha!

Se metió la mano por debajo de la chaqueta y por la abertura de la camisa, y tiró de la culebra allí enrollada y profundamente dormida. La presión despertó al reptil, que se retorció de alegría al sentir los dedos del niño.

Éste sacó la serpiente y el hombre la vio de pronto a la luz de la linterna. La miró como si no pudiese creer lo que estaba viendo.



—¡Bargua! —exclamó, retrocediendo—. ¡Bargua!

—Sí, bargua, ¡mi bargua! Hace lo que yo le ordeno —le respondió Jorge—. ¿Le digo que te muerda?

El hombre se dejó caer de rodillas, temblando, al alzar el niño la ondulante serpiente entre los dedos. La dirigió a Jalie, y la culebra le amagó varias veces con la

bifurcada lengua.

—Amo, os vuelvo al barco —respondió el indígena, con voz temblorosa—. Piedad, amo. Guárdate tu serpiente.

—No —contestó Jorge—. La mantendré cerca de ti así, ¿lo ves?

Y acercó el reptil a Jalie, que se cayó hacia atrás de puro temor.

—Mandaré a mi serpiente tras de ti si nos dejas y huyes —prosiguió Jorge, decidido a no permitir que se les dejara abandonados en la oscuridad en un lugar desconocido.

—Amo, os llevo —lloriqueó el hombre.

—Bien, pues álzate y ponte en marcha entonces —ordenó Jorge, acunando contra sí a la serpiente.

Ésta le pasó la lengua acariciadora por la muñeca. El hombre se estremeció; y por milésima vez Lucy admiró a Jorge por la manera como lograba amansar a todas las criaturas y conseguir que le amasen.

El hombre recogió la linterna y se puso en marcha, temblándole las piernas al andar. Iba pensando en la venenosa serpiente que tenía tras él. ¿Qué clase de niño era aquél que podía acoger contra su pecho a reptiles venenosos?

Retrocedió por el camino que recorrieron, aunque los niños no tenían medios de comprobarlo y tuvieron que confiar en que así fuese. Los dos muchachos estaban la mar de intranquilos.

—Si Uma mandó a este individuo a que nos llevase Dios sabe adonde, con órdenes de dejarnos abandonados, ¿qué les estará haciendo a Bill y a mamá? —se preguntó Jorge, con desesperación.

Continuaron andando y, por fin, se vio por entre los árboles brillar el agua.

«¡El Río de Aventura! —pensó Jack de pronto—. ¡Troncho! ¡Qué bien está justificado su nombre!».

Jalie señaló el río con mano temblorosa.

—Os volví —dijo—. Me voy ahora, por favor.

—Sí, vete —dijo Jorge.

Y el hombre se alejó con su linterna, lleno de alivio, dando tropezones en sus prisas.

Alguien surgió de entre los árboles y se arrojó a los pies de Jorge, ¡Ula!

Gimió éste al apoyar la cabeza contra las rodillas del muchacho.

—Hombres malos vienen —dijo—. Hombres malos. ¿Qué yo hago, qué yo hago?



Alarmado, Jorge le puso en pie de un tirón.

—¡Ula! ¡Dime pronto! ¿Qué ha sucedido? Ula tiró de ellos por entre los árboles hasta el desembarcadero. Señaló en la estrellada noche, y los otros miraron, con asombro y temor.

¡La lancha había desaparecido!

—Ula, ¿qué ha pasado? —preguntó Jorge, sacudiéndole con fuerza.

—Hombres malos vienen. Hombres malos ponen a amo grande y mujer en lancha. Hombres malos cogen Tala, le atan y le tiran al suelo. Hombres malos se llevan lancha abajo del río —contestó Ula, sonando como si estuviera a punto de romper a llorar.

—¡Troncho! —exclamó Jack.

Y se dejó caer sobre la hierba, completamente aturdido por las noticias. Los demás se sentaron también.

—¿Cómo sabes todo eso, Ula? —le preguntó Jack, por fin—. ¿Por qué no te ataron a ti también?

—Ula marchaba a buscar a su señor —contestó el muchacho—. Ula salir con cuidado de lancha... y entonces ver hombres malos. Hombres malos no ver Ula. Ula vigila. Ula esconde.

—Bueno, ahora ya tenemos una idea bastante aproximada de lo ocurrido —dijo Jorge, sombrío—. Uma sospechó que Bill sabía demasiado... conque le ha capturado con la mar de habilidad. Pero, ¡qué lástima que tuviese que ser hecha prisionera mamá también! También a nosotros nos iba a quitar del paso. ¡Gracias a Dios por Ula!

—Y por Tala —añadió Jack—. Debe de andar por aquí atado. Hay que encontrarle. ¿Qué vamos a hacer?

Se pusieron en pie y se acercaron a la orilla del río. Ula señaló una sombra oscura cerca de la ribera apartada del desembarcadero.

—Barco de hombre malo —dijo—. ¿Por qué él no lleva?

—Supongo que porque querría hacer desaparecer toda señal de nuestra existencia y de la de nuestra lancha —contestó Jack—. Ojalá se hubiese llevado su propia embarcación... ¡Hola, suena como si fuese Tala!

Se oían ahora gemidos no muy lejos. Ula desapareció y luego le oyeron llamar, diciendo:

—¡Tala aquí!

Corrieron todos hacia el lugar de donde procedía la voz y encontraron a Tala tan fuertemente atado, que resultó difícilísimo desatarle. Su estado de ánimo lo componía una mezcla de sensaciones: sentía compasión por sí mismo, y estaba, al propio tiempo, furioso en grado sumo. Se retorció con impaciencia mientras los niños intentaban desatarle. Por último, cortaron las cuerdas y le dejaron en libertad.

Tala contó su versión de los sucesos, haciendo una pausa para golpearse angustiado el pecho al relatar cómo había visto llevarse arrastrado al amo grande y a su esposa. Luego aulló de rabia al pensar que a él. Tala, le habían atado y arrojado fuera como si fuese un saco de desperdicios.

—Tala, escucha —dijo Jorge—, ¿fue Uma quien vino?

—No; otros hombres —contestó el indígena—. Criados. Hombres malos. ¡Tala los escupe!

—¿A dónde se han llevado a amo grande y a la señora? —preguntó Jack.

—Río abajo —repuso Tala, señalando—. Les oigo decir Uti. Tala no saber Uti. ¡Tala furioso!

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Dolly—. No podemos pasamos la noche aquí. Pero, ¿a dónde podemos ir? No conocemos el camino a ninguna parte.

—Ula sabe —intervino la ávida voz del niño—. Ula enseña a señor.

Y tiró de la manga a Jorge.

Alejó al muchacho del desembarcadero, levándole adonde se encontraba amarrada la canoa automóvil de Raya Uma.

—¿Ves? Barco de hombre malo. Nosotros cogemos, ¿sí?

—¡Ula! ¡Qué idea más genial! —exclamó Jorge, encantado—. ¡Claro! ¡Donde las dan las toman! Nos iremos en ella ahora mismo... río arriba otra vez.

—No —intervino Jack—; bajemos a Uti. Probablemente se encuentra tan cerca

como el último pueblo que visitamos. Dios quiera que se trate de un sitio grande y que podamos denunciar el hecho ante alguna autoridad. También podremos conseguir allí noticias de nuestra propia lancha.

—Sí; creo que ésa es la mejor idea —asintió Jorge—. Tala, ¿puedes conducir esta canoa?

—Sí, sí. Tala sabe —asintió el indígena con avidez—. Perseguimos a hombres malos, ¿sí?

—No estoy muy seguro de lo que va a ocurrir —exclamó Jack—, pero, desde luego, no vamos a quedarnos aquí y dejar que Uma nos pille por la mañana. Vamos... ¡a bordo todos!

Y, uno por uno, subieron a la canoa mientras Tala examinaba el motor. ¿Hacia dónde marchar? ¿Uti? Y, ¿qué sucedería allí?

Capítulo XVIII

Partida de noche

Todos embarcaron muy aprisa en verdad, medio temiendo que surgiera alguien de las sombras a detenerles. Bien podía ser que Jalie hubiese ido a decirles a sus amigos que se había visto obligado a regresar con los niños en lugar de abandonarles lejos, en la oscuridad. Y pudieran presentarse tres o cuatro de los secuaces de Uma y hacerles prisioneros.

Pero nadie apareció. Ni se oyó sonido alguno salvo el murmullo del río y los ruiditos que hacía Tala al intentar poner en movimiento el motor. Ula le iluminaba con una lámpara de bolsillo para que pudiese ver lo que hacía.

¡Chug-chug! ¡Chug-chug!

El motor empezó a coger. ¡Vaya, ya estaba funcionando!

—¡Date prisa, Tala! —susurró Jorge, con urgencia, porque el zumbido de la canoa se oía ahora muy fuerte en el silencio de la noche—. Pudiéramos tener visitas desagradables si no arrancamos pronto.

El zumbido del motor se hizo más potente y la embarcación salió al centro del río. Los niños exhalaban un suspiro de alivio. Enderezó Tala el timón y empezaron a navegar corriente abajo manteniéndose a igual distancia de ambas orillas.

No se oyeron gritos de ira tras ellos. Nadie parecía saber que se habían marchado en la canoa del propio Uma. Jack le habló a Tala.



—Dijiste que no conocías Uti. ¿Sabes a qué distancia se encuentra?

—Sí. Tala oye hablar de Uti. Muy lejos abajo. ¿Ula conoce Uti?

Ula no lo conocía; pero recordó que había otro pueblo cerca de dicho lugar.

—Pueblo nombre Hoa —explicó—. Llegaremos Hoa. Ula va allí y pregunta por Uti, ¿sí?

—De acuerdo —contestó Jack—. ¡No nos interesa llegar a Uti en disposición de ser aplastados! Hemos de fondear a cierta distancia e ir luego cautelosamente a ver qué descubrimos.

—Tala..., ¿quieres navegar una hora, por ejemplo, y amarrar luego en alguna parte para que podamos dormir? —preguntó Jorge—. Si navegamos durante la noche, probablemente nos pasaremos Uti de largo. Será mucho mejor que nos acostemos unas horas en cuanto nos sintamos fuera del alcance de los hombres de Uma.

—Que nosotros sepamos, no había más embarcaciones allá en Chaldo, conque nadie puede emprender nuestra persecución —dijo Jack—. No obstante, no hay necesidad de correr riesgos. Sí, navega una hora. Tala; luego amarra en alguna parte.

Tala siguió al timón, y los niños charlaron entre sí. Ula estaba sentado cerca de Jorge, la mar de feliz. ¿Por qué había de preocuparse él? ¿Acaso no eran aquellos niños lo bastante listos para hacer cualquier cosa, lo bastante listos para derrotar, incluso, al hombre malo Uma? Y, en cualquier caso, experimentaba la emoción de hallarse cerca de Jorge todo el rato ahora, porque la canoa era mucho más pequeña que la lancha.

Al cabo de cosa de una hora, Jack le gritó a Tala:

—Bueno, Tala. Amarraremos ahora donde podamos. Al parecer, no ha pasado ningún pueblo. Ésta debe ser una parte desierta del río. FONDEA en cualquier parte.

La mirada avizorada del indígena descubrió un arbolillo derecho en la orilla izquierda. Movié el timón y la canoa enfiló el árbol, yendo a parar al pie del mismo. Paró el motor y el silencio de la noche les envolvió.

—Muy bien. Tala —dijo Jack—. Yo te ayudaré a amarrar. Luego nos echaremos todos a dormir.

Cinco minutos más tarde todos dormían. Aunque Ula, como perro de guardia, lo hacía con un ojo abierto y una oreja erguida. Las dos muchachas se habían acurrucado la una contra la otra y los niños yacían a su lado, con Ula a los pies de Jorge. Tala dormía junto al timón, en una postura la mar de incómoda, roncando ruidosamente a intervalos. «Kiki», posado sobre las piernas de Jack, dormía con la cabeza debajo del ala.

Durmieron y durmieron. Llegó la aurora, plateando el agua. Salió el astro rey, y un calorcillo agradable cayó sobre los seis durmientes. La serpiente bargua lo sintió y salió de debajo de la camisa de Jorge, enroscándose sobre su hombro para tomar el sol.

Dolly fue la primera en despertar, preguntándose por qué se sentiría tan entumecida. Yació inmóvil unos instantes, recordando los acontecimientos de la noche anterior. Se movió luego un poco para mirar a los astros; y vio muy cerca de

ella a la serpiente de Jorge tomando el sol sobre el hombro de su amo.

Soltó un chillido antes de poder contenerse y todos se despertaron de repente. Tala buscó maquinalmente el cuchillo que llevaba escondido. Ula se puso en pie de un brinco delante de Jorge, dispuesto a protegerlo con su propia vida.

—¿Quién chilló? —quiso saber Jack—. ¿Qué sucede?

—Yo chillé —respondió Dolly, contrita—. Lo siento; pero lo primero que vi al despertar fue a la serpiente de Jorge que me miraba. No pude evitarlo. Lo siento mucho.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —cantó «Kiki».

Y luego soltó un chillido como el de Dolly.

—¡No vayas tú ahora a acostumbrarte a dar chillidos! —dijo Lucy.

La serpiente había vuelto a esconderse por entre las ropas de Jorge, y Dolly se sentía muy tranquila. Se frotaron todos los ojos y miraron a su alrededor.

No había nada de gran interés en cuanto al río se refería. Se deslizaba tan suavemente como siempre por entre riberas orilladas de árboles que llegaban hasta el agua. ¡Lo que sí resultaba de interés para los niños era la canoa y su contenido!

¿Habría provisiones y de beber a bordo? ¿Se trataba simplemente de un barco que empleaba Uma para ir de acá a allá, como si hubiese empleado un automóvil por carretera?

—Veamos si hay provisiones —dijo Jorge.

Y se pusieron a buscar en seguida.

—¡Fijaos en esto! —exclamó Jack, abriendo la puerta de un pañol instalado debajo de un asiento a popa.

Miraron. ¡Estaba lleno de latas de conserva! Leyeron las etiquetas. Había jamón, tocino, sardinas, frutas de muchas clases y hasta sopa.

—¡Qué raro! —exclamó Jorge—. ¿Por qué llevará Uma tanta comida en una canoa como ésta? Debe haber hecho excursiones extrañas a veces y permanecido ausente lo bastante para necesitar alimentos, y no hallarse cerca de pueblos donde pudiera obtenerlos.

—A mí me tiene sin cuidado por qué lleva provisiones a bordo —dijo Dolly—. Lo único que me importa es que haya dejado las suficientes para nuestro uso. Y de beber también... Mirad: hay latas de limonada y de naranjada... Debe ser extracto concentrado, conque necesitaremos agua para beberlo.

Tala señaló con un movimiento de cabeza una pequeña cisterna.

—Agua ahí —dijo.

Pero se equivocaba; estaba vacía. Conque, si los niños querían beber algo, tendrían que resignarse a tomar jugo concentrado de limón o de naranja.

En otro pañol había cuerdas, potentes lámparas eléctricas, y ganchos fuertes y grandes.

—¿Para qué serán esos ganchos? —exclamó Lucy, sorprendida.

—Son garfios de abordaje, y se emplean con frecuencia para escalar también —

dijo Jack—. ¿Para qué los querría Uma?

—¡Ya sé! —exclamó Dolly—. ¡Para su afición... para la arqueología! ¿No os acordáis? Si es que sale a explorar todos los sitios antiguos y profundamente escondidos de por aquí, supongo que usaría esos ganchos. ¿Hay alguna otra cosa de interés?

—Unas palas —repuso Jack—, y un pico pequeño. Bueno, pues si Uma usa su afición al estudio de los edificios antiguos como tapadera de sus otras actividades menos legales, hay que reconocer que parece tomarse las cosas muy en serio. Mirad..., hay libros sobre eso aquí también y en abundancia.

Sacó libros, unos nuevos y otros viejos. Era evidente que se habían leído con frecuencia, porque en algunas páginas figuraban anotaciones.

—Echaré una mirada a todo esto en cuanto haya comido algo —anunció Jack—. ¡Empiezo a sentir apetito ya, un enorme apetito!

A los demás les sucedía lo propio.

Encontraron dos abrelatas colgados de un clavo dentro del pañol y Jack se apresuró a meterse uno de ellos en el bolsillo como medida de seguridad. Abrieron una lata de jamón y dos de pina, pensando que las dos cosas irían muy bien juntas. Se bebieron el jugo de las latas, pero siguieron sintiendo bastante sed.

—Debiéramos intentar llenar esta cisterna —dijo Jorge, examinándola—. Parece bien limpia.

—Tala y Ula traer agua próximo pueblo —sugirió Tala—. Y pan.

—De acuerdo, pero tendremos que asegurarnos de que no se trata de Uti antes de meternos de cabeza en él —observó Jack—. ¡Fijaos en «Kiki»! ¡Ése es el quinto pedazo de pina que se come! Eh, «Kiki», ¿estás disfrutando?

«Kiki» se tragó el último pedazo y voló hacia la lata otra vez. Estaba vacía. Soltó un gruñido de desilusión.

—¡Se fue todo! —dijo, en sonsonete—. ¡Todo se desvaneció! ¡Llamad al médico!

—Idiota —le dijo Jack—. Tala, ¿estás preparado para la marcha? Detente en un pueblo que consideres seguro para nosotros.

Tala lanzó amarras y puso el motor en movimiento. Salieron al centro del río e iniciaron de nuevo la navegación. El Sol era hermoso y el calor agradable, y todos se sentían más animados, aun cuando, allá en el fondo, continuaba preocupándoles lo que podría haberles sucedido a Bill y a su esposa.

Avistaron un poblado cuyas cabañas llegaban hasta la mismísima orilla. Inmediatamente salieron corriendo niños indígenas a contemplar la embarcación. Tala viró hacia la ribera donde se alzaba un pequeño desembarcadero suficiente para ellos.

Habló, rápidamente, con un niño de piel morena. Luego se volvió hacia los otros.

—Él dice este pueblo Hoa. Uti muy lejos. Dos, tres horas. Dará a Tala odre de agua y pan. ¿Sí?

—Bueno —contestó Jack—. Bajaremos nosotros a tierra también a estirar las

piernas. Tú y Ula id a ver cómo es el agua. Ha de ser sacada directamente del pozo. Sácala tú mismo. Tala. Vamos, niños..., no parece existir peligro aquí. No obstante, permaneceremos cerca de la embarcación.

Capítulo XIX

El río es muy singular

Resultaba agradable estirar las piernas. «Kiki» iba, como de costumbre, sobre el hombro de Jack, despertando gran interés entre los indígenas. Se agolparon a su alrededor, señalando y parlotando. Jorge procuró conservar escondida a la serpiente; ¡sabía la estampida que habría como asomase ésta la cabeza!

Por fortuna. Tala y Ula habían descubierto dos cubos grandes en el barco y se los habían llevado para buscar agua. Los niños se alegraron; a ninguno de ellos les gustaban los odres de piel en que con tanta frecuencia transportaban los indígenas el agua.

Tala y Ula tardaron mucho en regresar y los niños empezaron a intranquilizarse.

—¿Por qué no vienen? —murmuró Jack—. Dios quiera que no les haya sucedido nada. Nos encontraríamos en un apuro sin Tala.

Sin embargo, regresaron por fin, cargados cada uno de ellos con un pesado cubo y con unos panes atados a la espalda. Por suerte. Tala conocía lo suficiente las costumbres de los occidentales para saber que les gustaba tener el pan envuelto, y había logrado encontrar unos paños en que envolverlos.

—Has tardado demasiado. Tala —dijo Jack, nada contento.

—Él habla y habla —dijo Ula—. Ula quiere volver, pero Tala habla.

Tala le dirigió una mirada torva y luego se irguió.

—Sí, Tala habla —dijo—. Tala descubre muchas cosas. Todas gentes conocen Uma. Él cava, cava. Mucho mucho cava. Gentes dicen Uma sabe dónde hay gran tesoro. Mucho oro.

Jack se echó a reír.

—Has estado comadreando. A Uma le gusta hacer creer a la gente que anda cavando en busca de cosas antiguas... pero no es eso lo que en realidad hace. Se trae alguna otra cosa entre manos y ojalá supiese yo de qué se trata.

Tala no comprendió aquellas palabras.

—¿Qué traer entre manos? —preguntó—. ¿Cuchillo muy grande?

—Vamos —dijo Jorge, con impaciencia—. Echemos el agua en la cisterna. Me gustaría tomar una naranjada en seguida. Tengo mucha sed.

A todos les sucedía lo propio. Al caer el agua en el depósito, Jack la contempló. La verdad era que no parecía gran cosa para seis personas.

—Sigamos navegando —le dijo a Tala—. Podemos empezar a estar al tanto dentro de dos horas, si es que Uti está a dos o tres horas de distancia de aquí en efecto.

El indígena puso el motor en marcha y emprendieron la navegación de nuevo.

Pasaron por delante de unos cuantos pueblos pequeños y luego llegaron a uno mayor. ¿Podría ser Uti aquél? Jack consultó su reloj. No; sólo llevaban navegando hora y media y a Tala le habían dicho que Uti se hallaba a dos o tres horas de Hoa.

—¿Tala parar? —llamó el indígena—. ¿Tala preguntar nombre de pueblo?

—No. No puede ser Uti aún —dijo Jack.

Y siguieron adelante. Y luego, de pronto, el río se ensanchó considerablemente. Los niños quedaron asombrados al ver que las riberas se alejaban más y más. Casi parecía como si el río se hubiese convertido en un lago.

—¡Cielos! —exclamó Dolly—. Si el río se hace mucho más ancho, ¡ni siquiera podremos ver las orillas!

Lucy miraba estupefacta.

—Jack —dijo—, no..., no nos encontramos en el mar, ¿verdad?

Todos rieron a carcajadas. Hasta Tala sonrió. Lucy se puso muy colorada, y su hermano le dio una palmadita en la espalda.

—No te preocupes. Desde luego, parece como si hubiésemos ido a parar al mar, en efecto. Supongo que el río volverá a hacerse estrecho dentro de poco. Quizás el lecho sea poco profundo aquí y por eso se ha extendido el agua.

Jorge llamó a Tala.

—¡Tala! Más vale que te ciñas a una u otra ribera, porque, si no, perderemos el sentido de dirección. ¡Apenas puedo ver la orilla derecha ya!

Tala viró hacia la izquierda para encontrar la ribera aquélla. ¡Y tuvo que recorrer bastante trecho!

—Ojalá tuviésemos un mapa del río aquí —dijo Jack—. Como el que tenía Bill, ¿os acordáis? Llevaba marcados todos los pueblos y hubiéramos visto dónde está Uti y qué es lo que al río le sucede aquí... por qué se ensancha tanto, y si vuelve a estrecharse.

Ahora se encontraban junto a la ribera izquierda en lugar de ir por medio de la vía fluvial. La ribera opuesta no se veía. El agua parecía extenderse interminablemente por la derecha, dando la impresión de que se encontraban en el mar, y costeando..., ¡tal como se imaginaba Lucy!

Tala estaba sorprendido y un poco asustado.

—El río es muy ancho por aquí —le dijo a Ula en su idioma—. No veremos Uti si está en el otro lado.

Eso también se le había ocurrido a Jorge. Tiró a Jack de la manga.

—Jack..., ¿y si Uti estuviese en la otra orilla? ¡Lo pasaríamos de largo!

—¡Troncho, sí! Ni siquiera podemos ver la ribera, cuanto más un pueblo. Bueno, vamos a ver... Le diremos a Tala que se detenga en el primer pueblecito que encontremos aquí, en la izquierda, y que pregunte por Uti. Si es que se encuentra en la orilla opuesta, cruzaremos a buscarlo. ¡Dios quiera que no lo hayamos pasado de largo ya!

Anduvieron atentos para descubrir un pueblecillo; pero la vegetación era espesa y

llegaba hasta la misma orilla del río, de suerte que, aunque hubiese habido algún pueblo por la izquierda, no hubieran podido verlo. Transcurrió una hora y los niños empezaron a intranquilizarse.

—¡Ojalá tuviésemos un mapa! —exclamó Jack—. ¡Al diablo con Uma! ¿Por qué no llevaría mapas a bordo? Hubiesen resultado una gran ayuda. Hola..., veo que a la derecha... Sí... es la ribera derecha que vuelve a verse.

En efecto, se veía una línea oscura por aquel lado. Parecía estarse acercando rápidamente, lo que significaba, claro, que el río empezaba a hacerse estrecho otra vez, de suerte que ambas orillas podían verse.

Es más, se hizo tan estrecho, que las riberas estuvieron mucho más cerca la una de la otra de lo que habían estado hasta entonces.

—¡Esto es extraordinario! —exclamó Jorge, de pronto—. El río fluye en la dirección que seguimos, como sabéis..., hemos estado aprovechando la corriente todo el tiempo. Bueno, pues los ríos suelen conservar aproximadamente la misma anchura al fluir hacia el mar, o se hacen más anchos al desembocar en ellos otros riachuelos y aumentar su caudal. Y alcanzar su anchura mayor cuando desaguan en el mar.

Jack se le quedó mirando.

—Sí, ya lo sé. Pero, entonces..., ¿cómo es que este río se ha hecho de pronto tan pequeño y estrecho? ¡Sobre todo después de haber sido tan ancho! Sé que no nos encontramos ni remotamente cerca del mar, y no consigo comprender por qué se hizo de una anchura semejante... como tampoco puedo imaginarme por qué se ha hecho tan estrecho ahora.

—Debe haberse bifurcado... o quizá partido en varios riachuelos —dijo Jorge—. Quizá se convirtiese en dos ríos allá atrás, uno ancho y otro estrecho... y nosotros nos hemos metido por el de menor anchura. Es la única explicación que se me ocurre.

—¡Tala! ¡Para el barco un poco! —ordenó Jack—. Hemos de hablar.

Tala detuvo el motor de buena gana. Se sentía la mar de preocupado. ¿Qué le había sucedido al río? ¿Dónde estaba Uti? ¿Cuál sería el mejor plan?

Discutieron la situación reunidos en el centro de la canoa. La conferencia era seria, y ni el propio «Kiki» se atrevió a interrumpir.

—Tala..., ¿qué crees tú que ha sucedido? ¿Por qué se ha hecho tan pequeño el río? ¿Crees tú que se habrá dividido en dos o tres ramales hace rato? —inquirió Jack.

—Tala no sabe. Tala asustado —respondió el indígena—. Tala dice: volver atrás. Este río malo ahora.

—Pues no nos estás resultando de gran ayuda. Tala —dijo Jorge—. Debemos haber pasado Uti de largo. Apuesto a que estaría en la ribera derecha... y no pudimos verlo por encontrarnos demasiado lejos. ¡Maldita sea! Esto parece cosa seria.

—Sigamos adelante —dijo Dolly—. Por fuerza hemos de llegar a algún sitio pronto..., por fuerza.

Jack miró hacia la ribera y luego hacia la derecha.

—Todo esto me parece bastante solitario a mí —anunció—. Unos cuantos árboles nada más... y unos matorrales que parecen apollados... y, luego, nada más que arena o polvo en tómulos y altozanos. Bueno..., seguiremos adelante durante media hora más y si para entonces no surge nada..., ningún pueblo ni sitio en que podamos obtener orientación, volveremos atrás..., ciñéndonos a la ribera derecha. Quizás encontremos Uti así.

—Tala dice: volver atrás —insistió, con testarudez, el indígena—. Éste mal río ahora. ¡Agua muy, muy profunda! ¿Veis?

Se puso en pie y señaló hacia abajo por el costado.

—No puedes saber la profundidad que tiene —dijo Jack, contemplando el agua, que ahora se había vuelto bastante sucia.

—Tala sabe. Barco suena distinto en agua profunda —le respondió el indígena, con hosquedad—. Mal río ahora.

—Bueno, pues navegaremos por mal río otra media hora —anunció Jack, con firmeza—. Transcurrido ese tiempo, si no hemos encontrado ningún poblado, daremos marcha atrás. Pon el motor en marcha. Tala, haz el favor.

Pero Tala no se movió, y a los niños se les fue el alma a los pies. ¿Iba a mostrarse rebelde Tala en tan críticos momentos? No podían ellos ceder, porque, si lo hacían, se consideraría ya el jefe y podría hacer caso omiso de cualquier otra decisión que los muchachos tomasen.

—¡Tala! ¡Haz lo que se te manda! —ordenó, con severidad Jorge, imitando la voz de Bill.

Pero Tala continuó sentado, testarudo y rebelde.

Y, de pronto, con gran sorpresa de todos, el motor arrancó, la embarcación viró de proa a popa y salió disparada hacia delante, casi haciendo que cayeran todos de bruces.

Sonó una voz a sus espaldas:

—¡Ula obedece al señor! ¡Ula conduce barco para señor!

Dando un aullido de ferocidad. Tala dio un salto hacia el niño. Descargó sobre él una serie de golpes y le quitó el timón. Le gritó una serie de palabras ininteligibles al sonriente Ula y luego, con expresión muy feroz en el semblante aún, guió la canoa río abajo.

Ula retrocedió sin parecer haber sentido los golpes de Tala siquiera. Sonreía de oreja a oreja.

—Ula hacer que Tala obedece a señor —dijo.

Y quedó encantado de las sonrisas con que fueron saludadas sus palabras.

—Buen chico, Ula —dijo Jorge—. Pero no hagas esa clase de cosas con demasiada frecuencia. ¡Nos diste a todos un susto morrocotudo!

Capítulo XX

¿Qué sucedió?

Tala condujo el barco a bastante velocidad, para demostrar que aún estaba enfadado. Jorge le hizo una señal.

—¡Más despacio, Tala!

Y Tala aminoró la marcha, temiendo que Ula se acercase a enseñarle cómo ir más despacio. La embarcación siguió deslizándose por entre las dos riberas que se iban acercando aún más. Y luego, además de acercarse..., ¡las riberas empezaron a hacerse más altas!

—¡Troncho! ¡Si parece que navegamos ahora entre farallones! —exclamó Jack, maravillado—. ¡Tala! ¡No vayas tan aprisa!

—Tala no va aprisa —contestó el hombre, extrañado al perecer—. Río va aprisa..., ¡muy aprisa! Arrastra al barco. Tala parar motor y verás.

Paró el motor y los niños vieron, en efecto, lo que quería decir. El río se deslizaba por entre las riberas a gran velocidad y la embarcación no necesitaba motor para moverse: ¡la estaba arrastrando la corriente!

Las riberas aumentaron aún más en altura y los niños se alarmaron.

—Nos encontramos en una especie de garganta ahora —dijo Jorge—. Una garganta cuyo nivel va descendiendo y por eso corre tan aprisa el agua. ¡Eh, Tala, para! ¡Esto se está haciendo peligroso!

Tala contestó en seguida:

—¡Tala no puede parar! Barco ha de ir adelante, adelante, adelante. Río arrastra barco todo el tiempo.

—¡Troncho, tiene razón! —exclamó Jack—. ¿Y cómo vamos a poder pararnos? Y, si nos parásemos, ¿dónde lo haríamos? No hay más que estos farallones a los lados ahora..., ¡no hay sitio donde detenerse! ¡Nos estrellaremos contra la roca si no logra Tala mantener el bote en línea recta!

Los dos niños estaban muy pálidos. «Kiki», aterrado, escondió la cabeza debajo del ala. Los muchachos contemplaron los acantilados de ambos lados. Sí; se estaban haciendo ahora tan altos que sólo les era posible ver una tira de cielo. No era de extrañar que faltase luz abajo, en la canoa.

El agua ya no corría con suavidad; era turbulenta, estaba llena de remolinos, revuelta y cubierta de espuma.

—Se está precipitando por un canal de piedra —dijo Jack, alzando la voz para que se oyera por encima del tumulto—; un canal que está en pendiente y le imprime una velocidad fantástica.

—Debemos estar bajando hacia las entrañas de la tierra —dijo Jorge, mirando

hacia delante—. Jack, —escucha..., ¿qué es ese ruido?

Escucharon todos, y Tala se puso tan pálido como se lo permitió su morena tez.
—¡Agua caer! ¡Agua caer! —gritó por encima del fragor del río.



Jack asió a Jorge, presa de pánico.

—Tiene razón. ¡Nos acercamos a una catarata! ¡A un gigantesco salto de agua subterránea! Nos encontramos ya bajo tierra como quien dice... Fíjate en lo oscuro que está. ¡Troncho, Jorge! ¡El barco se precipitará por el borde de la catarata y nos haremos pedazos! ¡Suenan un salto enorme!

El ruido aumentó en volumen, poblando por completo la rocosa garganta. Parecía el ruido más grande del mundo, y las niñas se taparon los oídos, aterradas.

Tala estaba espantado también; pero seguía con la mano en el timón, intentando evitar que la nave se estrellara contra las paredes del desfiladero. De pronto dio un chillido horrendo.

—¡Llegamos al agua cayente!

No era posible oír ya nada más que el rugido de la catarata. Tampoco era posible ver nada, porque la garganta resultaba ya demasiado profunda para que penetrase mucha luz. No podían hacer otra cosa que agarrarse con fuerza a los costados de la

embarcación y unos a otros.

Y luego... luego... la canoa viró con violencia hacia la izquierda, casi zozobró, se meció peligrosamente y se detuvo tras una sacudida.

Todo alrededor se oía a la gigantesca catarata; pero el ruido había disminuido. ¿Qué había pasado? Los niños alzaron el asustado rostro y miraron a su alrededor. Se hallaban en tinieblas, y no podían ver.

Jorge sintió que algo le agarraba las rodillas; un par de manos. Ula debía hallarse a sus pies.

—¿Está sano y salvo, señor? —preguntó la voz de Ula, sonando por encima de las aguas.

—Completamente, Ula —contestó Jorge, dándose cuenta de que le temblaba la voz al hablar—. ¿Estáis bien vosotras, niñas?

—Sí —contestaron ellas.

Y fue la única palabra que pudieron decir. Aún estaban fuertemente asidas la una a la otra.

—También yo estoy divinamente —anunció la voz de Jack, inesperadamente alegre—. ¡Eh, Tala! ¿Estáis bien?

Llegó a los oídos de los niños el sonido de unos gemidos, de unos gemidos quejumbrosos y sostenidos. Jack cruzó a tientas la embarcación en dirección a Tala.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, tocando al indígena.

Sacó la lámpara de bolsillo y la encendió. Tala estaba Junto al timón, inclinado sobre él, con las manos por encima de la cabeza. Gemía sin cesar.

Jack no vio que se hubiese hecho daño alguno. Le sacudió y Tala acabó alzando la mirada. Estaba llorando como un niño.

—¿«Estás herido»? —gritó Jack, creyendo que Tala se habría quedado sordo de repente.

Tala pareció volver en sí. Parpadeó ante la luz y se frotó los húmedos ojos. Se tocó con gran cuidado por todo el cuerpo.

—Tala no daño —dijo—. Tala bien.

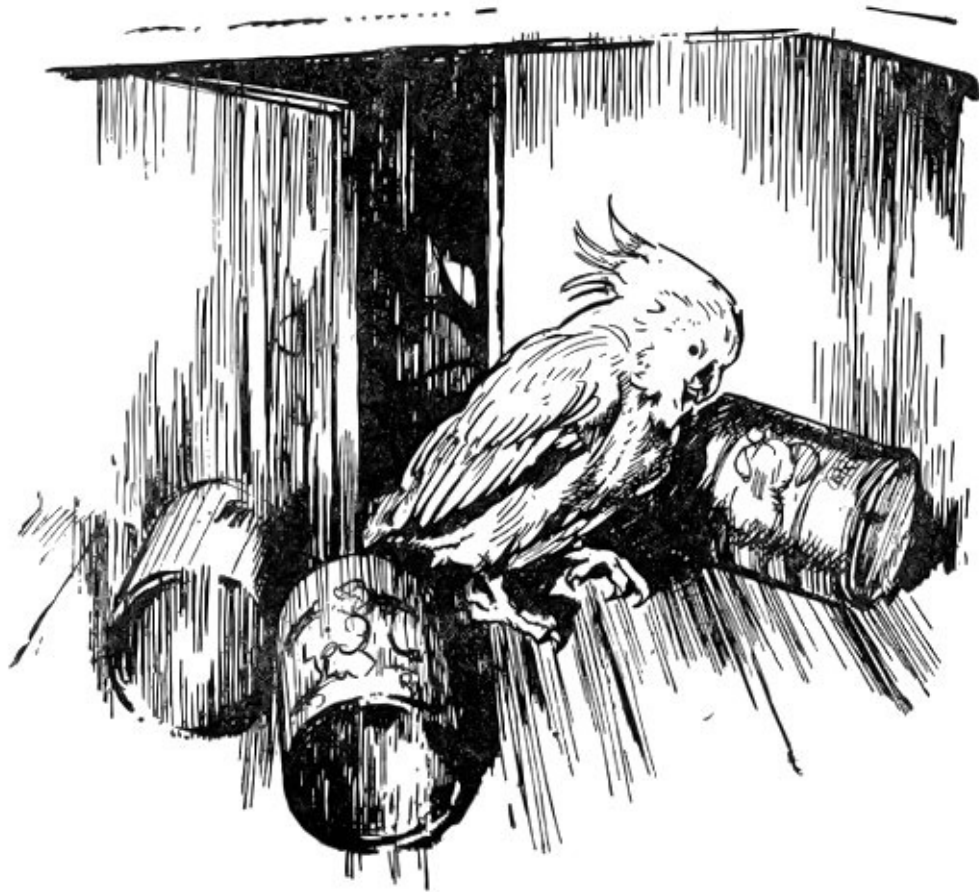
Jack dirigió el cono de luz a su alrededor para ver dónde se encontraban. Parecían hallarse en un lago tranquilo, rodeado de paredes de roca. ¡Cuan extraordinario! ¿Cómo habían llegado allí desde el turbulento río? Y justamente a tiempo, por añadidura, porque la catarata no podía hallarse muy lejos.

Regresó al lado de los otros, que empezaban a rehacerse.

—Bueno, pues no parecemos correr peligro alguno de momento —anunció, alegremente—. Voto por que comamos algo. No hay nada como el tener el estómago lleno para sentirse mejor. ¿Dónde está «Kiki»?

—En ese pañol —dijo Dolly—. Oí un graznido ahí dentro hace un instante.

Jack dirigió la luz al pañol. La puerta estaba entornada. La habían abierto las latas al rodar con violencia. «Kiki» había ido allá a esconderse, buscando la tranquilidad lejos de las embravecidas aguas.



—«Kiki», puedes salir ya —dijo Jack.

Y «Kiki» salió, caída la cresta, con aire de viejo cargado de años. Gateó por todo el cuerpo de su amo, como si sus alas fueran incapaces de moverse y hacerle volar, y le llegó, por fin, al hombro. Se instaló allí, gruñendo, furioso por todo lo que había tenido que pasar.

—Saca unas cuantas latas, Dolly..., tú eres la que más cerca estás del pañol —dijo Jack—. Ánimo, Lucy. Jorge, busca la linterna y enciéndela, ¿quieres? Es la que emplea para la proa de la embarcación y debiera dar buena luz. ¡Date prisa!

Fue una suerte que asumiera Jack el mando. Hizo que todos se animaran, hasta el propio Tala, cuyos gemidos aún siguieron sonando un rato. No tardaron en hallarse sentados juntos, comiendo emparedados hechos de pan y jamón, con naranjada como bebida.

—Es divertido esto, ¿verdad? —murmuró el indomable Jack mirando a sus compañeros a la luz, bastante brillante, de la linterna.

Lucy consiguió hacer aflorar una débil sonrisa, aun cuando en su opinión, nada podía ser divertido en aquellos instantes.

—No seas tonta —intervino Jorge—. Dejad que nos recreemos en nuestra tristeza antes de decir que es divertido. ¡Troncho! Me siento igual que si me encontrara en plena pesadilla. ¿Sabe alguno ya lo que ha sucedido?

Nadie lo sabía. Parecía el más completo de los misterios. Allá estaban, corriendo como una exhalación hacia la que debía ser una catarata enorme a juzgar por su

sonido; y, sin embargo, de pronto, habían torcido hacia la izquierda, yendo a parar a lugar seguro.

La comida les soltó la lengua y no tardaron en ponerse a hablar como de costumbre. Tala se dignó aceptar un emparedado y, acabó sintiéndose mejor también. Asombró a todos mirándoles de pronto con la sonrisa más expresiva que habían visto jamás los niños en su semblante.

—¿Qué pasa, Tala? —preguntó Jack, con cierto regocijo—. ¡Pones la misma cara que si hubieses perdido un penique y encontrado un chelín!

Tala pareció perplejo.

—Tala no perdido penique —dijo.

—Bueno, bueno, olvídalo —dijo Jack—. ¿Por qué te sientes tan feliz de pronto?

—Tala hombre valiente. Tala salva a todo el mundo —le contestó el indígena, mirándolo de nuevo con radiante expresión.

Hubo un silencio de estupefacción. ¿Qué quería decir Tala? Sonaba algo loco y desde luego tenía un aspecto singular a la luz de la linterna, moviendo la cabeza de arriba abajo sin cesar.

—No entiendo —dijo Jack—. ¿Cómo salvaste a todo el mundo?

—Tala recuerda en este momento. Barco ya aprisa, aprisa, aprisa... llega ruido grande... agua cayente cerca. Entonces Tala ve dónde acantilado se abre... Tala hace virar barco... pam, pum... casi caer..., ¡ahora aquí!

Hubo otro silencio de asombro. Todos los niños miraron a Tala, y hasta el propio «Kiki» le atisbo, asombrado tras la cabeza de Jack.

—Pero, Tala... no podía ver una abertura en el acantilado..., ¡estaba demasiado oscuro! —protestó Jack, por fin.

—Sí, sí —intervino la voz de Ula, que se hallaba junto a Jorge—. Ula ver agujero grande también... agujero grande en pared. Tiene buenos ojos para oscuridad. Tala también.

—¡Caramba! —exclamó Jorge—. ¡Yo no vi nada en absoluto! Pero supongo que Tala habría estado mirando en busca de una abertura y descubrió ésta justamente a tiempo. ¡Debe de tener ojos de gato!

—Ojos de Tala buenos, muy buenos —asintió el indígena, encantado del interés que había conseguido despertar—. Tala ver mucho, mucho. Tala salvó a todo el mundo. Tala buen hombre.

Pareció como si estuviese a punto de estallar de orgullo de ser tan «buen hombre». Jack alargó la mano y le dio una palmadita en la espalda.

—Tala, ¡eres una maravilla! —le dijo—. ¡Chócala! La idea le llenó al indígena de enorme delicia. Estrechó solemnemente la mano de todos, hasta la de Ula, y quedó la mar de halagado cuando «Kiki» se inclinó también, y le ofreció la pata.

—¡Dios salve a la reina! —dijo el loro, en el tono más pomposo de que fue capaz. Y soltó una tos hueca, convencido de que aquella debía ser una ocasión solemne.

—¡Conque eso fue lo que ocurrió! —exclamó Jack, repartiendo más bocadillos

—. Bueno, pues sea esto un sueño o no... ¡y confieso que aún no estoy muy seguro de que no lo sea!... es bastante emocionante. Acabemos de comer y exploremos un poco luego. ¡A lo mejor hemos salido de la sartén y hemos caído en el fuego!

—¡Troncho! ¡Dios quiera que no! —respondió Jorge, mirando a su alrededor—; pero no puedo decir que tenga demasiadas esperanzas.

Capítulo XXI

Gran emoción

Al cabo de unos diez minutos, todos se sentían lo bastante animados para querer saltar de la canoa y explorar la caverna en que se encontraban. No formaba parte de la garganta —eso estaba bien claro— porque el rocoso techo se cerraba por encima de ellos, a cosa de tres metros de su cabeza. Las lámparas de bolsillo permitían verlo.

—Es una caverna grande que da a la garganta por la que pasa el río al ir a despeñarse por la cascada —dijo Jack.

—Tala ver una, dos, tres, más —anunció el indígena, moviendo la cabeza en señal de asentimiento—. Barco las pasa aprisa. Tala no para.

—Ya. Sí, seguramente habrá la mar de cavernas por los lados de la garganta. Lo importante, sin embargo, es lo siguiente: ¿son cavernas simplemente? O... ¿conducen a alguna parte?

—Tendremos que averiguarlo —dijo Jorge—. Ahora, antes de que ninguno de nosotros salga de esta canoa, hacedme el favor de asegurarnos de que lleváis todos vuestra «lámpara de bolsillo». Dejaremos la linterna encendida a bordo. Así podremos verla y regresar a la embarcación sin dificultad. Pero, por el amor de Dios, no nos separemos si es posible evitarlo.

Tala había puesto la embarcación cerca de una repisa al lado izquierdo de la caverna, amarrándola a un saliente. Le espantaba la posibilidad de que la canoa flotase hacia el centro del lago y se viese arrastrada por la corriente hacia el río otra vez.

Los seis saltaron a la repisa. Tala llevaba una potente lámpara que hallara a bordo y barrió con su luz la gruta. Ésta se extendía acantilado adentro, perdiéndose su fondo en la oscuridad.

—Quizás este lago se prolongue hacia dentro y se convierta en una especie de río subterráneo —sugirió Jack, esperanzado.

—¡Qué ilusiones! —dijo Jorge—. ¡Si ni siquiera vemos salida para nosotros, cuanto menos para el barco! Eres demasiado optimista, Jack. Frena un poco, o te pasarás el tiempo despertando falsas esperanzas.

—Dejad que diga lo que quiera —intervino Lucy, moviendo su lámpara—. ¡Siento la necesidad de escuchar todo el optimismo posible en este sitio tan horrible!

Ula iba delante de todos, gateando por uno y otro lado con una lámpara que apenas daba luz. Pero parecía ser capaz de ver en las tinieblas. Jack le llamó:

—¡Anda con cuidado, Ula! ¡Te caerás al agua y no sabes nadar!

—Señor saca a Ula si cae —le respondió el niño alegremente—. Valeroso señor, salva Ula.

Aquello les hizo reír a todos. Subieron y bajaron por uno y otro sitio, examinándolo todo con las lámparas, e internándose cada vez más por la cueva.

El agua penetraba por un ancho canal, con una repisa rocosa a cada lado. La gruta se hacía más estrecha hacia el fondo. Ula, que seguía yendo el primero, dio un grito:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Aquí hay un túnel!

Todos sintieron que la excitación se apoderaba de ellos. ¿Un túnel? Entonces, a alguna parte conduciría.

Gatearon hacia donde estaba Ula. Tenía razón. En el centro del fondo de la caverna, el agua se perdía por un estrecho túnel, negro como boca de lobo y misterioso.



—¿Podríamos meter el barco por aquí, Tala? —preguntó Jorge, excitado.

Tala sacudió la cabeza negativamente.

—Mucho peligroso —repuso—. ¿Barco encalla? ¿Agua para? ¿Barco hace agujero? No, no. Seguimos. Ver más.

—Bueno, pues... vamos —dijo Jorge, que había abrigado la maravillosa esperanza de hacer navegar la canoa por el subterráneo túnel hasta salir a la luz del día por otra parte.

Sabía que Tala tenía razón, claro. Era preciso que llevasen más lejos su exploración antes de mover el barco.

El túnel continuaba, torciendo a veces a derecha e izquierda. En ocasiones se ensanchaba y, en otras, se hacía más estrecho. Algunas, el techo se alzaba tanto que se perdía de vista; otras, bajaba tanto, que parecía hallarse a un par de centímetros de su cabeza tan sólo.

—Podríamos traer el barco hasta aquí, por lo menos —le dijo Jack a Jorge—. Hola..., ¿qué le sucede a Ula? ¡Está allá delante, chillando como un endemoniado!

Ula gritaba de excitación.

—¡Ven! ¡Ven, ven, señor!

Jack y Jorge se dieron toda la prisa que pudieron, aunque no podía ser mucha en aquel túnel rocoso y resbaladizo, con el agua abajo.

Encontraron a Ula presa de gran excitación. Estaba atisbando por un agujero irregular abierto en la pared del túnel.

—¿Qué ocurre? —inquirió Jorge, echándole a un lado.

—¡Ladrillo! —dijo Ula—. ¡Ladrillos antiguos!

Jorge metió la lámpara de bolsillo por el agujero y vio algo que, en verdad, resultaba singular ver allí.

¡La luz iluminó lo que parecía ser parte de una pared de ladrillo! Pero, ¡no era posible que lo fuese! ¿Quién iba a construir con ladrillos debajo de tierra y por qué?

—Parece como si alguien los hubiese puesto al otro lado de este agujero para esconderlos —dijo Jorge.

—O ¡quizá sea parte de una pared construida por algún pasadizo subterráneo! —sugirió Jack—. Quizá la pared pasara por el lado de este agujero, pero no se construyese con el propósito de ocultarlo.

—Sí; pero, ¿por qué había de construirse una pared aquí? —quiso saber Jorge—. Es muy singular. Tala, ven aquí. ¿Qué opinas tú de esto?

Tala se adelantó. Iluminó el agujero y los ladrillos con su potente lámpara.

—¡Ah! —dijo—. Ladrillos viejos. Muy, muy viejos. Tala ver ladrillos como éstos antes. El padre de Tala los sacó de muy, muy hondo excavando.

—¡Zumba! —exclamó Jack, con sobresalto—. Así pues, parece como si se tratase de un lugar en que la gente de hace siglos construyera tumbas para sus reyes y sus reinas. Eran construcciones muy grandes, ¿verdad? Debajo de tierra, a gran profundidad... con pasadizos que conducían a ellas.

—Más vale que leamos algunas páginas de esos libros que Uma tiene en el barco —dijo Jorge—. Regresemos a ver si podemos descubrir algo acerca de este lugar. Esa gran catarata debe estar señalada, por ejemplo.

Tala se metió en el agujero y pegó a los ladrillos con la mano abierta. Con gran asombro de los niños, éstos se derrumbaron, convertidos en polvo.

—¡Tala listo! Tala ver a padre hacer lo mismo. Tala recuerda —anunció el indígena, en son de triunfo—. ¡Ay, ay! Ahora, ¿qué haces tú, Ula, hijo de un mono?

Ula había empujado a Tala a un lado con brusquedad, pasando por delante de él y dejándole sin aliento. Saltó por la desmoronada pared y se puso de pie al otro lado, con la potente lámpara de Tala en la mano.

—¡Aquí, aquí! ¡Un camino hay aquí! —gritó muy excitado—. ¡Ula va!

—¡Vuelve acá, idiota! —aulló Jorge—. ¡No te separes de nosotros! ¡Ula, obedece!

Ula había desaparecido ya, pero regresó al instante.

—Ula aquí, señor —dijo con voz sumisa.

Jorge le dirigió una mirada severa. Luego Jack y él se metieron también por el agujero, seguidos de cerca por los demás.

Sí, Ula tenía razón. Allí había un pasadizo subterráneo. ¿Conducía a las tumbas antiguas? ¿Lo habría descubierto alguna otra persona? Quizá fuese el sótano de algún templo... o de algún palacio.

—Vamos. Bajemos por él —dijo Jack—. Esto es emocionante a más no poder. No os separéis ninguno. «Kiki», deja de saltarme encima del hombro. Me estás haciendo cosquillas con las plumas. ¡Estáte quieto!

—¡Estáte quieto! —replicó «Kiki» a voz en grito—. ¡«Estáte quieto»!

Luego todos se pararon en seco, con un susto mayúsculo. Una voz gigantesca repitió a su alrededor:

—¡Estate-quieto, estate-quieto! ¡«Estate-quieto, estate-quieto»!

Lucy asió del brazo a Dolly, asustándola aún más. Jack se sobresaltó al principio, y luego se echó a reír; e inmediatamente, su risa dio vueltas y más vueltas y volvió a él, misteriosa y llena de desdén:

—¡Ja-ja-ja-ja-ja...!

—No es más que el eco —anunció el niño, bajando la voz para que no repercutiese de nuevo—. ¡Me hizo dar un brinco al principio! Desde luego, ha servido para dejar a «Kiki» mudo.

Pero, en aquel instante, «Kiki» alzó la cabeza y soltó una de sus carcajadas. E, inmediatamente, todos se taparon los oídos de horror. El eco se oyó en seguida, sonando como un centenar de burlones gigantes que se rieran a coro.

—¡Por el amor de Dios, «Kiki»! —exclamó Lucy—. ¡No vuelvas a hacer eso!

—Vamos —dijo Jack—. ¿Estamos todos aquí? ¿Dónde está Ula?

Pero el niño había desaparecido. No se veía de él ni el menor rastro.

—¡Maldita sea tu estampa! ¿Dónde está? ¡Es necesario que no nos separemos!

—¡Separemos! —gritó el eco—. ¡Separemos!

—¡Oh, cállate! —exclamó Jack, furioso.

Y el eco repuso:

—¡Cállate-cállate-cállate!

Ula asomó por detrás de una roca. Estaba la mar de asustado, porque jamás había oído un eco hasta entonces.

—Vamos, tonto —dijo Jorge, no sin cierta bondad—. No te separes de mi lado.

¡No permitiré que te coma el eco!

Bajaron por el camino en declive. Estaba vacío. Las paredes eran de ladrillo y, aquí y allá, también se había construido un arco del mismo material.



—Adobes —dijo Jack—. Y no tienen exactamente la misma forma que nuestros ladrillos..., se parecen más a barras de pan con la parte de arriba redondeada. Hola..., aquí hay una puerta grande. ¿Podremos franquearla? Supongo que estará cerrada con llave.

Miles de años antes, no sólo había estado cerrada con llave, sino sellada, porque el antiguo sello aún pendía allí, aguardando pulverizarse. Jack empujó con cuidado la enorme puerta tallada. Y con gran horror suyo, se desmoronó en pedazos, exhalando al caer como un suspiro. ¡Estaba completamente podrida!

¿Qué habría al otro lado? Jorge encendió su lámpara y no vio más que una pared desnuda de roca. Luego la luz iluminó otra cosa también; unos escalones de piedra que descendían hacia las entrañas de la tierra.

Para entonces, el grupo estaba tan excitado que nada hubiese podido impedir que continuasen explorando.

—Vamos..., ¡bajemos! —dijo Jorge. Y puso el pie en el primer escalón—. ¿Está

todo el mundo aquí? Seguidme con cuidado. Es muy pendiente la escalera. ¡Ésta es la mejor aventura que hemos corrido jamás!

Capítulo XXII

Se aclara el misterio

Antes de que pudiese bajar al segundo escalón Jorge, alguien le pasó por delante, casi haciéndole caer. La voz de Ula gritó:

—No, señor, no. Peligro aquí, señor. Ula va primero, señor. ¡Ula va primero!

Y se puso a bajar antes de que Jorge tuviese tiempo de agarrarle.

—¡Vuelve acá! —gritó Jorge, enfadado de veras—. ¿Me has oído, Ula? ¡Vuelva acá! ¿Qué te has creído que estás haciendo?

—¡Ay, ay! —sonó un quejumbroso grito. Y se oyó, a continuación, una serie de golpes—. ¡Ay, ay!

—Se ha caído —dijo Jack, alarmado—. ¡Si será estúpido! ¡Los escalones pueden estar tan podridos como la puerta ésa! ¿Qué hacemos ahora?

Tala gritó:

—Tala va traer cuerda. Cuerda en barco. Tala marcha ahora.

No parecía haber otra solución. Jorge le gritó a Ula:

—¿Te has hecho daño?

—Ula no daño. ¡Zas-pum-zas! Ula vuelve a subir, señor.

—¡No lo intentes! ¡Podrías caer a una distancia aún mayor la próxima vez! —le gritó Jorge.

—¡Troncho! Pues esa caída te la ahorró a ti, desde luego. Jorge —dijo Jack—. Menudo batacazo te hubieses dado. Fuimos unos imbéciles con no pensar en eso.

—Sentémonos mientras aguardamos a Tala —sugirió Dolly—. Pobre «Kiki», no te gusta esto, ¿verdad? ¡Has perdido la lengua!

Charlaron mientras aguardaban al indígena. Estaban todos decididos a seguir adelante. En primer lugar, tenían que descubrir una salida. Jack quería regresar pasillo arriba para ver si conducía al aire libre por encima de ellos, pero Jorge dijo firmemente que no.

—Sería idiota ahora —dijo—. Quedaríamos separados del todo entonces... Ula ahí abajo... Tala en el barco... y nosotros explorando por otro lado. Lo principal en estos momentos es no perder el contacto. Ah, ¿es Tala? ¡Merece una medalla!

Era Tala, con la cuerda que había ido a buscar. También se le había ocurrido cargar con un gancho de abordaje, cosa muy sensata por su parte.

—¡Va una cuerda, Ula! —gritó Jorge.

Tala metió el garfio en el saliente de una roca. Ató a él la cuerda y luego, ayudado por Jorge, descolgó el delgado, pero fuerte cabo, por la escalera. Ula la sintió resbalar contra él y la asió con las dos manos. Tirando Tala y Jorge y agregando sus propias fuerzas, no tardó en llegar arriba.



—Bueno, gracias por caerte en mi lugar —dijo Jorge, dándole una palmada en la espalda—. Pero no vuelvas a hacerlo.

—Ula guardar a señor —fue lo único que tuvo que decir el muchacho.

Jorge se volvió a hablar con los otros.

—Bueno, ahora que lo hemos discutido todo, estamos de acuerdo en que lo mejor que podemos hacer es regresar a la canoa, comer algo y descansar. ¿Qué hora es? Las seis y media... ¡Troncho, no, que son las ocho y media! ¡Parece imposible!

—¿Las ocho y media de la noche? —exclamó Lucy, consultando su propio reloj para asegurarse—. Sí que es verdad. Claro, cuando está tan oscuro siempre, es muy difícil saber qué hora es.

—Más vale que comamos y nos echemos a dormir hasta mañana, y no que nos limitemos a descansar —exclamó Jack—. Nos sentiremos todos refrescados por la mañana. Y, entonces, ¿qué haremos, Jorge?

—Desayunamos como es debido... estudiamos los libros que hay a bordo por si descubrimos algo acerca de este lugar y obtenemos una idea del lugar en que nos encontramos —contestó Jorge—. Luego nos atamos cuerdas a la cintura, cada uno de nosotros se carga con un buen paquete de comida, y nos ponemos en marcha.

—Bien, señor —dijo Jack.

Y con ello les hizo reír a todos.

—¿Se le ocurre otra cosa a alguno? —inquirió Jorge.

A nadie se le ocurrió nada, conque emprendieron el camino de regreso. Salieron por el agujero de la pared, recorrieron el túnel, y llegaron a la cueva donde la canoa se mecía en el lago subterráneo.

Comieron todos y «Kiki» zampó tanto, que le dio hipo.

—¡Hip! ¡Perdón! ¡Hip! ¡Perdón! Métete en el rincón.

—Sí, ahí es donde debieras ir —asintió Jack—. ¡Qué pájaro tragón eres! ¡Vergüenza había de darte!

—Busquemos esos libros ahora y echémosles una mirada —dijo Dolly una vez terminada la comida—. No tengo ni pizca de sueño. Me siento muy excitada en realidad. Ojalá pudiésemos estar seguros de que mamá y Bill se encuentran bien.

—No creo que tengamos mucha necesidad de preocuparnos estando Bill con ella —dijo Jack—. En trances más apurados se ha visto él en otras ocasiones. Yo creo que Uma se ha limitado a esconderlos mientras termina el trabajo que está haciendo..., algo que nada tiene que ver con Ciudad-Cine a buen seguro.

—¿Recordáis cómo fingió estar interesado en arqueología, edificios antiguos y todo eso? —dijo Dolly—. ¡Creyó poder despistar así a Bill!

—Bueno, pues fuera fingimiento o no, tiene aquí unos libros la mar de interesantes —anunció Jorge, que los tenía todos extendidos ya sobre cubierta delante de él—. Tomad uno cada uno... y a ver si lográis seguirle la pista a este Río de Aventura en algún mapa, si es que encontráis alguno. No olvidéis que figurará con el nombre de Abenchura.

Ni Tala ni Ula tomaron un libro. No tenían la menor idea de cómo leer libros de aquella clase. Más aún, Ula no sabía leer ni en aquéllos ni en ninguno.

—¡Aquí hay un mapa! —exclamó Dolly, de pronto—. ¡Ooooh! Y muy bueno por cierto. Mirad, está plegado dentro de la tapa de este libro grande. ¡Por eso no lo habíamos visto antes!

Lo miraron todos. Jack soltó una exclamación:

—Trae el río —dijo—. Mirad... recorre toda la página. Eso es magnífico. Río de Abenchura... ése es. Ahora, busquemos los pueblos que hemos ido pasando.

—Aquí está Ala-u-iyá —dijo Lucy—. Es un nombre muy bonito en mi opinión. Y me gusta su significado también... ¡El Arco de Reyes!

—Sí, y aquí está Ulabaid, donde fuimos a ver ese templo y se asustaron los niños al ver la serpiente de Jorge —anunció Dolly, señalando.

—Y Chaldo, miradlo... donde ese horrible señor Uma secuestró a Bill y a mamá —dijo Jorge—. Y donde nos apoderamos de su canoa, Y aquí Hoa, donde nos aprovisionamos de agua y pan.

Siguieron el curso del río página abajo, pasando sus dedos por encima del nombre de los pueblos que no conocían. Estaban buscando el pueblo de Uti, al que probablemente habría llevado Uma a Bill y a su esposa.

—Aquí está —dijo Jack—. Así, pues, sí que lo pasamos de largo. Mirad, está donde el río empieza a ensancharse. Estábamos en medio del río entonces, y no lo vimos. ¡Maldita sea! ¡Pasamos sin verlo! ¡Mirad cómo se ensancha el río en el mapa!

Estaban siguiendo la curva del río con gran interés. Jorge soltó una exclamación:

—Sí que se divide —dijo—, ¡ya me parecía a mí! Fijaos, se parte en tres. Uno de los ramales fluye hacia oriente, el otro continúa hacia el sur... y el tercero no es más que una línea delgada..., ése debe ser el que nosotros seguimos. Sí que lo es.

Todos miraron. El tercer ramal del río se llamaba simplemente «Teo Gra» que, según Tala significaba «Garganta Profunda o Túnel». Acababa bruscamente en el mapa. Parecía la mar de extraño.

—¡Es curioso! ¿Adónde irá a parar el agua de la garganta? —murmuró Jorge.

—Se perderá bajo tierra seguramente —observó Jorge—. Después de todo, casi se puede decir que iba ya por debajo de tierra cuando nos metimos en la caverna. Después de catarata, quedará ya bajo tierra del todo. ¡Troncho! ¡Cuánto me alegro de que no tuviésemos que acompañarle! ¡También hubiésemos desaparecido todos nosotros entonces del mapa!

—Bueno, hemos aclarado el misterio de la división del río, por lo menos —dijo Jorge, satisfecho—. Ahora intentemos averiguar qué ciudades o templos subterráneos, o tumbas, hay por los alrededores. ¿Hay algo marcado en el mapa?

—No —respondió Jack—. Escucha una cosa..., vamos a buscar Ala-u-iyá, Arco o Entrada de Reyes en alguno de estos libros. Quizá nos digan algo del distrito en que se encuentra la garganta.

Buscaron Ala-u-iyá. La mayoría de los libros decían lo mismo: que aquella región era rica en palacios y tumbas y que sólo una pequeña parte había sido objeto de excavación.

—Escuchad esto —dijo Jack, de pronto. Y empezó a leer—. «Se sabe que en el territorio de los alrededores de la extraña y misteriosa “Garganta Profunda” hubo en otros tiempos un magnífico templo, que rebasaba en mucho en belleza a todo otro templo de su época (hace cosa de siete mil años). Se han hecho continuamente excavaciones, puesto que es probable que se hallen allí los hallazgos más importantes de la historia de la arqueología, además de encontrarse tesoros incalculables. El templo se construyó en honor de una diosa muy querida, a la que durante muchas generaciones le fueron llevados los presentes de reyes y nobles. Éstos seguramente se colocarían en las cámaras subterráneas del templo, quedando selladas. No se sabe si habrán logrado localizarlo y saquearlo merodeadores durante los mil años que hace que la historia perdió al templo en cuestión de vista».

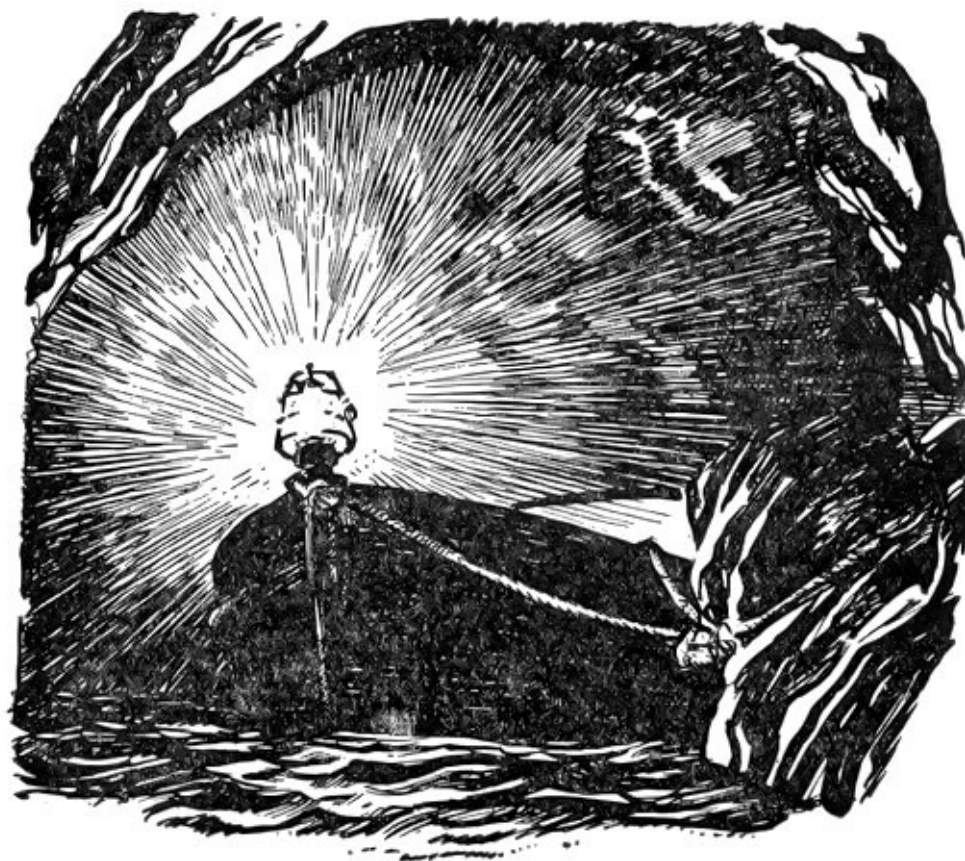
—¡Oí! —exclamaron Jorge y Dolly a coro—. ¿Creéis que es cierto eso?

—Hombre..., éste es un libro muy serio y muy solemne —replicó Jack—. Supongo que no se meterá a contar fábulas... sino simplemente lo que es cierto, o lo que es probable que sea cierto.

—¿Y ese extraño pasadizo que encontramos... y los escalones que bajan desde

esa puerta antigua? —preguntó Lucy, casi sin aliento por la emoción—. ¿Es posible... es posible que hayamos encontrados nosotros la entrada a algún templo antiguo o palacio... escondidas sus ruinas bajo el polvo de millares de años?

—Es posible —asintió Jack—. Después de todo, ¡la entrada que encontramos nosotros no es la usual! No supongo que haya entrado nadie en esta caverna antes. ¿Cómo pueden haber entrado? Nadie que tuviese sentido común se introduciría jamás por la garganta en una embarcación. Tampoco lo hubiésemos hecho nosotros de haber estudiado el mapa y haberlo visto marcado.



—Y otra cosa —dijo Dolly—. Apuesto a que esta garganta no era tan profunda entonces. Hacen falta muchos siglos para hacer un desfiladero hondo, tallado en la propia roca como éste. Supongo que esos miles de años antes, la garganta apenas tenía profundidad alguna... quizá no fuese siquiera garganta... y, por consiguiente, la entrada a la caverna no hubiese estado por encima del agua como lo está ahora: se encontraría muy por debajo. No hubiese podido nadie entrar en ella.

—Dolly tiene razón —asintió Jorge—. El lecho del río se hallaría a nivel superior al de esta caverna en aquellos remotos tiempos. Eso significa que nosotros hemos descubierto una entrada subterránea a las ciudades antiguas que pueda haber por aquí que nadie ha encontrado jamás antes.

Aquello resultaba sorprendente. Se miraron unos a otros, presa de una excitación vivísima. Y, de pronto, un brusco ruido les hizo dar un brinco de sobresalto. Era el pobre Tala, tan cansado, que se había quedado dormido y roncaba, aun en mitad de

tan interesante conversación.

—Más vale que procuremos nosotros dormir también —dijo Jack, riendo—. ¿Sabéis que es medianoche ya? Deja la linterna del barco encendida. Jorge. Puedes bajar un poco la mecha..., pero ¡estoy seguro de que todos nos sentiremos más felices si tenemos lamparilla de noche!

No tardaron mucho en quedarse todos profundamente dormidos, y la amortiguada luz no reveló el menor movimiento a bordo, salvo el de la serpiente de Jorge, que se le escapó de debajo de la camisa y se puso a buscar algo de comer.

Nada encontró, y tuvo que volver al calor de la camisa de Jorge hambrienta aún. Volvió a instalarse cómodamente y, después de aquello, ya no se oyó nada salvo una serie de respiraciones acompasadas, y el constante y amenazador rugido del torrente a la entrada de la gruta.

Capítulo XXIII

Una visión sorprendente

Dolly fue la primera en despertarse y encender la lámpara de bolsillo. ¡Las ocho menos cuarto! ¡Cielos! Despertó inmediatamente a los otros y se incorporaron todos, bostezando y entumecidos. Tala subió la mecha de la linterna. Miró a su alrededor para asegurarse de que todos estaban bien.

—¡Ay, ay! —exclamó—. ¡Ula ido!

—¡Que se ha ido! ¡No es posible! —exclamó Jorge.

Y en aquel mismo instante Ula entró en la caverna desde fuera, chorreando agua.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Jorge, con severidad—. Estás mojado. ¿Te caíste al agua? ¡No sabes nadar!

—No, señor. Ula no caer —repuso el niño—. Ula va ver agua cayente. Ula va a ver cosa maravillosa.

—¡Ahora sí que me has dejado de piedra! ¡Si serás bribón! ¡Hubieras podido matarte! ¿Cómo fuiste?

—Ula enseña, señor —respondió él con avidez—. ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Señor viene? ¡No peligro, señor!

Corrió por la repisa de la caverna y se detuvo a la entrada. Se volvió, llamando con un gesto, radiante el rostro.

—Ven, señor. Ula enseña.

—Bueno, iremos a ver lo que quiere decir —anunció Jack, sintiéndose invadido por una oleada de excitación.

¡Qué cosa de ver! ¡El agua despeñándose desde la garganta, arrojándose por el borde del precipicio y desapareciendo bajo tierra!

Ula llevaba su lámpara de bolsillo porque, aunque era de día, penetraba muy poca luz por entre los elevados acantilados. Tala descolgó la linterna del barco y se la llevó, experimentando la misma excitación.

El rugido de las aguas aumentó enormemente cuando se aproximaron a la entrada. Fuera había una ancha repisa rocosa, un poco más alta del nivel que ofrecían aquellas turbulentas aguas.

—¡Seguir Ula! —exclamó el niño—. No peligro. Ir más alto pronto.

El agua pulverizada que se alzaba del río un metro por debajo de ellos, pronto les empapó. La repisa iba subiendo paulatinamente y era, desde luego, lo bastante ancha para que no les estorbara.

A los pocos pasos había alcanzado una altura de cerca de cuatro metros y ahora la luz del día era mayor. Los niños apagaron las lámparas y se las metieron en el bolsillo para que no les molestaran.

El rugido fue creciendo en volumen, y les martilleó dolorosamente los tímpanos. Ula continuó conduciéndoles en dirección ascendente y de pronto se detuvo con dramático gesto.

—¡Aquí, señor! —gritó, perdiéndose su voz en el fragor de las aguas—. ¡Río ido!

Los seis se agruparon sobre una pequeña plataforma natural, y miraron hacia abajo. El suelo de la garganta terminaba bruscamente a sus pies, cayendo en vertical acantilado de roca a centenares de pies de profundidad. Por este borde se vertían las tumultuosas aguas en una masa de espuma y de pulverizadas partículas, que caía y caía sin que fuera posible ver hasta dónde, porque el fondo se perdía en las tinieblas.

Allá abajo, abajo, extrañas luces danzaban cambiantes, como minúsculas partículas de un arco iris, brillando y centelleando. Era una visión singular y magnífica y ninguno dijo una palabra mientras la contemplaban, pues realmente era maravillosa.

El agua pulverizada saltaba tan alta, que descendía sobre la plataforma rocosa en que se hallaban, calándoles vez tras vez. Pero nadie se dio cuenta. Eran todo oídos y ojos al disfrutar de lo que debía ser una de las vistas más asombrosas del mundo.



La garganta en sí continuaba, pero no había agua en ella más allá de este lugar.

Todo el gran torrente del río se precipitaba por aquel enorme agujero sin fondo, desapareciendo en las entrañas de la tierra. Aquél era el fin de la corriente que pasaba por Teo Gra, la llamada Garganta Profunda.

—¿Adónde irá a parar? —murmuró Lucy, más admirada de lo que jamás se sintiera en su vida.

«¡Y pensar que nuestra embarcación hubiese podido lanzarse por aquí de no haber visto Tala la caverna!», pensó Jorge.

Y tembló hasta el alma.

«¡Cuan hermoso! —pensó Dolly—. Esos arcos iris rotos... ¡jamás los olvidaré mientras viva!».

«¡Increíble! —pensó Jack—. ¡Completamente increíble!».

Tala pensó que era hora ya de regresar al barco. ¿Durante cuánto rato estarían aquellos niños allí boquiabiertos? Él, Tala, tenía hambre, y el agua no constituía una comida. Tiró dulcemente de la manga a Jack, pues era hora de advertírselo.

Éste se volvió, asustado. Tala le acercó la boca al oído.

—Regresamos, ¿sí?

—Supongo que sí —contestó Jack, aunque igual hubiera podido pasarse allí todo el día.

Le dio con el codo a Jorge, y todos se pusieron en marcha, regresando por la repisa a la caverna tomando toda clase de precauciones.

Guardaron silencio un buen rato.

—Me siento igual que si hubiese estado en la iglesia —dijo Lucy, expresando lo que todos sentían—. Era tan... tan impresionante, ¿verdad?

A «Kiki» no le había gustado el agua pulverizada, ni pizca, y no había visto la cascada. Se había escondido debajo de la chaqueta de lona de Jack, asustado del ruido y huyendo de las partículas de agua. Ahora se alegraba enormemente de estar de vuelta en la canoa, viendo abrir, ante sus propios ojos, una lata de pina.

El desayuno fue una comida inesperadamente alegre. Todos se rieron una barbaridad y Ula se sobrepasó a sí mismo riéndose tanto de «Kiki», que llegó a caerse por la borda. Afortunadamente, cayó sobre la repisa rocosa y no se hizo daño.

Empaquetaron toda la comida posible una vez hubieron terminado, y la ataron con unos cordeles después de envolverla en periódicos viejos. Tala se colgó dos latas de jugo de limón al cuello, y Ula fue muy cargado también.

—Bueno..., ¿lleva todo el mundo su lámpara? ¿Lleva todo el mundo su paquete de comida? ¿Está todo el mundo completamente seguro de que se mantendrá en contacto con el que vaya delante? —quiso saber Jack antes de iniciar la marcha.

—Sí —respondieron todos al unísono, hasta el propio «Kiki».

—¿Llevas cuerdas a la cintura, Tala?

—Tala lleva cuerdas —asintió Tala—. Y garfio. ¡Y Tala lleva también palito y horca pequeña!

Así era, en efecto. Lo llevaba todo atado con cordeles a una u otra parte de su

persona. Había querido llevarse una pala también; pero todas las palas eran pesadas y no parecía posible ir cargado con una todo el tiempo, a pesar de lo fuerte que era el indígena.

—Llevas tanto como un camello —dijo Jorge riendo estrepitosamente.

—Ula lleva como camello también —dijo inmediatamente el niño, celoso de que su señor le dirigiera alabanza alguna a Tala.

—Oh, Ula carga como dos camellos —aseguró Jorge, volviéndose a reír.

Y el niño se sintió feliz en seguida.

—Bueno, pues supongo que hemos de decir adiós a este barco —dijo Jorge, mirando a su alrededor.

Se detuvo y recogió algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Dolly.

—Oh, una idea mía nada más —respondió el muchacho.

Arrancó una hoja o dos de uno de los libros de Uma, y se las metió en el bolsillo.

—Son unas hojas del señor Uma —explicó—. Si a él le parecieron lo bastante importantes para señalarlas, más vale que nos las llevemos. Cualquiera sabe; ¡a lo mejor resultan de utilidad!

Echaron a andar por la pequeña repisa y llegaron por fin al agujero, tras el cual se hallaba la pared de ladrillos que la mano de Tala había desmoronado al tocarla cuando lo descubrió.

Pasaron por él y se encontraron en la galería. La oscuridad poblaba su alrededor donde no alcanzaba la luz de sus lámparas.

—Más vale que exploremos este corredor en dirección ascendente, para asegurarnos de si podemos salir por ese lado antes de explorar la escalera que descubrimos —dijo Jack—. Supongo que esta galería conduce al nivel de tierra.

—¡Así lo espero, por lo menos! —aseguró Jorge—. Aunque tengo mis dudas. De existir una salida por arriba, ¿no la habría encontrado alguien ya y entrado por ella? Y, sin embargo, la puerta sellada que se deshizo al tocarla, estaba intacta cuando la encontramos.

—Sí... y eso parece indicar que nadie ha bajado por aquí desde que la instalaron —observó Dolly—. Bueno..., ¡subamos ya!

Subieron, iluminando con las lámparas de bolsillo el camino. Pero, después de haber ascendido un trecho, se detuvieron de pronto. Se encontraron ante una pared de piedra que cerraba por completo el paso.

¡Aquella pared no estaba construida de adobes que se deshicieran al simple contacto! Estaba construida de sólidos bloques de piedra, colocados en hileras, uno encima del otro. Ahora se comprendía por qué no había entrado nadie por allí. En alguna época, alguien había ordenado que se construyera el muro aquel, para impedir el paso a lo que se hallara debajo.

—Es inútil —dijo Jorge, sintiendo algo de frío en el corazón—. No hay salida por ese lado. Más vale que descendamos otra vez... Hasta esa escalera de piedra. ¡Quizá

ella nos conduzca a alguna parte!

Capítulo XXIV

Un hallazgo extraño y maravilloso

Jack miró a Jorge a la luz de la lámpara. Éste contrajo los labios en sombría mueca: ¡en buena situación se encontraban! Indicó a las niñas con un movimiento de cabeza, advirtiéndole a Jack que no las asustara. Éste asintió con un gesto.

Bajaron por el corredor hasta donde había estado la podrida puerta. Llegaron a la escalera. Aun cuando los escalones eran de piedra, se habían desmoronado los bordes, lo que explicaba que hubiese resbalado Ula y caído. Aun así, no había caído hasta el fondo.

—Tala, tú y Jack sujetad el extremo de la cuerda —dijo Jorge, que había asumido ahora el mando—. Echad el otro extremo por la escalera... así. Ahora, yo lo agarraré y bajaré despacio, examinando los escalones y contándolos. Y, si llego a uno que esté deshecho, contaré el número para que cuando bajemos todos, vayamos con más cuidado al llegar a él.

—Buena idea —dijo Jack.

Tala y él sujetaron con firmeza la cuerda, y Jorge empezó a bajar. Tala impidió que Ula pasase y bajara el primero, o hubiera hecho exactamente lo mismo que la vez anterior. Se enfadó mucho; pero de nada le sirvió: tuvo que quedarse atrás.

Jorge bajó despacio y con grandes precauciones la escalera, contando a medida que lo hacía:

—Uno, dos, tres cuatro... el cuarto se desmorona, Jack... cinco, seis, siete, ocho, nueve... el noveno casi ha desaparecido... diez, once...

—¡Uno, dos, seis, cinco, diez! —gritó «Kiki», creyendo que era un juego de números—. Uno, dos, vaya por Dios; nueve, diez, me como un pez..., tres, cuatro...

—El número quince no existe... ni el dieciséis —cantó Jorge.

—Cuatro, nueve, quince, dieciséis —repitió Jack—. Grita un poco más, Jorge: cuesta trabajo oírte ahora que andas tan abajo.

—¡Bien! —gritó el otro, agarrándose fuertemente a la cuerda, por temor a dar un traspies—. ¡Estos escalones son la mar de pendientes! ¡Tendréis que ir con cuidado!

Siguió contando números; pero cuando llegó al treinta y nueve, apenas podían oírle la voz. Había habido tantos escalones en mal estado o desaparecidos del todo, que Lucy había tenido que buscarle un lápiz en el bolsillo a Jack y apuntarlos en su librito de notas.

—¡He llegado al fondo ya! —gritó Jorge.

—¿Qué? —quiso saber Jack.

—¡He... «llegado... al... fondo»! —repitió, gritando con todas sus fuerzas Jorge—. Que baje Dolly ahora. «¡Que vaya con cuidado!».

Dolly emprendió el descenso, los otros la oyeron ir contando y, a medida que iba llegando a un escalón malo, le gritaban un aviso. Pero Dolly los tenía todos en la memoria. Se las arregló divinamente, bien agarrada a la cuerda. Por fin se encontró al lado de Jorge.

Lucy bajó a continuación. Tenía más miedo que Dolly, y resbaló en el escalón decimoquinto. Pero el estar agarrada a la cuerda la salvó, y no tardó mucho en recobrar el equilibrio.

Luego fue Jack, con paso firme y seguro. Parecía larguísima la bajada. Los escalones eran muy pendientes a veces, y el agujero por el que bajaron no era muy ancho.

—Bueno, ya estamos nosotros cuatro aquí —dijo Jorge, encendiendo su lámpara—. ¡Tala! ¡Manda a Ula!

Pero bajó Tala en su lugar. Explicó que Ula quería ser el último en bajar y que no necesitaba la cuerda. La había tirado por la escalera una vez hubo llegado Tala abajo.

—Se caerá y se romperá una pierna —dijo Jack, irritado—. ¡Es un estúpido!

Pero aún no había terminado de hablar y ya estaba Ula a su lado, sonriendo a la luz de las lámparas. Sabiendo ya que muchos de los escalones se encontraban en mal estado había ido con cautela. Con los pies descalzos tenía tanta seguridad como un gato.

—Ula aquí, señor —le anunció a Jorge.

—Y ahora, ¿dónde vamos desde aquí? —se preguntó Jorge.

Dirigió la luz de su lámpara hacia delante. Había otro corredor allí, más estrecho que el de arriba de la escalera. Las paredes estaban hechas de la misma clase de ladrillo que vieron antes. Los niños no se atrevían a tocarlos, por si acaso se deshacían en polvo. ¡Tenía algo de horrible todo aquello!

Siguieron el pasadizo, que bajaba en pronunciada cuesta y llegaron a un arco, hecho de ladrillos también.

—Supongo que harían estos arcos de trecho en trecho para reforzar el techo de los corredores —dijo Jack—. Lo sorprendente es que no se hayan hundido algunos de ellos.

—Apuesto a que muchos de ellos sí que se han hundido —dijo Dolly—. Dios quiera que no estornude nadie mientras estemos aquí abajo... Me da la sensación que eso pudiera hacer que se nos viniese el techo encima.

—Calla —le ordenó con brusquedad Lucy—. También le tengo yo miedo a eso.

El corredor les condujo a una especie de habitación casi redonda, con una puerta al otro extremo. Los niños se detuvieron, barriendo la estancia con la luz. En un rincón había una pila de muchas cosas. Se acercaron a ella.

Pero, cuando se iban acercando, el eco de sus pisadas turbó el aire lo suficiente para que la pila se desmoronara en polvo, convirtiéndose en una pila menor. Pero una cosa permanecía intacta, sólida y brillante.

—¿Qué es? —preguntó Dolly, no atreviéndose a tocarla.

Jack la cogió con mucho cuidado. Centelleó entre sus manos.

—¡Un cuenco! —dijo—. ¡Un cuenco de oro! Cuajado de piedras, mirad, por todo el borde. El oro es una de las cosas que no perecen nunca ni pierden el color... ¡y este cuenco ha resistido a través de los siglos! ¿Verdad que es precioso?



Todos lo contemplaron con admiración y cierta sensación de respeto. ¿Qué edad tendría? ¿Tres, cuatro, cinco mil años? ¿Quién lo había usado? ¿Quién había tallado aquellos camellos a su alrededor? ¡Era bellissimo!

—No debe tener precio —observó Jorge, maravillado—. Debe de haber contenido ofrendas para algún dios o alguna diosa de los que aquella gente adoraba. ¡Troncho! ¡Esto es maravilloso!

—Jorge..., ¿tú crees... es posible que estemos cerca del templo perdido de esa diosa bien querida de la que leíste en el libro de Uma? —quiso saber Lucy.

—Yo creo que es muy posible —dijo Jorge, pasando la mano alrededor del cuenco—. Hasta cabe que nos estemos acercando al propio templo ahora... o quizás estemos debajo de él..., no lejos de las cámaras donde se almacenaban los presentes. ¡Troncho! ¡No, no es posible que nos sucediera una cosa así!

—¡Quizá..., quizá! —exclamó Dolly, casi ahogándosele la voz de excitación.

Ula y Tala estaban dando muestras de gran interés en el cuenco, sobre todo Tala.

—¡Bueno! —dijo, dándole un golpe al cuenco—. Tala conoce oro. ¡Esto es oro!

—Llévalo, Tala —dijo Jorge—. ¡Y Dios te libre de dejarlo caer! Y, ahora, ¿qué de esta puerta? Está sellada.

Ula corrió a ella y sacudió el gran sello. Se le quedó entre las manos. Jorge se acercó a la puerta y la empujó. Cedió ésta de pronto, cayendo hacia el otro lado y quedándose colgada y torcida y dejando un hueco lo bastante grande para que pudiesen introducirse todos en aquel departamento.

Y ahora era evidente que se hallaban en algún edificio viejo y poderoso. Había allí grandes habitaciones que comunicaban entre sí, algunas con puertas que habían caído reducidas a polvo; otras, sin rastro de puerta.

—Parecen enormes bodegas —dijo Jack, al iluminar sus lámparas compartimientos cuadrados de piedra, luego otros oblongos, después pasillos de comunicación..., era un vasto laberinto y por todas partes se veían extraños montones de casas inidentificables. Todo había perecido, salvo lo hecho de metal o piedra.

—Mirad..., aquí hay una estatuilla en un nicho hedió para ella —dijo Lucy.



Y la cogió. Estaba tallada en una piedra extraña, maravillosamente ejecutada, cincelada con primor hasta los pliegues del vestido. La miraron todos. ¿Qué edad tendría? ¿Cuántos siglos antes habría labrado algún artesano con delicia y amor durante semanas o meses para construirla? ¿Quién la había llevado al templo para

regalársela a la diosa? ¡No lo sabrían jamás!

Empezaron a examinar alguna de las cosas amontonadas. El oro siempre se distinguía bien, porque su color no se alteraba. ¡Y había mucho oro! Figurillas de oro, cuencos de oro, peines de oro, pendientes de oro, adornos de oro...

En una habitación cuadrada pequeña había espadas, cuajadas las empuñaduras de piedras preciosas. ¿Qué piedras? ¡Nadie lo sabía! Jack cogió un puñal de tallada empuñadura adornada de oro.

—¡Me gustaría éste! —dijo.

—No podemos llevarnos nada —anunció Jorge—. Salvo lo que demuestre el valor de nuestro descubrimiento.

—Bien. En tal caso, me llevaré este puñal —dijo Jack, metiéndoselo en el cinturón.

—Yo me llevaré este peine de oro. Me lo pondré en el pelo —anunció Dolly.

—Yo me llevaré esta imagen —declaró Lucy—. Ojalá pudiese ser mía de verdad... es muy hermosa. Pero, claro, estas cosas no pueden pertenecer nunca a una sola persona. Son del mundo entero, porque constituyen fragmentos de verdadera historia antigua.

—Has dicho exactamente lo que yo estaba pensando, Lucy —aseguró Jorge—. Yo voy a llevarme esta taza..., creo que es una taza, por lo menos. Es de oro. ¡Y fijaos en los toros que hay tallados a su alrededor! ¡Es maravillosa!

Siguieron adelante hasta llegar al fin de las cámaras de presentes. ¡Estaban aturcidos por los millares de cosas que habían visto! Allí no había entrado ningún merodeador, eso era evidente. En aquel lugar se encontraban tesoros que habían permanecido sin ser turbados a través de las edades que transcurrieron desde que llegaron al templo como ofrendas a la diosa.

—Señor, Ula quiere sol —le dijo el niño indígena a Jorge—. Ula no gusta oscuridad. No gusta este sitio.

—Bueno..., supongo que todos sentimos ganas de un poco de sol —respondió Jorge—. Pero, ¿ha visto alguien algún camino ascendente, alguna salida de estas cámaras subterráneas? Porque yo no he visto ninguna.

Capítulo XXV

¿Hay salida?

Habían estado todos tan absortos en los tesoros hallados, que se habían olvidado por completo de su peligro. Jack se sentó en un banco de piedra. Lo hizo con cuidado, medio temiendo que se desmoronara como antes otras cosas de aquellas cámaras. Pero era de piedra, y soportó, sin ceder, su peso.

—Tiene que haber habido una bajada a estas habitaciones —dijo—. Dos o tres bajadas seguramente, en vista de su extensión. ¿Ha visto alguien alguna escalera?

—Sólo aquella por la que bajamos —contestó Jorge—. Quizá fuese ésa la única entrada.

—No; yo diría que ésa era una entrada secreta empleada por los sacerdotes —dijo Jack—. Tiene que haber habido una entrada más corriente. Me imagino que el templo estaría encima mismo de esto. ¡Tiene que haber sido un edificio enorme!

—Sí; pero no te metas en la cabeza la idea de que continúa en pie, alzándose con magnificencia hacia el firmamento —dijo Jorge—. Estaba en ruinas hace miles de años, y pueden haberse construido otros edificios encima... ¡y aun otros encima de éstos! A lo mejor estamos a gran profundidad..., mejor dicho, seguramente lo estamos. Leíste trozos de estos libros de Uma en la canoa, ¿no? Nos encontramos en un lugar que hace tiempo se perdió y olvidó, y con el que hemos dado por pura casualidad.

Todos le escucharon en silencio. Lucy se estremeció. Hace tiempo... se perdió... olvidado... Éstas eran palabras tristes y que asustaban. Era raro pensar, por añadidura, que por encima de ellos pudiese haber ruinas de varios otros templos, también perdidos y olvidados.

—Quiero salir de aquí —dijo Lucy de pronto—. Estoy asustada ya.

—Vamos a comer algo —sugirió Jack en seguida.

Había observado que todo el mundo se sentía mejor después de una comida, hasta Lucy, cuya imaginación era más viva y sensitiva que la de todos los demás.

Conque se sentaron en una de las cámaras del templo, y animaron el secular silencio con su charla y sus risas, por que «Kiki» decidió tomar parte en el refrigerio y en la conversación también.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —le preguntó al sorprendido Tala—. ¡Suénate la nariz! Cuatro, seis, diez, ¿cómo está usted? ¡Límpiate los pies, pan, pan! ¿Quién llama a la puerta? ¡Aaaa-tichúuuu!

Imitó tan bien el estornudo, que Tala y Ula se le quedaron mirando, maravillados. Luego el loro ensayó varias clases de hipos y regüeldos, y Tala soltó una de sus carcajadas, que repercutió por la pequeña cámara de piedra de una manera tan

asombrosa, que hizo enmudecer a «Kiki». También turbó el montón carcomido de cosas que había en un rincón, y que se deshizo en polvo con aquel ruidito semejante a un suspiro que conocían ya tan bien los muchachos.

—Vaya, Tala, mira lo que tu risa ha hecho —dijo Jack, señalando—. ¡Harás que se nos venga todo encima como te rías de una forma tan ruidosa!

Tala quedó horrorizado. Observó el techo a la luz de su lámpara, como si creyese de veras que iba a caérsele encima. Ula miró también. Estaba muy callado y, evidentemente, muy asustado también. No se apartaba de Jorge.

Tala tiró el envoltorio de sus bocadillos.

—¡No, Tala! —dijo inmediatamente Jack—. ¡Recoge eso! ¡No hay derecho a ensuciar un sitio como éste con periódicos modernos!

Tala recogió el periódico, viéndosele bien claro en el semblante que creía a Jack completamente loco. Jorge se registró los bolsillos y sacó las dos o tres páginas que había arrancado de uno de los libros de Uma, aquellas en las que dicho individuo hiciese anotaciones.

—Echaré una mirada a estas hojas —dijo—. No creo que nos ayuden gran cosa, pero cualquiera sabe. Tengo la idea de que el lugar en que nos encontramos es el que le interesa a Uma. Y, sabiendo lo que hay aquí por haberlo visto con nuestros propios ojos, empiezo a creer que nos hemos equivocado mucho en cuanto a sus propósitos se refiere.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jack—. Estábamos más o menos seguros de que hacía uso de su «afición» a la arqueología como tapadera, para ocultar sus verdaderas actividades, ¿no? ¿Quieres decir con eso que nos hemos equivocado en nuestras apreciaciones?

—Sí. Yo creo que lo que verdaderamente le interesa es la arqueología. Pero no porque le interese la historia ni le importen los edificios antiguos... ¡ah, no! ¡Lo único que le interesa a Uma es apoderarse del fabuloso tesoro que cree que se encuentra aquí! No es más que un vulgar y mezquino ladrón. Sus excavaciones no tienen otro objeto que encontrar y robar la clase de tesoro que nos rodea.

—¡Sí! ¡Tienes razón! —exclamó Jack—. Y, probablemente, cuando empezaba a estar convencido de que le quedaba poco para dar con el tesoro, se le presentó Bill. Y Uma tiene miedo, porque conoce la fama de Bill, y está seguro de que ha venido aquí a vigilarle.

—¡Eso es! —asintió Jorge—. Conque trazó cuidadosamente sus planes..., secuestró a Bill y a mamá..., proyectó quitarnos del paso a nosotros también... y decidió terminar de excavar y huir con el botín.

—¡Cielos! —exclamó Dolly, abrumada por toda aquella explicación—. ¡Yo creo que tienes razón! ¡Y, en lugar de eso, lo que ha ocurrido es que nosotros nos hemos marchado con el barco de Uma, y hemos dado con las cámaras del tesoro!

—Sí; pero nos encontramos con un gran escollo —anunció Jorge, muy serio—. ¡No sabemos cómo salir de aquí!

—Échale una mirada a esas notas de Uma. A ver si hay en ellas algo que pueda ayudarnos —sugirió Lucy—. Andaba buscando este sitio, ¿no? Y dijiste que creías que casi había terminado sus excavaciones ya... conque su trabajo debe haberle conducido hasta muy cerca de estas cámaras.

Jorge extendió en el suelo las páginas señaladas, y Tala las iluminó con su potente lámpara. Los niños se arrodillaron para examinarlas.

En una página había una lista de los edificios que se sabía habían sido construidos sobre el emplazamiento del antiguo templo. Uma había puesto unas señales de comprobación al lado de cada uno de ellos y también la palabra «Trouvé».

—¡«Trouvé»! —exclamó Jack—. ¡Eso es «hallado» en francés! Eso significa que, en el curso de sus excavaciones, se ha encontrado con algunas de esas otras ruinas, y ha continuado cavando a través de ellas. Sí..., ha ido bien. Debe andar muy cerca de aquí. ¿Cuántos hombres tendrá trabajando? Generalmente es una tarea muy larga ésta, ¿verdad, Jorge?

—No, si no eres más que un ladrón y no un arqueólogo. Un hombre a quien en realidad interesaran las antigüedades, no excavaría a través de ellas, destruyendo trozos de interesante historia..., procedería con cuidado, muy poco a poco..., pasando la tierra por un cedazo, examinándolo todo. Pero Uma...

—Sí, Uma no es más que un ladrón. Lo único que haría sería pagar a unos indígenas para que cavarán, les diría dónde, y les ordenaría que lo hiciesen aprisa —dijo Jack, interrumpiendo—. ¡Troncho! ¡Qué listo es!

—No listo —le contradijo Dolly—. ¡Sólo pillito! ¡Qué hombre más horrible! ¿Crees tú que sus hombres estarán cavando por encima de nosotros en estos mismos instantes?

—¡Bien pudiera ser! —respondió Jorge—. Hola..., mirad..., aquí hay un mapa pequeño que ha trazado él. ¿Nos puede servir de algo a nosotros?

Lo examinaron, pero no pudieron entender lo que significaba. Jorge exhaló un suspiro.

—Bueno..., fuera de que nos dan una idea de lo que está haciendo Uma en realidad, estos papeles no nos sirven de gran cosa. Vamos..., busquemos de verdad una salida. Tiene que existir una subida al templo.

Erraron por las cámaras otra vez, cansándose mucho de la oscuridad y del moho que parecía ser más «olible» ahora, como no hacía más que advertir Dolly. Ula se sentía francamente desanimado, y seguía a su señor arrastrando con abatimiento los pies.

Se sentaron otra vez por fin en la cámara más grande de todas.

—Lo único que se me ocurre es que volvamos a subir esa escalera y regresemos a la canoa —dijo Jorge—. Francamente, no veo qué adelantamos con permanecer aquí por más tiempo... ¡No parece haber «ninguna» salida!

—¿Qué vamos a adelantar con volver al barco? —preguntó Jack, sombrío—. ¡No hay manera de escapar de la caverna!

—No estoy yo tan seguro —le contestó el otro—. ¿Te acuerdas de la plataforma rocosa a la que nos condujo Ula para que viésemos por dónde se precipitaba el río? Bueno, pues quizás exista la posibilidad de escalar el acantilado por allí y llegar arriba.

—¡Imposible! —dijo Jack—. ¡Eché yo una buena mirada estando allí! Regresaremos a mirar otra vez, sin embargo. Estoy de acuerdo en que de nada sirve estarse aquí sentados. ¡No es fácil que venga nadie a salvarnos!

Muy alicaídos, cruzaron las cámaras del tesoro. Llegaron a la puerta que aún colgaba en parte de sus goznes y pasaron a la habitación en que hallaron el hermoso cuenco de oro. Luego se internaron por el pasillo que conducía a la escalera.

—Ula..., sube tú primero, ya que sabes trepar como un mono —dijo Jorge—. Tala, dale la cuerda para que la suba. Y el garfio. Ula, señor necesita ayuda. Ula ha de subir los escalones con cuidado..., «con cuidado»..., llevando cuerda y garfio. ¿Ula comprende?

Ula cambió por completo ahora que creyó que iban a abandonar las enormes cámaras. Moviéndose afirmativamente la cabeza con avidez, y tomó la cuerda. Ah..., iba a hacer algo para su señor..., algo importante. Él, Ula, y no Tala. Empezó a subir los escalones con orgullo, tocando cada uno de ellos con las manos antes de poner el pie encima. Resbaló una vez, pero consiguió no caer.

Por fin llegó arriba y gritó:

—¡Ula aquí! ¡Ula sano! ¡Ula salvo! ¡Aquí va cuerda!

Dejó resbalar el cabo por los escalones, cuidando de sujetar el otro extremo él.

La cuerda se puso en tensión, y comprendió que estaba subiendo alguien. ¿Su señor quizás? Ula asió la cuerda con fuerza, encajándose detrás de una roca por si Jorge resbalaba y tenía que tirar de la cuerda para salvarle.

Y, de pronto, Ula oyó algo que casi le mató del susto. ¡Era un ruido, como si llamaran en la galería, detrás de él! ¡Pan, pan! ¡Pum, pum, pum! Al niño le dio un vuelco el corazón y rodó por el suelo espantado, dejando floja la cuerda.

—¡Aprieta la cuerda, Ula! ¡Está floja! ¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

¡Pan, pan! ¡Pum, pum, pum! ¿Eran los dioses y las diosas de antaño que volvían enfurecidos porque habían entrado extraños en su templo? Ula exhaló un sonoro grito y Jorge por poco se cayó escaleras abajo en su alarma.

—¡Los dioses! ¡Ellos vienen! —aulló Ula—. ¡Qué vienen! ¡Corramos!

Capítulo XXVI

¡Los dioses! ¡Que vienen!

Jorge no entendió lo que gritaba el niño, y estaba alarmadísimo. Escaló apresuradamente los restantes escalones, procurando ir con mayor cautela porque Ula, lleno de terror, se había olvidado por completo de mantener tirante la cuerda.

—¡Ula! ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás chillando? —exigió Jorge, en cuanto estuvo arriba.

—¡Los dioses! —sollozó Ula, señalando corredor arriba—. Vienen. ¡Señor, escucha!

Jorge no había oído nada más que los alaridos de Ula al subir los escalones; pero ahora llegaron a sus sobresaltados oídos los golpes que oyera el indígena.

¡Pam-pom-pam-pom! ¡Pum!

Miró pasadizo arriba, latiéndole con violencia el corazón. Durante un segundo, el terror de Ula se le contagió y pensó en dioses enfurecidos que exigían se les franquease la entrada. ¿Qué era aquel ruido?

Se volvió y gritó a los de abajo:

—¡Subid aprisa! ¡Algo está sucediendo!

Sujetó la cuerda tan tirante como pudo con manos temblorosas, asido Ula a sus rodillas, medio loco de miedo. Dolly subió, alarmada por el grito de Jorge. En cuanto estuvo a su lado, oyó los golpes también y se asustó mucho, sobre todo al oír los continuos quejidos de Ula, que no paraba de decir:

—¡Los dioses! ¡Que vienen! ¡Ellos vienen!

Subieron los otros; Tala el último. No bien oyó los golpes, dio media vuelta para volver a bajar los escalones, pisó en falso, y rodó, dando alaridos, hasta el fondo. También él creyó que acudían los dioses a vengarse del grupo que había osado vagar por las cámaras del templo.

Jorge no tuvo tiempo de pensar en el aterrado Tala, ni de preguntarse siquiera si se habría hecho daño. Tenía que decir qué hacer en cuanto se refería a los golpes. ¿De dónde procedían exactamente?

—Suenan por el otro extremo del pasillo. Y sabemos que por ahí no hay entrada, porque hemos estado allá y visto la pared de piedra que cierra el paso —dijo Jorge—. Jack, ¿crees tú que se tratará de Uma y de sus hombres?

—No puede ser nadie más. Hazme el favor de callar, Ula. No consigo oír mi propia voz. ¡Pam-pam-pam!

—¡Vienen, vienen! —gritó el niño, abrazado aún a las rodillas de Jorge.

—Uma debe haber encontrado un plano o un mapa que le ha permitido cavar hasta este pasadizo —dijo Jorge, reflexionando—. Pero, en lugar de dar con él a este

lado del muro, ha cavado hacia detrás. Deben estar intentando derribar la pared. ¡Qué esperanza!

—Lo conseguirán —aseguró Jack, escuchando—. Tienen herramientas muy potentes. Pronto, Jorge, ¿qué plan hemos de seguir?

—No se me ocurre ninguno. Ha ocurrido todo demasiado de repente —exclamó Jorge—. ¡Troncho! ¡Me alegro de saber, por lo menos, que podremos salir de aquí!

—A Uma no le hará ninguna gracia vernos, si es que se trata en realidad de él y de sus hombres —anunció Jack, sombrío—. Bueno, pues nada podemos hacer más que aguardar. Jorge, me temo que Uma va a saquear las cámaras del templo ahora... y llevarse cosas de un valor incalculable, No veo yo cómo podemos evitarlo.

—¡Ojalá pudiésemos! —exclamó Jorge.

Y las niñas se hicieron eco de sus sentimientos. Era terrible pensar que Uma y su cuadrilla de bandoleros pudiesen despojar el antiguo templo de todos los tesoros que contenía. Los golpes continuaron sonando y todos escucharon en silencio. Era evidente que el muro ofrecía bastante resistencia.

De pronto parte de la pared cedió, y una de las grandes piedras cayó, con fuerte ruido, dentro de la galería. Los niños la oyeron, aunque no se hallaban lo bastante cerca para verla.

—La pared está cediendo —dijo Jack—. Pronto la traspasarán. Estaos aquí quietos y en silencio y aguardad. Ula, calla ese ruido. No son dioses los que vienen, sino hombres.

—No, no... Ula dice dioses... ¡Tala dice dioses! —gimió el niño.

Tala había vuelto a subir los escalones, acariciándose las magulladuras con horror, y completamente decidido a no volver a caer por aquella escalera, viniesen o no viniesen los dioses. Pero, en cuanto oyó los golpes, por poco repitió la comedia. No volvió a rodar, porque asió la cuerda a tiempo. Por fortuna, el garfio aguantó el estirón.

Otro estruendo. Debía haber caído otra piedra. Ahora les costaría muy poco trabajo a los hombres hacer saltar otras dos e introducirse luego por el agujero.

—¡Pum! ¡Pum! Repercutieron a continuación unos gritos por la galería. Tala los escuchó con asombro. Pero..., ¡si aquellos dioses hablaban su propio idioma! Empezó a dudar seriamente de que fuesen dioses después de todo. Ula escuchó también, y se puso en pie. ¿Quiénes eran aquellos dioses que hablaban como hombres..., que pronunciaban las mismas palabras que Tala y él?

Brilló una luz al otro extremo del corredor.

—Uno de los hombres ha entrado —dijo Jorge—. ¡Ah! ¡Ahí se ve otra luz! Han pasado dos. ¡Aquí vienen!

Dos hombres bajaron cautelosamente el corredor lámpara en mano, dirigiendo la luz aquí y allá para ver en qué clase de sitio se encontraban. Llegaron, de pronto, adonde se encontraba el grupo silencioso de niños, con Tala detrás, y se quedaron boquiabiertos, sin poder dar crédito a lo que estaban viendo.

Jorge dio un paso al frente, dispuesto a hablar.

Pero, poseídos del pánico, los dos hombres huyeron a toda velocidad en dirección al muro, dando alaridos de indescriptible terror.

—Hombres asustados —dijo Ula, con satisfacción—. Hombres huir.

—Venid... dirijámonos a la pared y pasemos por el agujero también —dijo Jorge—. Estoy ansiando respirar aire fresco y sentir el sol en los hombros. Seguramente será muy largo el camino que conduce a la superficie; pero, por mucho que lo sea, valdrá la pena hacer el esfuerzo.

Todos avanzaron pasadizo arriba y llegaron al muro de piedra. Tala lo iluminó con su lámpara, y vieron que habían sido desplazadas cuatro grandes piedras, habiendo caído todas ellas a la galería.

—Vamos —dijo Jorge—. Tú primero, Jack. Nosotros te seguiremos.

Pero, en aquel momento, un hombre asomó por el agujero y les enfocó con una lámpara de bolsillo. Emitió un silbido.

—¡Conque tenían razón los hombres! Sí que hay alguien aquí dentro... y..., ¡si son los chicos de Bill! ¡Santo Dios! ¿Estoy soñando? ¿Cómo llegasteis vosotros aquí?

—Eso no hace al caso —contestó Jorge, fríamente—. ¡Tenemos muchas preguntas que hacerle a usted nosotros, señor Uma! ¿Dónde están Bill y mi madre? ¿Se encuentran sanos y salvos?

El señor Uma no respondió. Recorrió rápidamente el grupo con el haz luminoso para ver cuántos eran.

—¿Fuisteis vosotros quienes os llevasteis mi canoa? —les preguntó, bruscamente—. ¿Dónde está?

—Tampoco importa eso —respondió Jorge—. Contésteme lo que le he preguntado de mi madre y de Bill. Va usted a meterse en un verdadero lío como consecuencia de esto, señor Uma. ¡Conocemos sus planes... y no es usted más que un vulgar ladrón!

—¡Muérdete la lengua, niño! —gritó Uma, perdiendo de pronto los estribos—. ¿Cómo llegasteis aquí? No hay más entrada que ésta.

—¡Ya lo creo que lo hay! Pero no es fácil que llegue usted a descubrirla nunca. Ahora, déjenos salir por ese agujero y dígame dónde encontrar a Bill.

El señor Uma le habló entonces a Tala en su propio idioma y, a juzgar por la ferocidad de su expresión y la forma en que entonaba las palabras, debía estarle amenazando a Tala con toda clase de cosas. Tala escuchó impasible preguntas y amenazas.

—Tala no sabe. Tala no sabe —dijo, vez tras vez, en inglés, cosa que sacó de quicio a Uma.

—¿Qué está diciendo, Tala? —preguntó Jorge, enérgicamente.

—Dice, ¿cómo venir nosotros aquí? Dice que nos coge a todos y no nos suelta. Dice muchas cosas malas. Él, hombre malo.

Tala le escupió de pronto a Uma, que le arrojó inmediatamente la lámpara de

bolsillo, dándole en la mejilla. Tala se echó a reír, se inclinó, recogió la lámpara, y se la metió en el paño que llevaba liado a la cintura. Luego se quedó mirando, sin pestañear, al iracundo Uma.

Éste sacudió amenazador el puño, y luego desapareció. Le oyeron llamar a gritos a sus hombres.

—Manda hombres para que nos aten —dijo Tala, escuchando—. Señor Uma hombre malo, muy malo hombre.

—¿Nos hará atar de verdad? —inquirió Dolly, temerosa.

—Nada me extrañaría —contestó Jack—. Necesita quitarnos del paso mientras roba lo que se le antoje de estas cámaras. Luego, cuando se haya apoderado de lo mejor y más valioso, huirá, y a nosotros nos pondrá en libertad..., ¡al menos eso espero!

—¡Bruto! —exclamó Dolly, con ferocidad—. Supongo que tiene a mamá ya Bill atados en alguna parte.

—Sí; probablemente en su casa de Chaldo —dijo Jorge—. ¿Qué hacemos? ¡No podemos luchar con una cuadrilla de hombres!

—Salgamos por el agujero de la pared de la caverna y volvamos al barco —sugirió Jack, de pronto.

—La idea no es mala —repuso Jorge—, salvo en que al hacerlo nos perseguirían corriendo y verían las cámaras... yo seguía teniendo la esperanza de poderlo impedir de una u otra forma.

—¡Es demasiado tarde! —exclamó Lucy—. ¡Aquí vienen los hombres!

Tenía razón. Un hombre saltó por el agujero de la pared. Luego otro, y otro. Ahora era ya demasiado tarde para correr, porque los hombres les seguirían y verían dónde iban. Conque los niños no se movieron. «Kiki», que llevaba un buen rato en silencio, se puso la mar de excitado al ver a los hombres pasar por el agujero. Empezó a dar saltos sobre el hombro de Jack y lanzó un ruidoso aullido que sobresaltó considerablemente a los hombres.

Habían entrado ya seis, que se dirigían, amenazadores, a los niños.

—Atrás —ordenó Jorge—. ¡No nos pongáis la mano encima, u os veréis en serio trance y muy pronto en manos de la policía!

—¡Guardias! —chilló inmediatamente «Kiki»—. ¡Guardias! ¡Llamad a la policía! ¡Piiiiii! ¡Piiiiii!

Los hombres se detuvieron bruscamente, presa del más vivo sobresalto. El estridente silbido del loro despertó los ecos de la galería, que tronaron de una manera aterradora.

¡Piiiiii! ¡Piiiiii! ¡Piiiiii!

Parecía como si el silbido diera vueltas y más vueltas, poblándolo todo con sus estridencias. Luego, para remate, «Kiki» agregó su imitación de las explosiones del escape de un automóvil:

—¡Pop! ¡Crac! ¡Crac!

Este nuevo ruido se sumó a los ecos de los silbidos, alarmando tanto a los hombres de Uma, que dieron media vuelta y huyeron hacia el muro, agregando sus alaridos al loco coro de ecos.



Los niños rieron al ver lanzarse a los hombres por el agujero presa de un pánico mortal.

—Gracias, «Kiki» —dijo Jack, acariciándole las plumas al loro—. Por una vez, no diré: «¡Cállate!». ¡Has hablado esta vez en el momento más oportuno!

Capítulo XXVII

Y ahora..., ¿qué?

Tala rió de buena gana al ver a los hombres correr como desesperados para alejarse de los misteriosos ruidos. Sus enormes carcajadas llenaron la galería también. Ula estaba bailando, batiendo las palmas con regocijo. Ambos parecían creer que, ahora que habían puesto en fuga a los desconocidos, todas las dificultades quedaban vencidas.

Pero los niños opinaban de otra suerte. Se volvieron, muy serios, unos a otros.

—¿Debiéramos intentar huir nosotros también por el agujero, ahora que tenemos la oportunidad? —inquirió Jorge.

—No lo sé. Estamos relativamente seguros aquí, ahora que están tan asustados esos individuos —respondió Jack—. ¿Qué opinas tú, Tala? ¿Volvieron esos hombres?

—Hombres asustados, muy asustados —anunció Tala, enseñando la blanca dentadura—. Hombres no vuelven. Nunca vuelven. ¿Nos vamos, sí?

—No, aguanta un poco —le dijo Jack—. No nos interesa caer de la sartén al fuego. Los hombres irán a Uma y le contarán lo ocurrido... y quizás él se esconda, con la esperanza de apresarnos a medida que pasemos por el hueco.

Tala asintió con un gesto.

—Eso bien dicho. Aguardamos. Uma mucho hombre malo.

Se sentaron a esperar. Nada sucedió durante un rato. Luego, un hombre asomó por el agujero del muro. Llevaba turbante y túnica blanca.

—Quisiera hablar con vosotros —anunció en voz que no era del todo inglesa.

Jorge pensó que pudiese ser un indígena de clase alta, y esperó a ver qué decía.

—Quisiera pasar por el agujero. Desearía hablar con vosotros —repitió el desconocido.

—Pase, pues —le invitó Jorge, preguntándose quién podría ser.

El hombre se metió por el agujero y se acercó a los niños. Dio muestras de gran cortesía, y les hizo una reverencia a todos.

—¿Puedo sentarme con vosotros?

—Puede —respondió Jorge, alerta—. ¿A qué ha venido?

—Vengo a decirles que mi amigo el señor Raya Uma lamenta haberos asustado —anunció el hombre—. Quedó... como decís vosotros... sobresaltado... al veros aquí. Dijo cosas de las que se arrepiente.

Nadie dijo una palabra, Jack y Jorge eran todos oídos. ¿Qué triquiñuela pensaba gastarles ahora el señor Uma?

—Han acudido a él sus hombres a decirle que no quieren trabajar a sus órdenes más —prosiguió el desconocido, con suave voz—. Tienen demasiado miedo. Ésa es

una mala noticia para él. Ha de buscar otros. Conque me ha mandado a deciros que podéis marcharos sin que nadie os moleste. Él se encargará de que se os enseñe el camino, y os prestará su automóvil mayor para que podáis regresar a Chaldo sanos y salvos.

—¿Por qué a Chaldo? —preguntó, inmediatamente, Jorge.

—Porque es allí donde tiene al señor y a su esposa. Os reuniréis con ellos, y podréis hacer entonces lo que os plazca. ¿Es eso de vuestra agrado?

—¿Quién es usted? —inquirió, sin rodeos, Jack.

—Soy su amigo —respondió el otro—. Pero no soy tan impulsivo como él. Le dije que había hecho mal en asustaros. Después de todo, no sois más que unos niños. A mí me hace caso, como habréis podido comprobar. Y ahora..., ¿estáis dispuestos a aceptar su generoso ofrecimiento? Está sinceramente arrepentido de su precipitación.

—Vaya y dígale que lo pensaremos —dijo Jack—. Necesitamos discutirlo. No nos fiamos de su amigo el señor Uma.

—Eso es triste —murmuró el hombre, poniéndose en pie—. Iré a esperar al otro lado del muro y vendréis vosotros a decírmelo cuando hayáis discutido. ¿Estamos de acuerdo?

Vio, de pronto, el cuenco de oro junto a Tala, y lo miró con sorpresa.

—¿Dónde encontrasteis eso? —preguntó—. ¿Me permitís que lo vea?

Se inclinó para cogerlo; pero Tala se adelantó, alzándose por encima de la cabeza y poniéndose en pie. El amigo de Uma intentó alcanzarlo, y las blancas mangas resbalaron por sus desnudos brazos. Pero Tala no quiso soltar el cuenco. Dijo algo grosero en su propio idioma, y el desconocido estuvo a punto de atacarle. Pero se rehizo; inclinó en saludo la cabeza, y marchó hacia la pared. Se metió por el agujero y se quedó esperando al otro lado.



—Bueno..., ¿qué os parece? —inquirió Jorge.

Jack sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡No, no, no! —dijo—. ¿No os fijasteis en una cosa cuando alzó los brazos para quitarle el cuenco a Tala? ¡Ese hombre no es amigo del señor Uma!

—¿Quién es, entonces? —preguntaron, sorprendidos.

—¡El propio Uma en persona! ¿No visteis su antebrazo derecho cuando lo alzó? Le resbaló la manga... y se vio claramente la cicatriz de una herida antigua... ¡Semejante a una serpiente ondulada!

Hubo un silencio de muerte. Luego Jorge emitió un silbido.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Qué osadía venir aquí a nosotros! ¡Qué astucia! Ni por un solo instante llegó a ocurrírseme que pudiera tratarse del propio Uma... disfrazado de indígena de la clase más alta... y hablando el inglés exactamente igual que uno de ellos. ¡Qué hombre más astuto es! ¡Ya no me extraña que todas aquellas fotografías tuyas parecieran de distintos hombres!

—¡Vaya! —exclamó Dolly, sorprendida—. ¡Mira que tener el atrevimiento de venir a hablarnos de esa manera! Intentaba persuadirnos para que nos metiésemos de cabeza en la trampa que nos tenía preparada. ¡Menos mal que viste esa cicatriz, Jack!

—Y, ¡menos mal que Bill nos habló de ella! —respondió el niño—. Bueno y, ¿qué hacemos ahora? ¿Ir a decirle que no hay nada a hacer, que sabemos ya quién es?

—Sí —respondió Jorge poniéndose en pie—. Vamos, se lo diremos ahora, Jack.

Vosotros quedaos aquí.

Subieron el corredor hacia el muro. El señor Uma, plegadas las manos bajo la ropa, aguardaba impasible con todo el aspecto de un indígena distinguido.

—Señor Uma —anunció Jorge, sin rodeos—. Decimos que no a la trampa que nos ofrece.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el hombre—. Yo no soy el señor Uma, soy su amigo. No seas insolente, niño.

—Sí que es usted el señor Uma —contestó Jorge—. Vimos su cicatriz en forma de serpiente que tiene en el brazo derecho... su señal, señor Uma, y bien apropiada, por cierto..., ¡porque es usted tan astuto como el reptil ése!

El señor Uma abandonó la voz suave y los modales corteses. Les aulló alzando las crispadas manos.

—¡Vosotros mismos lo estáis pidiendo! ¡Os daré un escarmiento! Creéis que vais a salir andando de aquí y que saldréis al sol. ¡No habrá tal! ¡No habrá tal! ¡Sellaré este agujero y no saldréis por aquí!

—Saldremos por donde entramos, entonces —respondió Jorge—. Ésta no es la única entrada.

—Ah, no podéis salir, por donde entrasteis —aseguró Uma—. De haber podido, os hubieseis marchado ya. No soy tan tonto como me creéis. Necesitáis un escarmiento, y os lo voy a dar.

Alzó la voz, volviendo al propio tiempo la cabeza.

—¡Venid acá, hombres! ¡Venid! ¡Tengo trabajo para vosotros!

Las niñas. Tala y Ula se hallaban ya junto al muro, escuchando también. No acudió ningún hombre en respuesta a la llamada de Uma. Gritó otra vez en un idioma que no comprendieron los muchachos, y esta vez se acercaron dos hombres de mala gana.

—¡Traed ladrillos! ¡Tapad este agujero! —ordenó Uma. Los indígenas se miraron con hosquedad, dirigiendo la vista, temerosos, hacia el agujero. Recordaban lo que sus compañeros les habían dicho al regresar de la galería.

Uma empezó a hablarles muy aprisa y los hombres escucharon con repentino interés.

—¿Qué está diciendo Tala? —preguntó Jack.

—Promete oro —contestó el hombre—. Dice que ellos hombres ricos si obedecen. Mucho, mucho ricos.

Los indígenas se miraron y movieron afirmativamente la cabeza. Se fueron y regresaron con un montón de ladrillos. Otro individuo les acompañaba con argamasa y se pusieron a tapar el agujero.

El pequeño grupo se sintió presa de la desesperación. Sabían que podían regresar al bote y hallar comida en abundancia, y que podían respirar aire fresco fuera de la caverna. Pero, ¿durante cuánto tiempo iba a tenerles aprisionados Uma? Tendrían que darse por vencidos tarde o temprano. Vieron cómo se fue obturando poco a poco el

agujero. Y, de pronto, ¡a Jorge se le ocurrió una idea!

Se metió la mano en la camisa y sacó con cuidado a la bargua. Depositó el reptil al borde del pequeño agujero que aún quedaba, y lo sujetó allí.

—¡Señor Uma! —llamó—. Señor Uma..., ¿está usted ahí?

Uma se acercó inmediatamente y acercó la cara al agujero, iluminándole con su lámpara. Vio a la serpiente en seguida. Lanzó un alarido de verdadero pánico al salir la culebra, deslizándose. Y los tres hombres que trabajaban la vieron también, dejaron caer las herramientas y huyeron gritando de terror.

—¡Bargua! ¡Bargua!

Nadie pudo ver lo que sucedió a continuación porque el otro lado del agujero se encontraba ahora en completa oscuridad. Los niños nada pudieron oír después de apagarse los gritos en la lejanía.



—Tala rompe pared —dijo Tala, de pronto.

Tomó la paleta que aún llevaba colgada del cuello, y atacó con vigor al muro, ayudándole Ula con las desnudas manos. La argamasa aún estaba tierna y no costó trabajo hacer saltar los ladrillos recién puestos, dejando el hueco tan grande como antes.

—¡Muy bien, Tala! ¡Muy bien, Tala! —exclamó Jorge—. Ahora, salgamos todos lo más aprisa posible mientras la bargua sigue asustando a todo el mundo. ¿Listos?

Se introdujeron por el hueco uno tras otro, y se encontraron en un pasadizo estrecho, recién excavado al parecer. Lo siguieron, llegando a una especie de pozo, en cuyo fondo se encontraban. Se habían cortado toscos escalones, por un lado, y colgaba una cuerda para ayudar a subirlos.

—Bueno..., ¡arriba! —dijo Jorge, dirigiendo la luz hacia el brocal—. ¡Buena suerte a todos! ¡Ésta es nuestra única esperanza de salvación!

Capítulo XXVIII

Uma se encuentra en dificultades

El pozo era profundo y el ascenso prolongado y difícil. Jorge fue el primero en llegar a la parte superior, completamente agotado, porque los escalones no eran nada buenos ni seguros, y fatigaba enormemente el subir, subir y subir con sólo una delgada cuerda de la que tirar.

Se encontró en tinieblas todavía arriba, dentro de un túnel pequeño y estrecho que ascendía. Permaneció junto al pozo para ayudar a salir a Lucy, y luego fue a ver adonde conducía el corredor. Desembocaba en otro pozo, pero mucho más pequeño, porque pudo ver luz arriba. Le dio un vuelco el corazón. ¡El sol otra vez! ¡Qué maravilla!

No tardaron en hallarse todos fuera del pozo primero, aun cuando Tala se quejaba amargamente.

—Tala resbalar —dijo—. Tala agarrar cuerda. Tala quemar mano, ¡mira!

¡Pobre Tala! Había puesto un pie en falso, resbalando por la cuerda tan aprisa que se le habían quemado las manos. Jorge le dio su pañuelo.

—Toma —dijo—. Envuélvete la mano con él. No hay tiempo ahora para entretenerse. Ojalá viese a mi bargua por alguna parte. Pero no la veo.

—Supongo que no esperarías que escalara el pozo. Jorge —dijo Dolly.

—Las serpientes son capaces de reptar por cualquier parte —le contestó su hermano—. ¡Vamos! ¡Queda otro pozo del que salir! Luego..., ¡la luz del día!

Todos se alegraron de oírlo. Poco después ascendían por el otro pozo, que era mucho más fácil de escalar porque tenía una escala de cuerda colgando por un lado. No tardaron en llegar.

—¡Es glorioso encontrarse otra vez bajo el sol! —dijo Lucy, parpadeando ante la claridad—. Y qué agradable resulta su calor, ¿verdad, Dolly? ¡Oh, Jorge! ¡No me digas que estás buscando la bargua aquí! ¡No es posible que escalara las paredes de dos pozos, pobre bicho!

En su fuero interno, Dolly estaba satisfechísima de que la serpiente hubiese desaparecido; pero no se atrevía a decirlo, porque a ella le debían su repentina



libertad. Miró a su alrededor con avidez.

Se encontraban en un lugar desolado.

—¡Parece la cantera de un maestro de obras en medio de un desierto polvoriento y arenoso! —dijo la niña.

Y todos expresaron su asentimiento.

«¿Dónde estarán todos? —se preguntó a sí mismo Jack—. ¡Ah, allá están los hombres! ¿Qué están haciendo? Parecen inclinados sobre algo».

Los hombres oyeron las voces y volvieron la cabeza. Luego uno se acercó a toda velocidad, saltando por encima de los montones de tierra excavados. Se postró ante Jorge y Jack, diciendo algo en su propio idioma.

—¿Qué dice? —preguntó Jorge, volviéndose hacia Ula y Tala extrañado por la urgencia del desconocido.

Ula rió, triunfal.

—Dice que la bargua muerde su amo. Dice amo muy asustado, morirá, porque bargua serpiente venenosa. Dice señor Uma quiere hablar contigo.

Los niños se miraron, y sonrieron. Sabían que la bargua no tenía veneno; pero había mordido a Uma, y éste creía que le aguardaba una muerte cierta, ¡a menos que le condujeran inmediatamente a un médico y le sometiesen a tratamiento!

—¿Podía morder tu bargua... aun cuando no tiene veneno? —inquirió Dolly en voz baja.

Jorge movió afirmativamente la cabeza.

—Sí; pero su mordedura es inofensiva. Bueno, esto no deja de tener gracia. Vamos a hablar con el señor Uma. Es evidente que se está compadeciendo a sí mismo una barbaridad.

Se acercaron adonde yacía en el suelo, tan asustado que casi tenía blanco el moreno rostro. Se estaba agarrando el brazo derecho y gimiendo.

—Esa serpiente... me mordió —le dijo a Jorge—. Habrás sido causa de mi muerte a menos que ayudes a trasladarme inmediatamente a Ciudad-Cine. Hay buenos médicos allí: quizá me salven.

—Su criado Jalie nos dijo que había trasladado usted a Bill y a mi madre a Uti —contestó con severidad Jorge—. Contésteme. ¿Es cierto? ¿Están allí?

—Sí; y la lancha también —contestó el otro, débilmente—. Iremos inmediatamente allí. El señor Bill puede llevarme en su embarcación a Ciudad-Cine, río arriba. Me encontrará un médico. Ayúdame, niño. Quizá no me quede mucho rato de vida. Ten piedad..., ¡fue esa serpiente tuya la que me mordió!

Jorge apartó la mirada, despreciando a aquel hombre que clamaba ahora pidiendo piedad y ayuda, aun cuando poco tiempo antes había dado órdenes a sus hombres para que les encerraran a cal y canto en un pasadizo subterráneo. Le habló a Tala.

—Encárgate de esto. Tala. Hay una camioneta ahí, y un camión. Di les a los hombres que metan al señor Uma en la camioneta cerrada, y nosotros iremos en el camión. El señor Uma sabrá el camino. Conduce tú el camión. Tala. Así, si intenta

alguna jugarreta, puedes echar el acelerador a fondo y conducirnos a lugar seguro.

Pero no se trataba de gastar jugarreta alguna esta vez. El señor Uma estaba tan espantado por la mordedura de la serpiente, que lo único que deseaba era llegar a Uti y suplicarle a Bill que le llevase a Ciudad-Cine lo más aprisa posible.

Se pusieron en marcha, yendo la camioneta delante. Ambos vehículos eran fuertes y tenían muy buena suspensión; afortunadamente en verdad, porque no existía carretera ni camino alguno digno del nombre. Camioneta y camión avanzaron dando tumbos por montículos y túmulos, y el pobre Uma tumbado en su vehículo gritó de desesperación y angustia al verse zarandeado. No le pasaba nada en realidad; pero estaba tan seguro de que la mordedura de la serpiente le estaba envenenando, poco a poco, todo el cuerpo, que se imaginaba sentir dolores y punzadas por todas partes.

El camino a Uti era largo; pero llegaron allá por fin. El señor Uma le dio a su conductor instrucciones a la llegada, y camioneta y camión se detuvieron a la puerta de una cabaña aislada junto a un camino de herradura desierto.

El conductor se apeó, tomando unas llaves que le dio el señor Uma. Abrió la puerta de la cabaña, y Bill salió inmediatamente, más enfurecido de lo que los niños le habían visto jamás.

—¡Vamos a ver! —gritó—. ¿Dónde está ese Uma?



El chófer gesticuló y dijo muchas cosas. Evidentemente le estaba contando a Bill lo de la mordedura de serpiente. Bill, sin embargo, no se mostró ni pizca compasivo. Jack y Jorge decidieron que había llegado el momento de que dijese algo ellos, y saltaron del vehículo y corrieron hacia el detective.

Éste se les quedó mirando como si creyera que soñaba.

—¡Jack! ¡Jorge! ¿Qué centellas?... ¡Cielo santo! ¿Qué es todo esto? Explica aprisa. Jorge.

El niño explicó algo, lo bastante para que Bill comprendiera lo que estaba sucediendo en aquel momento.

—Uma está en la camioneta —dijo—. Cree que le ha mordido una serpiente venenosa... pero no es verdad, porque fue, en realidad, mi propia bargua... y, ¡ya

sabe usted lo inofensiva que es! Tiene tanta ansiedad por llegar a Ciudad-Cine y ver a un médico, que accedió a conducirnos hasta aquí y ponerle a usted y a mamá en libertad, para que pudiese usted llevarle en su lancha a un doctor. Eso, en pocas palabras, es lo que está sucediendo ahora, Bill.

—¡Válgame Dios! —exclamó Bill—. ¿Conque nuestro amigo Uma cree que está mortalmente herido, eh? Entonces, ¡quizás esté dispuesto a confesar unas cuantas cosas y aligerar su conciencia! Bien. Averigüad dónde se encuentra la lancha, muchachos. Decidle a Uma que ahora voy. Quiero sacar a mi mujer primero.

Entró de nuevo en la cabaña y Jorge, ansioso de ver a su madre, le siguió. Jack fue a decirle a Uma que Bill llegaría en seguida y a preguntarle dónde estaba la lancha.

Uma seguía muy pálido. Gimió.

—Buen chico —dijo—. ¡Ah, esto es un castigo por todos mis pecados! He sido un hombre muy malo, muchacho.

—Así parece —asintió Jack de todo corazón—. Bill quiere saber dónde está la lancha.

—Junto a la ribera del río —gimió el señor Uma—. ¡El veneno me está trabajando en las venas..., estoy seguro de ello! ¡Tendremos que darnos prisa!

Bill salió con su esposa, que desde luego no tenía peor aspecto por haberse pasado unos días encerrada en una cabaña. Parecía bastante animada, y había escuchado algo de las aventuras de los niños de labios de Jorge. Ella y Bill, claro está, no habían ni soñado siquiera que pudiesen haber pasado los muchachos tantas emociones.

Se dirigieron al río. Bill marchó en la camioneta con Uma, que hizo tantas confesiones, que Bill casi se sintió embarazado. ¡Las cosas que había llegado a hacer Uma en su vida! Muchos habían sido sus pecados, en efecto.

Encontraron la lancha junto a la ribera, como dijese Uma. Pero cuando llegaron a ella, la señora Cunningham, que iba en el camión, había oído ya de unos y de otros más detalles de sus aventuras, amén de ser recibida con alegría por «Kiki», que insistió en estrecharle la mano por lo menos una docena de veces.

—Tantogustoconocerla —dijo el loro, convirtiendo todas las palabras en una sola—. Tantogustoconocerla, buenos días, adiós.

—¡Oh, «Kiki»! ¡Qué agradable es volver a verlos a todos otra vez! —dijo la señora—. Nos imaginamos que Tala os cuidaría y daría la alarma, y vendría con ayuda lo más pronto posible. ¡Jamás se me ocurrió pensar que pudieseis haber pasado trances tan amargos! Pobre señor Uma..., debe tener un pánico horrible por la mordedura.

—No digas pobre señor Uma, mamá —observó Dolly.

La camioneta y el camión se dejaron en Uti, y todos embarcaron para Ciudad-Cine, revolcándose y gimiendo el señor Uma todo el camino. Parecía asombroso que pudiese simular todos los síntomas de envenenamiento de aquella manera, y Bill

empezó a preguntarse si la bargua de Jorge habría sido tan inofensiva, después de todo.

Frunció el entrecejo al pensar en todas las cosas que el asustado Uma le había revelado; y su última plan de despojar al antiguo templo de sus valiosos tesoros por mera avaricia le revolvió el estómago. A Uma, claro está, no le llevaban a ver al médico; ¡no! ¡Le conducían a ver a ciertos Jefes policíacos!

Se llevó una verdadera y desagradable sorpresa el señor Uma cuando le entregaron a la policía de Ciudad-Cine a su llegada. Bill había pedido dos automóviles en cuanto atracaron, marchando él, su esposa y Uma en el primero, y los otros seis, con «Kiki» en el segundo, a jefatura. El señor Uma apenas podía dar crédito a lo que veía cuando medio le condujeron, medio le transportaron, a una comisaría casi desamueblada en vez de a un agradable cuarto de hospital.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Está bien que se gaste jugarreta semejante a un hombre que muere de una mordedura de serpiente... de una serpiente venenosa?

—Está usted divinamente, señor Uma —le dijo Bill, riendo—. No fue una mordedura venenosa... a la serpiente, por desgracia, le habían seccionado los conductos del veneno y no era ya peligrosa. Conque, ánimo, no va a morir; pero tiene la mar de cosas que explicarle a la policía, ¿eh?

Capítulo XXIX

Fin de la aventura

No era sólo Uma el que tenía que explicar muchas cosas; lo mismo les sucedía a los niños. Y era tanto lo que tenían éstos que contar, que les pareció que iban a necesitar, para hacerlo, toda una semana.

Después de haberse hecho cargo de Uma unos policías regocijados que habían escuchado toda la historia de labios de Bill y de los otros, se les permitió volver a la lancha.

—La policía parece encontrar la mar de gracioso que Uma haya quedado tan chasqueado de no haber recibido una mordedura mortal después de todo —dijo Bill, al salir—. Claro..., sí que es tener mala suerte que recaigan sobre uno las consecuencias de sus pecados... pero siempre tienen la desagradable costumbre de hacer eso. Porque el delito «nunca» aprovecha... quien delinque siempre sale perdiendo, nunca ganando.

—Bueno, pues eso ya lo ha aprendido Uma ahora o..., ¿cree usted que no le servirá de escarmiento? —dijo Jorge—. ¿Volverá a las andadas ahora que sabe que no le ha mordido una serpiente venenosa?

—Me temo que va a desaparecer de la vida pública una temporada bien larga —repuso el detective—. Lo bastante para reponerse de cualquier mordedura, real o Imaginaria. Hay que reconocer que esa serpiente tuya te pagó con creces lo bondadosamente que la trataste. Jorge.

—Sí; pero me hubiese gustado poderla recobrar. Me era simpática.

—No digas eso delante de Ula, o se nos presentará con unas cuantas barguas más —dijo Dolly, alarmada.

Resultaba maravilloso poder gandulear un poco a bordo de la lancha de nuevo, y hablar, hablar y hablar. Bill quedó asombrado al conocer las aventuras de los niños.

—Ahí estábamos nosotros, en una cabaña estúpida, con barrotes en las ventanas y la puerta cerrada con llave, sin que nos sucediera nada..., ¡mientras que vosotros os divertíais de lo lindo! —dijo—. Navegando a toda velocidad por gargantas, casi precipitándoos por cataratas, y arrastrándoos por agujeros, explorando milenarias cámaras repletas de tesoros...

—Lo pasamos bastante mal a veces —dijo Jack—. Las niñas se portaron como verdaderas heroínas. Valieron tanto como niños.

Tan extraordinaria resultaba aquella alabanza en labios de Jack, que las dos muchachas le miraron con gran sorpresa.

—«Kiki» también hizo su parte —agregó el niño.

Bill se echó a reír.

—¡Ya lo creo que la hizo, a juzgar por lo que me habéis contado! —dijo—. Parece reaccionar maravillosamente cuando oye la palabra «policía».

—¡Guardias! —gritó inmediatamente el loro—. ¡Que llamen a la policía! ¡Piiii!

Unos indígenas se pararon inmediatamente junto a la lancha, desmesuradamente abiertos los ojos de miedo.

—¡No os preocupéis! —les gritó Jack—. No es más que el loro. No hagas eso con demasiada frecuencia, «Kiki», si no quieres que el día menos pensado se te presente un policía y te encierre.

—¡Piiii!... —empezó «Kiki» otra vez.

Y le callaron con un golpe en el pico.

—¡Niño malo! —le gruñó el pájaro a Jack—. ¡Niño malo! ¡Llámate la nariz, suena al médico!

—Resulta agradable volverle oír —dijo la señora Cunningham—. A Bill y a mí no nos hubiese ido mal escucharle durante los días que estuvimos presos.

—Supongo que sabéis, muchachos, que habéis hecho el hallazgo del siglo —dijo. Bill, al cabo de un rato—. Ya sé que Uma se hallaba sobre la pista también, pero está un poco desacreditado de momento... el encontrar un sitio como ese maravilloso templo antiguo nada más que para saquearlo, es muy distinto a descubrirlo por accidente como os sucedió a vosotros, y hacer todo lo posible por mantener a raya a los que deseaban desvalijarlo.

—¿Qué opina usted de las cosas que trajimos de allá, Bill? —preguntó Dolly, con avidez—. Ese cuenco de oro... porque sí que es de oro, ¿verdad?... y la taza, y la figurilla... y el puñal. ¿No le parecen maravilloso? Ojalá pudiésemos quedarnos con ellas; pero ya sé que eso no es posible.

—No, no es posible. Son patrimonio del mundo entero —contestó Bill—, no sólo de nuestra generación, sino de las que vengan después. Son maravillosas reliquias de la historia del hombre... y me siento mucho más orgulloso de lo que puedo expresar, de que hayáis tenido vosotros parte en su hallazgo.

—¿Qué ocurrió con el templo, Bill? —quiso saber Jack—. Y, ¿qué va a ser de las cosas que hemos traído? Tuvimos que dejarlas en la comisaría.

—Sí. Las van a enseñar a algunos de los más famosos expertos del mundo. Dice la policía que, en cuanto se conozca la noticia de que ha sido hallado este templo, durante tan largo tiempo perdido, muchos arqueólogos famosos volarán aquí, ansiosos de asegurarse de que las excavaciones que se hagan se lleven a cabo como es debido.

—¿Las veremos nosotros? —preguntó Jorge, con avidez.

—No. Estaréis en la escuela —respondió Bill, despiadado, chupando la pipa.

—¡En la escuela! ¡Oh, qué mezquino es usted, Bill! —exclamó Dolly, que se había imaginado pasando una temporada maravillosa hablando con sabios—. ¿No vamos a quedarnos a verlo desenterrar todo?

—¡Dios santo, no! —dijo la señora Cunningham—. Pueden hacer falta cinco o

seis años, quizá más, para excavar ese templo. No se hacen las cosas tan a tontas y a locas como las estaba haciendo el señor Uma. ¡Si hasta cernerán la tierra!

—¡Oh, qué chasco no podernos quedar a ver todas las escenas emocionantes! —suspiró Lucy.

—Pero mi querida Lucy..., ¿no has tenido ya bastantes emociones? —preguntó Bill, asombrado—. Se me antoja a mí que vosotros cuatro habéis corrido ya suficientes aventuras para durarle a una persona normal el resto de su vida.

—Bueno, pero..., quizá no seamos nosotros personas normales —dijo Jorge, bailándole la risa en los ojos.

—¡Tú no eres una persona normal, Jorge! —aseguró Dolly—. ¡Ojalá lo fueses! Ninguna persona normal llevaría a una serpiente encima. ¡Supongo que ahora adoptarás a un camello!

—Hombre, eso me recuerda... Bill, sí que vi a un camellito pequeño hoy que no parecía muy feliz —observó Jorge, esperanzado—. Se me antojó que, si pensaban dar algún premio por el hallazgo de un templo, luengos años ha perdido, el mío podía ser algo así como una cría de camello.

—De ninguna manera —exclamó la señora Cunningham, irguiéndose—. ¡No es posible que estés hablando en serio, Jorge! ¡Cómo! ¿Llevarte uno a casa quieres decir?

—Es que el que yo digo era muy pequeño, ¿verdad, Lucy? No tendría más de un par de días. Era absoluta...

—Jorge, ¿sabes o no sabes que los camellos pequeños se hacen muy grandes... y que no les gusta el clima frío como el nuestro? —dijo la madre—. Y que yo ni soñaría siquiera con permitir que se me sentara un camello en medio de mis cuadros de flores ni...

—Bueno, mamá, bueno... —dijo apresuradamente Jorge—. No fue más que una idea que se me ocurrió... y los dos parecíais tan satisfechos de nosotros que... bueno...

—¿Qué pensaste que las ocasiones había que aprovecharlas, y que éste era el momento oportuno para encajarnos un camello? —inquirió Bill, riendo—. Ni hablar. Jorge, muchacho. Prueba otra cosa.

—Espero que no iremos a regresar al colegio inmediatamente —dijo Jack—. Tenía muchas ganas de enseñarle a usted cómo se precipita esa catarata por el borde de la garganta, tía Allie. ¿No podemos ir a explorar un poco allá en el templo antiguo? ¿No nos lo permitirían en vista de que hemos sido nosotros los que lo hemos encontrado? Podría salir entonces por el agujero de la pared de la caverna, deslizarse hasta la repisa, ir a estacionarse en la plataforma de roca, y ver lo que Ula llama el «aguacayente». ¡Es algo increíble!

—Ula encuentra aguacayente, ¿Ula enseña a bondadosa señora? —dijo la voz de Ula.

Y apareció su negra cabeza por una esquina.

Ula relató su historia con orgullo. No quiso sentarse para hacerlo; sino que permaneció allí en pie, minúscula figura, aún señalada la espalda con ronchas y cardenales, centelleándole los ojos al hacer el relato.

La señora Cunningham le atrajo hacia sí cuando hubo terminado.

—Eres un niño muy bueno y muy valiente, Ula —dijo—. Nunca te olvidaremos.

—¿Mi señor recuerda a Ula también? —preguntó el muchacho, mirando a Jorge con amor en los ojos.

—Siempre —respondió Jorge—. Y cuando volvamos aquí, algún día en el futuro, para ver el templo cuando esté todo excavado y se exhiban sus riquezas, tendrás que estar tú aquí para servirnos de guía, Ula. ¿Lo prometes?

—Ula promete. Ula seguir limpio. Ula ir colegio. Ula hacer todas cosas como señor dice —contestó, valerosamente el niño.

Hizo una inesperada reverencia y desapareció, arrasados de lágrimas los ojos.

Hubo una pequeña pausa después de su marcha.

—Le tengo muchísimo afecto. Me es la mar de simpático —dijo Lucy, con énfasis—. ¿No te ocurre a ti igual, Jack?

Todo el mundo asintió, con vigoroso movimiento de cabeza. Sí; Ula había sido tan asombroso hallazgo como todos los tesoros del templo. ¿Volverían a verle alguna vez? ¡Sí, claro!

—Bueno, hemos hablado tanto, que me da la sensación de que se me está desgastando del todo la lengua —anunció la señora Cunningham—. Pero he de deciros una cosa para tranquilizaros: no vamos a regresar a casa por aire, sino por mar, y tardaremos en llegar una semana o más.

—¡Oh, magnífico! —exclamó Dolly.

—¿Cree usted que habrá durado ya bastante nuestra convalecencia para entonces? —inquirió Lucy—. ¿Estaremos en condiciones de poder volver al colegio?

—¡Dios santo! —exclamó la señora Cunningham—. ¡Si estáis rebosando todos salud por los cuatro costados!

—¡Acostaos! —gritó «Kiki»—. ¡Rebosanos, rabisanos! ¡Saludando! ¡Buenas tardes!

—Te estás haciendo un lío, pajarraco —dijo Jack—. ¡Eso ocurre con los años! ¡Hazme el favor de no arrancarme la oreja a picotazos!

Permanecieron sentados todos en silencio un rato, escuchando el rumor del agua que lamía los costados de la embarcación al fluir río abajo.

—El Río de Aventura —dijo Lucy—. No hubiésemos podido bautizarle con mejor nombre. Hemos corrido aventuras todo a lo largo de sus riberas.

—Y, ¡qué aventuras! —exclamó Jack—. Oh, ¡no sigas mordisqueándome la oreja, «Kiki»! ¡Por favor te lo pido!

—¡Piiiiii! —silbó «Kiki».

Y se puso a continuación a dar gritos.

—¡Guardias! ¡Llamad a la policía! ¡Piiii!

Adiós, «Kiki». No sé cómo te las arreglas; pero siempre eres tú quien dice la última palabra.



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.